

La persona y la obra de Cristo

Autor: C. H. Mackintosh

Siempre hallamos frescura en cada porción de la Palabra de Dios, pero más especialmente en aquellas partes que nos presentan a la bendita Persona del Señor Jesús; que nos dicen lo que era, lo que hacía, lo que decía, cómo lo hacía y cómo lo decía; que lo presentan a nuestros corazones en sus idas y venidas y en sus inmaculados caminos; en su espíritu, tono y manera, en su mirada y en su gesto. Hay algo en todo esto que domina y atrae el corazón. Es mucho más poderoso que la mera declaración de doctrinas, por importantes que sean, o que el establecimiento de principios, por profundos que sean.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
La plena suficiencia de Cristo	4
La obra de Cristo como el único lugar de reposo para la conciencia	5
Nuestra seguridad del perdón de los pecados	10
Completa liberación del poder actual del pecado	14
Consideraciones finales sobre nuestra seguridad en Cristo	16
La obra presente de Cristo por nosotros	19
Cristo como objeto del corazón	22
La palabra de Cristo como guía plenamente suficiente para nuestro camino	28
El ministerio de Cristo en el pasado, el presente y el futuro.....	31
Cristo, siervo de las necesidades del alma	31
El ministerio de Cristo en el pasado	35
El ministerio de Cristo en el presente	39
La acción de nuestro Señor con respecto a los suyos en el mundo	40
La fuente de la acción del Señor con respecto a los suyos	44
La medida de la acción de Cristo por nosotros y en nosotros	46
El ministerio de Cristo en el futuro.....	49
Las tres apariciones de Cristo.....	52
La primera aparición de Cristo: “Se presentó una vez para siempre por (lit.: para) el sacrificio de sí mismo”	52
Su aparición delante de Dios por nosotros: “Entró Cristo... en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”.....	58
Su futura aparición por los suyos: “Y aparecerá por segunda vez... para salvar a los que le esperan”	63
Betania	67
La gloria de Dios sobre todas las cosas	72
La fe no se apoya en las cosas visibles	75
La compasión de Jesús: se estremeció, se conmovió y lloró.....	78
Los dos estremecimientos del Señor	81
La incredulidad y la fe.....	85
La comunión, la adoración y el servicio ejemplificados en Lázaro, María y Marta.....	90

Introducción

Siempre hallamos frescura en cada porción de la Palabra de Dios, pero más especialmente en aquellas partes que nos presentan a la bendita Persona del Señor Jesús; que nos dicen lo que era, lo que hacía, lo que decía, cómo lo hacía y cómo lo decía; que lo presentan a nuestros corazones en sus idas y venidas y en sus inmaculados caminos; en su espíritu, tono y manera, en su mirada y en su gesto. Hay algo en todo esto que domina y atrae el corazón. Es mucho más poderoso que la mera declaración de doctrinas, por importantes que sean, o que el establecimiento de principios, por profundos que sean. Tanto las doctrinas como los principios tienen, sin duda, su valor y lugar, pues iluminan el entendimiento, instruyen la mente, forman el juicio y gobiernan la conciencia. Pero la presentación de la Persona de Cristo atrae el corazón, cautiva los afectos, satisface el alma y domina todo el ser. En una palabra, nada supera la ocupación del corazón con Cristo tal como el Espíritu Santo nos lo ha revelado en la Palabra, especialmente en los inigualables relatos de los Evangelios.

La plena suficiencia de Cristo

Una vez que el alma ha sido llevada a sentir la realidad de su condición delante de Dios –la profundidad de su ruina, de su culpa y de su miseria– su completa e irremediable bancarrota, no puede haber reposo hasta que el Espíritu Santo revele al corazón la plena y total suficiencia de Cristo. La única respuesta posible a nuestra ruina total es el remedio perfecto de Dios.

Esta es una verdad muy sencilla, pero, a la vez, de la mayor importancia; y, podemos decir, con toda seguridad, que cuanto más profunda y perfectamente se la aprenda por uno mismo, mejor. El verdadero secreto de la paz consiste en acabar definitivamente con un yo culpable, totalmente arruinado, sin esperanza y sin ningún valor, y hallar entonces a un Cristo plenamente suficiente como provisión de Dios para nuestras más profundas necesidades. Esto es, de veras, reposo: un reposo que no puede ser perturbado jamás. Podrá haber tristeza, aprietos, conflictos, ejercicios de alma, pesadez de ánimo a causa de múltiples tentaciones, altibajos, toda suerte de pruebas y dificultades; pero estamos persuadidos de que, cuando un alma ha sido conducida realmente por el Espíritu de Dios a ver que el yo se acabó para siempre y a descansar plenamente en Cristo, halla una paz que no puede ser interrumpida jamás.

La inestabilidad de tantos amados hijos de Dios es el resultado de no haber recibido en su corazón a un Cristo completo como la provisión misma de Dios para ellos. No cabe duda de que este resultado triste y penoso puede ser producto de varias causas, tales como una mente legalista, una conciencia mórbida, un corazón ocupado en sí mismo, una mala enseñanza, una inclinación secreta hacia las cosas de este mundo, algunas reservas en el corazón en cuanto a las demandas de Dios, de Cristo y de la eternidad. Pero cualesquiera sean las causas que han contribuido a ello, creemos que, en casi todos los casos, se puede llegar a la conclusión de que la falta de una paz inquebrantable, tan común en el pueblo de Dios, es el resultado de no ver ni creer lo que Dios ha hecho que Su Cristo sea para ellos y por ellos; y eso, para siempre.

Basados en las preciosas páginas de la Palabra de Dios, nos proponemos en este tratado mostrar al lector angustiado, que todo lo que pueda necesitar, ya sea para satisfacer las demandas de su conciencia, los anhelos de su corazón o las exigencias de su marcha diaria, está atesorado para él en Cristo. Trataremos de probar, por la gracia de Dios, que la *obra* de Cristo es el único lugar verdadero de reposo para la *conciencia*; que su *Persona* es el único objeto verdadero para el *corazón*; y que su *Palabra* es la única guía verdadera para su *andar*.

La obra de Cristo como el único lugar de reposo para la conciencia

Al considerar este gran tema, dos cosas reclaman nuestra atención:

Primero: Lo que Cristo *hizo* por nosotros, o sea, su obra en la cruz.

Segundo: Lo que Cristo *está haciendo* por nosotros, o sea, su obra presente.

En la primera, tenemos *la expiación*; en la segunda, *la intercesión*. Murió por nosotros en la cruz; vive para nosotros en el trono.

- *Lo que Cristo hizo por nosotros*

Por su preciosa muerte expiatoria, nuestra condición de pecadores ha quedado totalmente resuelta. Llevó nuestros pecados y los alejó para siempre. Cargó con todos nuestros pecados, los pecados de todos los que creen en su nombre: “Jehová cargó en él el pecado de todos *nosotros*” (Isaías 53:6). Y de nuevo:

“ Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18).

Esta es una gran verdad, de suprema importancia para el alma ansiosa, una verdad que yace en el fundamento mismo de toda la posición cristiana. Es imposible que un alma verdaderamente despertada, que una conciencia espiritualmente iluminada, pueda disfrutar de una paz divinamente establecida, hasta que haya echado mano, con fe sencilla, de esta preciosa verdad. Tengo que saber, apoyado en la autoridad divina, que todos mis pecados han sido borrados para siempre de la vista de Dios; que él mismo ha acabado con ellos de manera tal de satisfacer todas las demandas de su trono y todas las perfecciones de su naturaleza; que él se ha glorificado a sí mismo al haber quitado todos mis pecados de una manera mucho más elevada y maravillosa que si me hubiese enviado a un infierno eterno por causa de ellos.

Sí, él mismo lo ha hecho. Esta es la verdadera sustancia, el meollo de todo el asunto. Dios ha cargado sobre Jesús nuestros pecados, y así nos lo dice en su santa Palabra, a fin de que lo sepamos basados en la autoridad divina, una autoridad que no puede mentir. Dios lo planeó; Dios lo llevó a cabo; Dios lo dice. Todo, de punta a cabo, proviene de Dios, y a nosotros nos toca sencillamente confiar en ello como un niño. ¿Cómo sé yo que Jesús llevó mis pecados en su cuerpo sobre el madero? Justamente por la misma autoridad que me dice que yo tenía pecados que pesaban sobre mí. Dios, en su amor maravilloso y sin par, me asegura a mí, pecador miserable, culpable y

merecedor del infierno, que él mismo ha tomado a su cargo todo el asunto de mis pecados y los ha hecho desaparecer de tal modo de producir una rica cosecha de gloria para su nombre eterno, a lo largo y ancho del universo, en presencia de todo ser creado dotado de inteligencia.

Una fe viva en esto debe tranquilizar la conciencia. Si Dios ha quedado satisfecho a sí mismo con respecto a mis pecados, bien puedo yo estar también satisfecho. Yo sé que soy pecador, quizás el peor de los pecadores. Sé que mis pecados son más numerosos que los cabellos de mi cabeza; que son oscuros como la medianoche, negros como el mismo infierno. Sé que cualquiera de esos pecados, aun el más pequeño, merece las llamas eternas del infierno. Sé –porque me lo dice la Palabra de Dios– que ni una sola mancha de pecado puede entrar jamás en Su santa presencia, y que, por eso, en cuanto a mí toca, no hay otra salida posible que una eterna separación de Dios. Todo esto lo sé, basado en la autoridad clara e incuestionable de esa Palabra que “permanece para siempre en los cielos” (Salmo 119:89).

Pero, ¡oh, misterio profundo de la cruz, misterio glorioso de amor redentor! Veo a Dios mismo tomando todos mis pecados –esa lista negra y terrible–, todos mis pecados, tal como los conocía y los pesaba. Lo veo cargándolos sobre la cabeza de mi adorable Sustituto y teniéndolo a él por responsable de ellos. Veo las encrespadas olas de la justa ira de Dios –su ira contra mis pecados, la ira que debía haberme consumido, alma y cuerpo, en el infierno durante una espantosa eternidad–, pasando por encima del Hombre que ocupó mi lugar, que me representó delante de Dios, que llevó sobre sí todo lo que yo debía llevar, a quien un Dios santo trató como yo merecía ser tratado. Veo a un Dios inflexible en su justicia, verdad y santidad, tomando mis pecados y haciéndolos desaparecer por completo y para siempre. Ni uno solo queda sin ser juzgado. No existe la posibilidad de hacer la vista gorda, ni de mitigarlos, ni de pasarlos por alto, ni de permanecer indiferente, una vez que Dios mismo ha tomado en sus manos el asunto. Estaban comprometidas su gloria, su inmaculada santidad, su eterna majestad y las elevadas demandas de su gobierno.

A todo eso había que dar la satisfacción pertinente, de forma que Dios fuese glorificado a los ojos de ángeles, hombres y demonios. Pudo haberme enviado al infierno, con toda justicia, a causa de mis pecados, pues no me merecía otra cosa. Todo mi ser moral, desde su máxima profundidad, lo reconoce: no tiene más remedio que reconocerlo. No tengo ni una sola palabra que decir como excusa por un solo pensamiento pecaminoso; mucho menos, por una vida manchada enteramente de pecado; sí, una vida de deliberado, rebelde y arbitrario pecado.

Que razonen otros como les plazca sobre la supuesta injusticia de una eternidad de castigo por una corta vida de pecado, de una falta total de proporción entre unos pocos años de obrar mal y una eternidad sin fin de tormentos en el lago de fuego. Ellos pueden hallar razones, pero creo firmemente y confieso sin reservas que por un solo pecado contra un ser como Dios a quien veo en la cruz, yo merezco de sobra un castigo eterno en el foso más hondo, oscuro y lúgubre del infierno.

No escribo como teólogo; si así fuese, sería de veras una tarea muy fácil presentar una hilera incontestable de textos evidentes de la Escritura en prueba de la solemne verdad del castigo eterno. Pero, no; estoy escribiendo como alguien a quien Dios ha enseñado lo que el pecado verdaderamente merece; y lo que merece no es, ni puede ser otra cosa –lo declaro con toda calma, deliberación y solemnidad– que la exclusión eterna de la presencia de Dios y del Cordero, los tormentos eternos en el lago que arde con fuego y azufre.

Pero –¡eternas aleluyas al Dios de toda gracia!– en vez de enviarnos al infierno a causa de nuestros pecados, Dios envió a su Hijo para ser la propiciación por esos pecados. Y, en el despliegue del maravilloso plan de la redención, vemos a un Dios santo interviniendo en el asunto de nuestros pecados y ejecutando juicio sobre ellos en la Persona de su Hijo amado, eterno e igual a él, a fin de que todo el torrente de su amor pudiera fluir dentro de nuestro corazón: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Ahora bien, esto tiene que dar paz a la conciencia, con tal que se reciba con simple fe. ¿Cómo es posible que una persona crea que Dios está satisfecho en cuanto a sus pecados, y no tenga paz? Si Dios nos dice:

Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades

“

(Hebreos 8:12),

¿qué más podemos desear como base de paz para nuestra conciencia? Si Dios me asegura que todos mis pecados han sido borrados como se “disipa una densa nube” (Isaías 44:22, LBLA), que los ha “echado tras sus espaldas” (Isaías 38:17) –alejado para siempre de su vista–, ¿no habré de tener paz? Si me muestra al Hombre que llevó mis pecados en la cruz, coronado ahora a la diestra de la Majestad en los cielos, ¿no debería mi alma entrar en el perfecto reposo en cuanto al asunto de mis pecados? Seguro que sí.

Porque, permítaseme preguntar: ¿cómo alcanzó Cristo el lugar que ocupa ahora en el trono de Dios? ¿Acaso lo fue como “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5)? No, porque eso lo fue siempre. ¿Fue como Hijo eterno del Padre? No; siempre lo fue, siempre “está en el seno del Padre” (Juan 1:18), siempre es objeto de las delicias eternas e inefables del Padre. ¿Lo fue como Hombre sin mancha, santo, perfecto, Aquel cuya naturaleza fue absolutamente pura, perfectamente libre de pecado? No; porque en esa condición, y sobre esa base, podía haber reclamado en cualquier momento, entre el pesebre y la cruz, un lugar a la diestra de Dios. ¿Cómo lo fue, pues? ¡Sea eternamente alabado el Dios de toda gracia! Lo fue como quien, por medio de su muerte, cumplió la gloriosa obra de la redención, como quien cargó con todo el peso de nuestros pecados, como el que satisfizo perfectamente todas las justas demandas de ese trono en el cual está ahora sentado.

Esta es una verdad fundamental que el lector angustiado debe comprender. No puede dejar de liberar el corazón y tranquilizar la conciencia. No es posible contemplar, por fe, al Hombre que fue clavado en el madero, coronado ahora en el trono, y no tener paz con Dios. Después de cargar sobre sí nuestros pecados y el juicio que merecían, el Señor Jesucristo no podría estar ahora donde está, si uno solo de esos pecados quedara sin expiar. Ver coronado de gloria al que llevó nuestros pecados, es ver esos pecados alejados para siempre de la presencia divina. ¿Dónde están nuestros pecados? Todos ellos están borrados. ¿Cómo lo sabemos? El que los tomó sobre sí, “traspasó los cielos”, hasta la cima más alta de la gloria. La justicia eterna ha coronado sus sienes benditas con una diadema de gloria, como Aquel que cumplió nuestra redención, que llevó nuestros pecados, demostrando así, de modo incuestionable, que nuestros pecados fueron alejados para siempre de la vista de Dios. Un Cristo coronado y una conciencia limpia están unidos inseparablemente en la bienaventurada economía de la gracia. ¡Maravilloso hecho! Ahora podemos cantar, con todas nuestras energías redimidas, las alabanzas del amor redentor.

Pero veamos cómo las Santas Escrituras presentan esta verdad tan consoladora. Leemos en Romanos 3:21-26: “Pero ahora, aparte de la ley (*choris nomou*), se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para

manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

De nuevo, en el capítulo 4, hablando de la fe de Abraham, que le fue contada por justicia, el apóstol añade (v. 23-25): “Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que *creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*”. Dios es presentado aquí a nuestra alma como el que levantó de entre los muertos a Aquel que llevó nuestros pecados. ¿Por qué lo hizo? Porque Aquel que había sido entregado por nuestros pecados, había glorificado perfectamente a Dios con respecto a esas ofensas y las había quitado de en medio para siempre. Dios no se limitó a enviar a su Hijo unigénito al mundo, sino que lo “quebrantó por nuestras iniquidades” (Isaías 53:5, V. M.) y lo levantó de entre los muertos, a fin de que sepamos y creamos que nuestras iniquidades fueron borradas de manera tal que él fue glorificado de un modo infinito y eterno. ¡Sea alabado su nombre en todo el universo y por toda la eternidad!

Pero tenemos todavía otro testimonio de esta gran verdad fundamental. En Hebreos 1:1-3, leemos las siguientes palabras que conmueven el alma: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, *habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo*, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Nuestro Señor Jesucristo –bendito sea su Nombre– no quería sentarse en el trono de Dios sino después de haber efectuado la purificación de nuestros pecados al ofrecerse a sí mismo en la cruz. Por tanto, un Cristo resucitado y sentado a la diestra de Dios es la prueba gloriosa e irrefutable de que nuestros pecados han desaparecido por completo, porque él no podría estar donde está actualmente, si quedase tan solo uno de esos pecados. Dios levantó de entre los muertos al mismo Hombre sobre el que había cargado todo el peso de nuestros pecados. Así, todo ha sido divinamente resuelto, y para siempre. Tan imposible es que se halle un solo pecado en el más débil creyente en Jesús, como que se halle en Jesús mismo. Poder decir esto es algo asombroso, pero es una sólida verdad de Dios, establecida en múltiples lugares de las Santas Escrituras; y el alma que cree esto, ha de gozar de una paz que el mundo no puede dar ni quitar.

Nuestra seguridad del perdón de los pecados

Hasta aquí, hemos considerado el aspecto de la obra de Cristo que tiene que ver con **el perdón de los pecados**, y esperamos sinceramente que el lector tenga ya una idea muy clara y definida de este tan importante punto. Seguramente será un feliz privilegio para él si solo toma lo que Dios dice en su palabra:

“ Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18).

Si, pues, Cristo padeció por nuestros pecados, ¿no deberíamos percatarnos de tan grande bendición de haber sido librados para siempre del peso de esos pecados? ¿Puede estar de acuerdo con la mente y el corazón de Dios que alguien por quien Cristo padeció haya de quedar en perpetua esclavitud, atado y amarrado con la cadena de sus pecados y clamando, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, que el peso de sus pecados es insoportable?

Si tales expresiones son verdaderas y propias de un cristiano, ¿qué ha hecho entonces Cristo por nosotros? ¿Puede ser verdad que Cristo haya quitado de en medio nuestros pecados y que, a pesar de eso, estemos atados y amarrados con esa cadena? ¿Es verdad que él llevó la pesada carga de nuestros pecados y que, no obstante, estemos aún aplastados bajo su insoportable peso?

Algunos pretenden hacernos creer que no es posible saber si nuestros pecados están perdonados y que debemos continuar hasta el final de nuestra vida en un estado de total inseguridad acerca de este asunto tan importante y vital. Si así fuese, ¿qué se habría hecho del precioso evangelio de la gracia de Dios, las buenas nuevas de salvación? En vista de una enseñanza tan miserable como esta, ¿qué significan esas palabras inflamadas del bienaventurado apóstol Pablo en la sinagoga de Antioquía?: “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él (Jesucristo, muerto y resucitado) se os anuncia (no se promete como algo futuro, sino que se proclama ahora) perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado (no que *será* o que *espera* ser justificado) todo aquel que cree” (Hechos 13:38-39).

Si nos apoyamos en la ley de Moisés, en cumplir los mandamientos, en desempeñar bien nuestras obligaciones, en estimar a Cristo y en amar a Dios como es debido, entonces habrá motivo para que estemos dudando y completamente inseguros, viendo que no nos es posible tener nin-

guna base de seguridad. Si tenemos que hacer algo en este asunto, aunque no sea más que mover un párpado, entonces ciertamente sería la mayor presunción de nuestra parte pensar que estamos seguros.

Pero, por otro lado, cuando oímos la voz del Dios viviente, que no puede mentir, proclamando a nuestros oídos las buenas noticias de que, por medio de su Hijo amado –el cual murió en la cruz, fue sepultado en la tumba, levantado de entre los muertos y sentado en la gloria–, de que por medio de él solamente (sin ninguna cosa, en absoluto, de nosotros mismos), por medio de su único sacrificio, llevado a cabo de una vez para siempre, es anunciado el perdón completo y perpetuo de los pecados como una realidad actual, para ser disfrutada ya por todo el que cree sencillamente el anuncio inestimable de Dios, ¿cómo es posible que alguien continúe en la duda y en la incertidumbre? ¿Está consumada la obra de Cristo? Sí, él dijo que lo estaba. ¿Qué es lo que él consumó? La purificación de nuestros pecados. ¿Están, pues, borrados o los llevamos aún encima? ¿Cuál de ellos?

Lector, diga ¿cuál? ¿Dónde están sus pecados? ¿Están borrados, como una nube densa que se ha disipado? ¿O aún pesan, como un gran fardo de culpas, con poder condenador, sobre su conciencia? Si no fueron alejados por la muerte expiatoria de Cristo, no se alejarán de usted jamás; si no los llevó él en la cruz, tendrá que llevarlos usted para siempre en las atormentadoras llamas del infierno. Sí; délo por seguro; no hay otro modo de solucionar esta cuestión tan importante y decisiva. Si Cristo no arregló este asunto en la cruz, usted tiene que cargar con él en el infierno. Si la Palabra de Dios es verdad, no puede ser de otro modo.

Pero, ¡gloria a Dios!, Su testimonio nos asegura que “Cristo padeció por los pecados” una vez para siempre, “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18); no meramente para llevarnos al cielo *cuando muramos*, sino para llevarnos a Dios *ahora*. ¿Cómo nos lleva a Dios? ¿Atados y amarrados con la cadena de nuestros pecados? ¿Con una insoportable carga de culpa pesándonos en el alma? No, de veras; nos lleva a Dios sin mancha, ni culpa ni carga. Nos lleva a Dios, siendo aceptos por él sobre la base de todo el valor de su bendita persona. ¿Hay alguna culpa en Cristo? ¡No! Sí la hubo, ¡bendito sea su nombre!, cuando estuvo en nuestro lugar, pero desapareció –desapareció para siempre–, hundida como plomo en las insondables aguas del perdón divino. Él cargó con nuestros pecados en la cruz. Dios cargó sobre él todas nuestras iniquidades, y con él trató sobre ellas. Todo el asunto de nuestros pecados, según la propia estimación que Dios hace de ellos, fue plenamente abordado y definitivamente solucionado. Todo quedó divi-

namente resuelto entre Dios y Cristo en las espantosas sombras del Calvario. Sí, allí todo ello fue resuelto de una vez y para siempre. ¿Cómo lo sabemos? Por la autoridad del único Dios verdadero. Su Palabra nos asegura que “*tenemos redención*” por medio de la sangre de Cristo,

El perdón de pecados según las riquezas de su gracia

“ (Efesios 1:7).

Nos declara, con acentos de la más dulce, rica y profunda gracia, que nunca más se acordará de nuestros pecados y de nuestras iniquidades (Hebreos 8:12). ¿No basta con esto? ¿Continuaremos todavía clamando que estamos atados y amarrados con la cadena de nuestros pecados? ¿Echaremos así un borrón en la obra perfecta de Cristo? ¿Empañaremos así el brillo de la gracia divina y tendremos por mentira el testimonio del Espíritu Santo en “la Escritura de la verdad” (Daniel 10:21, V. M.)? ¡Lejos esté de nosotros tal pensamiento! Eso no puede ser. Aclamemos más bien con gratitud la bendita dádiva que el amor divino nos ha otorgado tan generosamente mediante la preciosa sangre de Cristo. El corazón de Dios se llena de gozo al perdonarnos los pecados. Sí, Dios se deleita en perdonar la iniquidad y la transgresión. Le satisface y glorifica derramar en un corazón contrito y humillado el bálsamo precioso de su amor misericordioso y perdonador. No escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó y lo quebrantó en el madero maldito, a fin de que las copiosas corrientes de gracia que manan de su ancho y amoroso corazón, puedan, con perfecta justicia, derramarse en el pecador miserable, culpable, arruinado por sí mismo y acusado por su propia conciencia.

Pero si el lector se siente todavía inclinado a inquirir cómo puede obtener la seguridad de que él también tiene parte en esta feliz remisión de los pecados –en este fruto de la obra expiatoria de Cristo–, que escuche estas magníficas palabras que salieron de los labios del Salvador resucitado, cuando comisionó a los primeros proclamadores de su gracia: “Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47).

Aquí tenemos la gran comisión; su base, su autoridad y su esfera. Cristo padeció. Esta es la base meritoria del perdón de los pecados. Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados; pero por el derramamiento de la sangre, *y solo por él*, hay remisión de pecados; una remisión tan plena y completa como la capacidad que tiene la sangre de Cristo para llevarla a cabo.

Pero, ¿dónde está la autoridad para ello? *“Está escrito”*. ¡Bendita e indiscutible autoridad! No hay nada que pueda sacudirla jamás. Sobre la base sólida de la autoridad de la Palabra de Dios, yo sé que todos mis pecados están perdonados, borrados, olvidados para siempre, echados a las espaldas de Dios, de forma que no pueden jamás, de ningún modo, levantarse contra mí.

Finalmente, en cuanto a la esfera o ámbito, es “todas las naciones”. Esto me incluye a mí, sin duda alguna. No hay ninguna clase de excepción, condición ni calificación. Las noticias preciosas tenían que ser llevadas en volandas, en las alas del amor, a todas las naciones, a todo el mundo, a toda criatura bajo el cielo. ¿Cómo podría excluirme yo a mí mismo de esta comisión de extensión universal? ¿Pongo en duda, por un momento, que Dios destina para mí los rayos de su sol? ¡Seguro que no! ¿Y por qué habría yo de poner en duda el hecho precioso de que el perdón de los pecados es para mí? ¡Ni por un solo instante! Eso es tan seguro para mí, como si yo fuese el único pecador bajo la bóveda del cielo de Dios. La universalidad de su condición excluye toda duda en cuanto a que ese perdón esté designado para mí.

Y, por si fuera necesario algo más para animarnos, con seguridad se halla en el hecho de que los bienaventurados embajadores debían empezar “por Jerusalén” –el punto más culpable en toda la faz de la tierra–. Tenían que hacer el primer ofrecimiento del perdón a los mismos asesinos del Hijo de Dios. Esto lo lleva a cabo el apóstol Pedro con aquellas palabras de sublime y maravillosa gracia: “Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:26).

No es posible concebir ninguna cosa de tanta riqueza y magnífica plenitud como esta. La gracia que pudo alcanzar a los asesinos del Hijo de Dios, puede alcanzar a cualquiera. La sangre que pudo limpiar la culpa de un crimen tan grave, puede limpiar al pecador más vil que se halle todavía fuera del recinto del infierno.

Querido lector angustiado por este tema, ¿puede usted estar perplejo todavía acerca del perdón de sus pecados? Cristo padeció por los pecados. Dios proclama la remisión de pecados y empeña su Palabra en ello: “De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43). ¿Qué más quiere? ¿Cómo puede usted dudar o demorarse por un momento más? ¿Qué está aguardando? Tiene la obra consumada de Cristo y la fiel palabra de Dios. Seguramente esto habría de bastar para satisfacer su corazón y tranquilizar su conciencia. Le rogamos, pues, que acepte la remisión plena y perpetua de todos sus pecados. Reciba en su corazón las dulces noticias del amor y de la gracia de Dios y siga gozoso su camino. Escuche la voz del Salvador resucitado, que habla desde el trono de la Majestad en

las alturas y le asegura que todos sus pecados están perdonados. Deje que esos suaves acentos, de la boca de Dios mismo, caigan sobre su alma angustiada con su poder emancipador: “Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12). Si Dios me habla así, si él me asegura que no se acordará jamás de mis pecados, ¿no debería estar totalmente satisfecho para siempre? ¿Por qué habré de continuar dudando y dándole vueltas a la cabeza, si Dios lo ha dicho? ¿Qué mayor seguridad que la que da “la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23)? Ese es el único fundamento de mi certeza; y no hay poder en la tierra ni en el infierno –poder humano o diabólico– que pueda sacudirlo. La obra consumada de Cristo y la fiel Palabra de Dios constituyen la base y la autoridad del pleno perdón de los pecados.

Pero, ¡alabado sea por siempre el Dios de toda gracia!, no es solo el perdón de pecados lo que se nos anuncia mediante la muerte expiatoria de Cristo. Esto ya sería de por sí un beneficio y una bendición de primerísimo orden; y, según hemos visto, disfrutamos de ello conforme a la paciencia del corazón de Dios y conforme al valor y la eficacia de la muerte de Cristo, según la estimación que Dios da a esa muerte. Pero, además del pleno perdón de los pecados, tenemos también una completa liberación del poder actual del pecado.

Completa liberación del poder actual del pecado

Este es un punto muy importante para todo el que ama de veras la santidad. Conforme a la gloriosa economía de la gracia, la misma obra que garantiza la plena remisión de los pecados, ha quebrantado para siempre el poder del pecado. No solo han sido borrados los pecados de la vida, sino que ha sido condenado también el pecado de la naturaleza. El creyente tiene el privilegio de considerarse a sí mismo como muerto al pecado. Y, con corazón alegre, puede cantar:

*Por mí Señor Jesús moriste,
Y yo he muerto en ti
Mis cadenas rotas fueron porque reviviste
Y ahora tú vives en mí
El rostro del Padre, de gracia radiante
Brilla ahora en luz en mí*

Esta es la respiración propia de un cristiano. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Esto es cristianismo. El viejo «yo» está crucificado, y Cristo vive mí. El cristiano es una nueva criatura. Las cosas viejas pasaron (2 Corintios 5:17). La muerte de Cristo ha puesto punto final para siempre a la historia del viejo «yo»; y, por tanto,

aunque el pecado mora en el creyente, su poder ha sido quebrado y destruido para siempre. No solo ha sido cancelada su culpa, sino que su terrible dominio ha sido completamente destronado.

Esta es la gloriosa doctrina de los capítulos 6 a 8 de Romanos. Todo estudioso serio y reflexivo de esta magnífica epístola observará que, desde el capítulo 3:21 hasta el 5:11, tenemos la obra de Cristo aplicada al asunto de *los pecados*; y desde 5:12 hasta el final del capítulo 8, tenemos otro aspecto de esa obra, a saber, su aplicación al asunto *del pecado*, nuestro “viejo hombre”, “el cuerpo del *pecado*”, “*el pecado* en la carne”. No hay en la Escritura tal cosa como el perdón *del pecado*. Dios ha condenado el pecado, no lo ha perdonado: algo muy distinto, con una diferencia sumamente importante. Dios ha mostrado su eterno aborrecimiento del pecado en la cruz de Cristo. Ha expresado y ejecutado su juicio sobre el pecado, y ahora el creyente puede verse a sí mismo como unido e identificado con Aquel que murió en la cruz y ha resucitado de entre los muertos. Ha pasado de la esfera del dominio del pecado a la esfera nueva y dichosa donde reina la gracia mediante la justicia. “Gracias a Dios,” dice el apóstol, “que, aunque *erais* (en otro tiempo, pero ya no más) esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y *libertados del pecado* (no meramente pecados perdonados), vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando *erais* esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que *habéis sido libertados del pecado* y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Romanos 6:17-22).

Aquí está el precioso secreto de una vida santa. Estamos muertos al pecado; vivos para Dios. Se acabó el reinado del pecado. ¿Qué tiene que ver el pecado con un muerto? Nada. Pues bien, el creyente ha muerto con Cristo; ha sido sepultado con Cristo y ha resucitado con Cristo para andar en novedad de vida. Vive bajo el reinado precioso de la gracia y tiene por fruto la santificación. La persona que se vale de la abundancia de la gracia divina como pretexto para vivir en pecado, está negando el fundamento mismo del cristianismo. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:2). ¡Imposible! Sería negar por completo la posición del cristiano. Imaginarse al cristiano como alguien que va a seguir pecando y arrepintiéndose, y vuelta a empezar, un día tras otro, una semana tras otra, un mes tras otro y un año tras otro, equivale a

degradar el cristianismo y a falsificar toda la posición del cristiano. Decir que un cristiano tiene que continuar pecando porque tiene la carne en sí mismo, es ignorar la muerte de Cristo en uno de sus aspectos más importantes y contradecir toda la enseñanza del apóstol en los capítulos 6 a 8 de Romanos.

Gracias a Dios, no hay necesidad alguna de que el creyente cometa pecado. “Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Juan 2:1). No debemos excusarnos ni de un solo pensamiento pecaminoso. Nuestro gran privilegio es andar en la luz, como Dios está en la luz; y cuando andamos en la luz, es cosa por demás segura que no estamos cometiendo pecado. ¡Ay! Nos salimos de la luz y cometemos pecado; pero la idea normal, verdadera, divina, de un cristiano es que ande en la luz y no cometa pecado. Un solo pensamiento pecaminoso es cosa ajena al verdadero espíritu del cristianismo. Dentro de nosotros, tenemos el pecado y continuaremos teniéndolo mientras estemos en el cuerpo; pero, si andamos en el Espíritu, el pecado que hay en nuestra naturaleza no se manifestará en nuestra vida. Decir que no necesitamos pecar es afirmar un privilegio cristiano; decir que no podemos pecar es un engaño y una decepción.

Consideraciones finales sobre nuestra seguridad en Cristo

De lo que hemos visto hasta ahora, podemos aprender que el gran resultado de la obra de Cristo en el pasado es otorgarnos una posición divinamente perfecta delante de Dios.

Hizo perfectos para siempre a los santificados

“ (Hebreos 10:14).

Nos ha introducido en la presencia de Dios, aceptados tan plenamente como Cristo, completamente acreditados en virtud del nombre, de la persona y de la obra de Cristo; de forma que, como declara el apóstol Juan, “como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17).

Tal es la posición invariable del más débil corderito de todo el rebaño de Cristo, que él compró con su propia sangre. Y no podría ser de otro modo. La única alternativa a esto es la perdición eterna. No existe ni el ancho de un cabello entre esta posición de absoluta perfección delante de Dios, y una condición de culpabilidad y ruina. O estamos en nuestros pecados, o en un Cristo resucitado. No hay término medio. O estamos cubiertos de culpa, o completos en Cristo. Pero la voz autorizada del Espíritu Santo nos declara en la Escritura que el creyente está “completo

en Cristo” (Colosenses 2:10), “perfecto, en cuanto a la conciencia” (Hebreos 9:9), “perfecto para siempre” (Hebreos 10:14), “todo limpio” (Juan 13:10), que nos hizo “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6), que fuimos “hechos justicia de Dios en” Cristo (2 Corintios 5:21).

Y todo esto, mediante el sacrificio de la cruz. Aquella preciosa muerte expiatoria de Cristo constituye el fundamento sólido e inquebrantable de la posición del cristiano. “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (Hebreos 10:12). Un Cristo sentado es la prueba gloriosa y la definición perfecta del lugar del creyente en la presencia de Dios. Nuestro Señor Jesucristo, cuando glorificó a Dios respecto a nuestros pecados, soportó el juicio de Dios sobre nuestra entera condición de pecadores y, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó él mismo para siempre en un lugar, no solo de perdón, aceptación y paz, sino también de completa liberación del dominio del pecado; un lugar de victoria asegurada sobre toda cosa que pudiera estar en nuestra contra, ya sea el pecado que mora en nosotros, el miedo a Satanás, las exigencias de la ley o el presente mundo malo.

Tal es, repetimos, la posición absolutamente invariable del creyente, si nos guiamos por la Sagrada Escritura. Y rogamos con insistencia al cristiano que no se conforme con nada menos que esto. Que ya no acepte más las confusas enseñanzas de los credos de la cristiandad ni los ritos de su liturgia, que solo hacen volver a las almas a la oscuridad, la lejanía y la esclavitud del judaísmo, sistema que Dios halló defectuoso y que él mismo abolió para siempre, por no haber satisfecho Sus santos designios ni su corazón amoroso, en cuanto a dar a sus adoradores paz y libertad perfectas, absoluta cercanía a él mismo; y eso, para siempre.

Instamos solemnemente a todo el pueblo de Dios, en las diversas secciones de la Iglesia profesante, a que consideren dónde se hallan y vean hasta qué punto entienden y disfrutan la verdadera posición cristiana, según se nos muestra en los diversos pasajes de las Escrituras que hemos citado y que podrían multiplicarse fácilmente. Que comparen con diligencia y fidelidad las enseñanzas de la cristiandad con la Palabra de Dios y vean en qué medida están de acuerdo con esa Palabra. Así hallarán que el actual cristianismo profesante se halla totalmente en contraste con las enseñanzas vivas del Nuevo Testamento; y que, como consecuencia, se priva a las almas de los preciosos privilegios que les corresponden como cristianos, y se las tiene a una distancia moral que caracterizaba a la economía mosaica.

Todo esto es de lo más deplorable. Contrista al Espíritu Santo, hiere el corazón de Cristo, deshonra a la gracia de Dios y contradice las más claras afirmaciones de las Sagradas Escrituras. Estamos completamente persuadidos de que la condición actual de millares de almas basta para hacer sangrar el corazón; y todo esto se debe, en gran proporción, a las enseñanzas de la cristiandad, a sus credos y formularios. ¿Dónde se puede hallar, entre las filas ordinarias de la profesión cristiana, una persona que disfrute de una conciencia perfectamente purificada, de paz con Dios y del Espíritu de adopción? ¿No es verdad que al pueblo se le ha enseñado pública y sistemáticamente que es el colmo de la presunción el que alguien diga que todos sus pecados *ya están* perdonados, que *tiene* vida eterna, que *está* justificado de todas las cosas, que *es* acepto en el Amado, que *está* sellado con el Espíritu Santo, que no puede perderse, porque ya está unido a Cristo por el Espíritu que mora en él? ¿Acaso no son todos estos privilegios cristianos prácticamente negados e ignorados en la cristiandad? ¿No se le enseña a la gente que es peligroso estar demasiado confiado; que es más seguro moralmente vivir con duda y temor; que a lo más que podemos aspirar es a tener la *esperanza* de que iremos al cielo *cuando muramos*? ¿Dónde se les enseñan a las almas las gloriosas verdades acerca de la nueva creación? ¿Dónde son enraizadas y fundamentadas las almas en el conocimiento de la posición que ocupan en una Cabeza resucitada y glorificada en los cielos? ¿Dónde son conducidas al disfrute de estas cosas que Dios otorga libremente a su amado pueblo?

¡Ay, nos apena pensar en la única respuesta verdadera que puede darse a estas preguntas! El rebaño de Cristo está esparcido por montes oscuros y páramos desolados. Las almas del pueblo de Dios son dejadas en la sombría distancia que caracterizaba al sistema judaico. No conocen el significado del velo rasgado, de la cercanía de Dios, ni son conscientes de ser aceptos en el Amado. La mesa misma del Señor está velada con las frías y oscuras nieblas de la superstición, y cercada por las repulsivas barreras de un oscuro y funesto legalismo. Una redención cumplida, un perdón total de los pecados, una justificación perfecta delante de Dios, una aceptación en el Cristo resucitado, el Espíritu de adopción, la brillante y bienaventurada esperanza de la venida del Esposo: todas esas grandiosas y gloriosas realidades, esos privilegios establecidos de la Iglesia de Dios, son, en la práctica, dejados a un lado por las enseñanzas y la maquinaria religiosa de la cristiandad.

Algunos pensarán tal vez que hemos trazado un cuadro demasiado sombrío. Solo podemos decir, y lo decimos con toda sinceridad, que ojalá nos equivocáramos. Lamentablemente el cuadro refleja la realidad; más aún, la realidad es mucho más espantosa que el cuadro. Nos impresiona

profunda y penosamente el hecho de que la condición, no solo de la Iglesia profesante, sino también de miles de verdaderas ovejas del rebaño de Cristo, es tal que, si la contempláramos como Dios la ve, nos quebrantaría el corazón.

No obstante, tenemos que seguir adelante con nuestro tema y, al hacerlo, ofreceremos el único remedio que puede aconsejarse para la deplorable condición de tantos hijos de Dios.

Nos hemos ocupado de la obra preciosa que nuestro Señor Jesucristo cumplió por nosotros, al quitar de en medio todos nuestros *pecados* y al condenar el *pecado*, garantizándonos una remisión perfecta de los primeros y una liberación completa del segundo, considerado como un poder dominador. El cristiano es una persona que no solo ha sido perdonada, sino también liberada. Cristo ha muerto por él, y él ha muerto en Cristo. Por eso ahora es libre, como quien ha resucitado de entre los muertos y vive para Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Es una nueva criatura. Ha pasado de muerte a vida. La muerte y el juicio quedaron atrás, y delante de él solamente está la gloria. Posee un título imborrable y una perspectiva sin nubes.

Ahora bien, si todo esto es efectivamente cierto con respecto a todo hijo de Dios —y la Biblia dice que es cierto—, ¿qué más se puede necesitar? Nada, en cuanto al título; nada, en cuanto a la posición; nada, en cuanto a la esperanza. En cuanto a todas estas cosas, tenemos perfección absoluta, divina; pero nuestro *estado*, nuestro *andar*, no es perfecto. Estamos todavía en el cuerpo, rodeados de múltiples debilidades, expuestos a muchas tentaciones, propensos a tropezar, a caer y a extraviarnos. Somos incapaces de pensar por nosotros mismos un pensamiento santo, o de conservarnos por un solo momento en la bienaventurada posición en la que la gracia nos ha introducido. Es cierto que tenemos vida eterna y que estamos unidos a la Cabeza viva en el cielo, por medio del Espíritu Santo descendido a la tierra, de forma que estamos eternamente seguros. Nada puede tocar jamás nuestra vida, puesto que “está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3).

Pero, aunque nada puede tocar nuestra vida o perturbar nuestra posición, nuestra comunión está expuesta a interrupciones, por ser imperfectos nuestro estado y nuestro andar; por eso necesitamos la obra presente de Cristo por nosotros.

La obra presente de Cristo por nosotros

Jesús vive por nosotros a la diestra de Dios. Su intervención activa a favor nuestro no cesa nunca ni por un momento. Él traspasó los cielos en virtud de la expiación consumada, y allí continúa siempre intercediendo eficazmente por nosotros delante de nuestro Dios. Allí está como nuestra

justicia permanente, para sostenernos siempre en la integridad divina de la posición y de la relación en las que su muerte expiatoria nos ha introducido. Así leemos en Romanos 5:10: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”. Así también, en Hebreos 4:14-16, leemos: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Y de nuevo, en Hebreos 7:24-25:

“ Mas este Cristo, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Y en 9:24: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”.

Luego, en 1 Juan 2:1-2, tenemos el mismo tema, presentado desde un punto de vista distinto: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

¡Qué precioso es todo esto para el cristiano de corazón sincero, que siempre es consciente –consciente de forma profunda y dolorosa– de su debilidad, necesidad, fragilidad y fracaso! ¿Cómo es posible –podemos preguntar con razón– que alguien se atreva a poner en duda la necesidad que cada cristiano tiene del ministerio continuo de Cristo a su favor, si fija su mirada en los pasajes que acabamos de citar, por no hablar de lo que su propia conciencia le dice acerca de la imperfección de su estado y de su marcha? ¿No es para asombrarse, si se llega a encontrar algún lector de la epístola a los Hebreos, algún observador del estado y del andar del creyente más maduro, que niegue la aplicación actual del sacerdocio y de la intercesión de Cristo por los cristianos?

Permítasenos preguntar: ¿Por quién está ahora Cristo viviendo y actuando a la diestra de Dios? ¿Por el mundo? Está claro que no, pues él mismo dice en Juan 17:9: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”. ¿Y quiénes son estos? ¿El remanente judío? No; ese remanente está aún por aparecer en escena. ¿Quiénes son, pues? Son los creyentes,

hijos de Dios, cristianos que están pasando ahora por este mundo pecador, propensos a caer y a contaminarse en cada paso de su camino. Estos son los que se benefician del ministerio sacerdotal de Cristo. Él murió para limpiarlos, y vive para conservarlos limpios. Por medio de su muerte expió nuestra culpa; y por medio de su vida nos limpia por la acción de la Palabra por el poder del Espíritu Santo. “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre” (1 Juan 5:6). Tenemos expiación y purificación mediante un Salvador crucificado. El doble raudal manó del costado traspasado de Cristo, muerto por nosotros. ¡Sea toda alabanza a su nombre!

Todo lo tenemos en virtud de la muerte preciosa de Cristo. ¿Se trata de nuestra culpa? Está cancelada por la sangre de la expiación. ¿Se trata de nuestras faltas de cada día? Tenemos un Abogado para con el Padre, un gran Sumo Sacerdote con Dios. “Si alguno peca”. No dice: «Si alguno se arrepiente». Sin duda que hay –y que debe haber– arrepentimiento y juicio propio; pero, ¿cómo se producen? ¿De donde proceden? Aquí está: “Abogado tenemos para con el Padre” (1 Juan 2:1). Su poderosa y siempre eficaz intercesión es la que proporciona al que peca, la gracia del arrepentimiento, del juicio de sí mismo y de la confesión.

Es sumamente importante que el cristiano tenga completa claridad acerca de esta gran verdad fundamental del ministerio sacerdotal o de la poderosa intercesión de Cristo. Algunas veces pensamos equivocadamente que, cuando fracasamos en nuestra obra, tenemos que hacer algo de nuestra parte para poner en orden las cosas entre nuestra alma y Dios. Nos olvidamos de que, incluso antes de darnos cuenta del fracaso –antes de que nuestra conciencia se percate realmente del hecho–, nuestro adorable Abogado ha estado intercediendo con el Padre sobre ello; y debemos a Su intercesión la gracia del arrepentimiento, de la confesión y de la restauración. “Si alguno peca, tenemos...” ¿qué? ¿Volver a la sangre? ¡No! Nótese bien lo que el Espíritu Santo declara: “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. ¿Por qué dice: “el justo”? ¿Por qué no dice: el benigno, el misericordioso, el que se compadece? ¿No es él todo eso? Con toda seguridad; pero ninguna de esas perfecciones tendría aquí su lugar adecuado, pues el bienaventurado apóstol está poniendo delante de nosotros la consoladora verdad de que, en todos nuestros errores, pecados y fracasos, tenemos siempre un representante “justo” delante del Dios justo, del Padre Santo, de forma que nuestros asuntos jamás pueden fracasar. “Viviendo *siempre* para interceder por ellos”; y porque vive siempre, “puede también salvar *perpetuamente* –hasta llegar al final mismo– a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25).

¡Qué sólido es el consuelo que hay aquí para el pueblo de Dios! ¡Y cuánto necesita nuestra alma estar bien asentada en el conocimiento y la percepción de ello! Hay algunos que tienen una percepción imperfecta de la verdadera *posición* del cristiano, porque no ven lo que Cristo ha hecho por ellos en el pasado; otros, por el contrario, tienen una concepción tan enteramente parcial del *estado* del cristiano, que no ven la necesidad que tenemos de lo que Cristo está haciendo ahora por nosotros. Ambos necesitan ser corregidos. Los primeros ignoran el alcance y el valor de la expiación; los últimos ignoran el lugar y la aplicación de la intercesión. La perfección de nuestra *posición* es tal, que puede decir el apóstol: “Como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17). Si todo estuviese incluido ahí, seguramente no tendríamos ninguna necesidad de intercesión sacerdotal; pero, por otro lado, nuestro *estado* es tal, que el apóstol tiene que decir: “Si alguno peca”. Esto demuestra que necesitamos de continuo al Abogado. Y, bendito sea Dios, lo tenemos continuamente; lo tenemos *viviendo siempre por nosotros*. Vive y nos sirve en las alturas. Es nuestra justicia permanente delante de nuestro Dios. Vive para mantenernos perfectamente rectos en el cielo y para rectificar nuestras sendas cuando hayamos dado un mal paso en la tierra. Es el vínculo divino e indisoluble entre nuestra alma y Dios.

Cristo como objeto del corazón

Hasta aquí, hemos procurado desarrollar las grandes verdades fundamentales que conciernen a la obra de Cristo por nosotros: su obra en el pasado –su *expiación*– y su obra en el presente– su *intercesión*–. Ahora procuraremos presentarle al lector, con la ayuda del Espíritu de Dios, algo de lo que nos enseñan las Escrituras en cuanto a la segunda parte de nuestro tema, a saber, Cristo como un objeto para el corazón.

Es una bendición maravillosa poder decir: «He hallado a Alguien que satisface perfectamente mi corazón: he hallado a Cristo». Esto es lo que nos eleva de verdad por encima del mundo y nos concede una completa independencia de los recursos a los que se acoge siempre el corazón inconverso. Da *reposo permanente*, pues imparte una calma y una tranquilidad de espíritu que el mundo no puede comprender. El pobre y fiel seguidor del mundo puede pensar que la vida del cristiano es realmente muy aburrida, torpe y sin sentido. Tal vez se quede asombrado de que el creyente pueda arreglárselas para seguir adelante sin lo que él llama diversión y placer; sin teatros, sin bailes ni fiestas, sin conciertos, sin naipes ni billares, sin ir de caza, sin carreras de caballos ni clubes ni casinos.

Privar de tales cosas a un inconverso, casi le impulsaría a la desesperación o a la demencia; pero el cristiano no necesita tales cosas ni las desea; serían para él un aburrimiento completo. Por supuesto, nos estamos refiriendo al cristiano verdadero, al que lo es, no meramente de nombre, sino en realidad. ¡Lamentablemente, muchos que profesan ser cristianos, y que incluso asumen un terreno muy elevado en su profesión, se hallan activamente envueltos en todas las cosas vanas y frívolas tras de las que van los hombres de este mundo! Se los puede ver sentados a la Mesa del Señor el domingo, y en el teatro o el concierto el lunes. Pueden estar el domingo procurando tomar parte en una y otra de las muchas actividades cristianas que se llevan a cabo en ese día, y se los puede ver durante la semana en el baile, en el hipódromo o en cualquier otro escenario de insensatez y vanidad.

Es evidente que tales personas no saben nada de Cristo como objeto del corazón. A decir verdad, resulta muy difícil entender cómo es que una persona que tenga una sola chispa de vida divina en el alma, puede hallar placer en las miserables ocupaciones de un mundo sin Dios. El cristiano verdadero y fervoroso se aparta de tales cosas; lo hace instintivamente; y no meramente por lo positivamente malo de ellas –aunque seguramente las considera malas y perversas–, sino porque les ha perdido el gusto y porque ha encontrado algo infinitamente superior, algo que satisface perfectamente todos los deseos de su nueva naturaleza. ¿Podemos imaginarnos a un ángel del cielo complaciéndose en un baile, un teatro o un hipódromo? Solo el pensarlo es una ridiculez suprema. A un ser celestial le son totalmente ajenas tales escenas.

¿Y qué es un cristiano? Un hombre celestial, pues es partícipe de la naturaleza divina. Está muerto al mundo, muerto al pecado, vivo para Dios. No tiene ni un solo vínculo con el mundo; pertenece al cielo. Así como Cristo su Señor no es del mundo, tampoco él lo es. ¿Podría Cristo tomar parte en los entretenimientos, juergas y necedades de este mundo? La idea misma sería una blasfemia. Pues bien, ¿qué diremos del cristiano? ¿Ha de hallarse donde su Señor no podría ser hallado? ¿Puede tomar parte consecuentemente en cosas de las que sabe en su corazón que son contrarias a Cristo? ¿Puede ir a lugares, escenas y ambientes en los que tiene que admitir que su Salvador y Señor no puede participar? ¿Puede ir y tener comunión con un mundo que aborrece a ese mismo a quien él profesa que le debe todo?

Quizá piense alguno de nuestros lectores que estamos asumiendo un terreno demasiado elevado o exagerando. A quien así piense, le querríamos preguntar: ¿qué terreno debemos tomar? Ciertamente, el terreno cristiano, si somos cristianos. Pues entonces, si hemos de asumir una posición cristiana, ¿cómo sabremos cuál es en realidad esa posición? Con seguridad por el Nuevo

Testamento. ¿Y qué nos enseña? ¿Acaso autoriza a que el cristiano se mezcle, en cualquier forma o medida, con los entretenimientos, diversiones y vanidades del presente mundo malo? Prestemos atención a las solemnes palabras de nuestro adorable Señor en Juan 17:14-18: “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. *No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”.

¿Se puede concebir una medida mayor de identificación que la que se nos muestra en estas palabras? Dos veces, en este breve pasaje, nuestro Señor dice que no somos del mundo, como tampoco él lo es. ¿Qué tiene que ver con el mundo nuestro adorable Señor? ¡Nada! El mundo lo ha rechazado completamente y lo ha echado fuera. Lo clavó en una vergonzosa cruz entre dos malhechores. El mundo sigue siendo reo de todo esto, tan plena y vivamente como si el acto de la crucifixión se hubiese llevado a cabo ayer, en el centro mismo de la civilización actual y con el consentimiento unánime de todos. No hay ni un solo vínculo moral entre Cristo y el mundo. Más aún, el mundo está manchado con Su asesinato y tendrá que responder por el crimen ante Dios.

¡Qué solemne es esto! ¡Cuán digno de seria reflexión para los cristianos! Pasamos por un mundo que crucificó a nuestro Señor y Maestro, y él declara que no somos del mundo, como tampoco él lo es. De aquí se sigue que, en la medida en que tengamos alguna comunión con el mundo, somos infieles a Cristo. ¿Qué pensaríamos de una mujer que se sentase a reír y bromear con un grupo de hombres que hubiesen asesinado a su marido? No obstante, eso es precisamente lo que hacen los cristianos profesantes cuando se asocian con este presente mundo malo y se hacen como carne y hueso con él.

Quizá alguien dirá: «¿Qué vamos a hacer? ¿Tendremos que salir del mundo?». ¡De ningún modo! Nuestro Señor dice explícitamente:

“ No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal
(Juan 17:15).

El verdadero principio para el cristiano es: *en el mundo, pero no del mundo*. Para ilustrarlo con un ejemplo, el cristiano en el mundo es como un buzo en el mar. Está sumergido en un elemento que acabaría con él, si no estuviera protegido de su acción, y sostenido por una continua comunicación con los que están en la superficie.

¿Y qué tiene que hacer el cristiano en el mundo? ¿Cuál es su misión? Aquí está: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:18). Y de nuevo, en Juan 20:21: “Como me envió el Padre, así también yo os envío”. Tal es la misión del cristiano. No tiene que encerrarse dentro de los muros de un monasterio o de un convento. El cristianismo no consiste en unirse a una comunidad de frailes o de monjas. Nada de eso. Somos llamados a movernos de un lado a otro en las diversas relaciones de la vida y actuar en la esfera donde Dios nos ha puesto para su gloria. No se trata de *qué* hacemos, sino de *cómo* lo hacemos. Todo depende del objeto que gobierna nuestro corazón. Si el objeto que gobierna y absorbe el corazón es Cristo, todo irá bien; si no lo es, nada irá bien. Dos personas pueden sentarse a una misma mesa para comer; una come para satisfacer su apetito, la otra come “para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31), come simplemente para conservar en buen funcionamiento su cuerpo como vaso de Dios, templo del Espíritu Santo e instrumento para el servicio de Cristo.

Y así, en todo. Nuestro gran privilegio es tener siempre delante de nosotros al Señor. Él es nuestro modelo. Como él fue enviado al mundo, así también nosotros. ¿A qué vino? A glorificar a Dios. ¿Cómo vivió? Por el Padre: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (Juan 6:57).

Así todo resulta muy sencillo. Cristo es el modelo y la piedra de toque para todo. Ya no es cuestión meramente de obrar bien o mal de acuerdo con normas humanas; es simplemente una cuestión de saber lo que es digno de Cristo. ¿Haría él esto o lo otro? ¿Estaría él aquí o allí? Él nos dejó “ejemplo, para que” sigamos “*sus pisadas*” (1 Pedro 2:21). Y de seguro que no deberíamos ir a donde no podemos rastrear Sus huellas benditas. Si vamos a un lugar o a otro para complacernos a nosotros mismos, no estamos siguiendo Sus huellas y no podemos abrigar la esperanza de disfrutar de Su bendita presencia.

Aquí está el verdadero secreto de todo este asunto. La gran pregunta que hemos de hacernos es precisamente esta: ¿Es Cristo mi único objeto? ¿Para qué estoy viviendo? ¿Puedo decir: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”? (Gálatas 2:20). Lo que esté por debajo de eso no es digno del cristiano. Cosa bien pobre y miserable es contentarse con ser salvo, y luego seguir codo a codo el mundo, viviendo para el placer y el interés de uno mismo; aceptar la salvación como fruto de las penalidades y los padecimientos de Cristo, y vivir luego distanciados de él. ¿Qué diríamos de un niño al que solo le interesan las cosas buenas que le provee la mano de su padre, y no buscarse nunca su compañía, sino que prefiriese la compañía de extraños? Sin duda sería considerado digno de desprecio; pe-

ro, ¡cuánto más despreciable es el cristiano que debe todo su presente y toda su eternidad a la obra de Cristo y, sin embargo, se contenta con vivir a una fría distancia de Su adorable persona, sin preocuparse por promover Su gloria!

Si el lector ha sido capaz, por medio de la gracia, de asimilar lo que ha sido objeto de nuestra consideración en estas páginas, tendrá un remedio perfecto para toda intranquilidad de conciencia y para todo desasosiego de corazón. Para aquietar la conciencia, bastará confiar en la obra de Cristo con fe sencilla. Para sosegar el corazón, será suficiente poner la mirada, con “ojo sencillo”, en la Persona de Cristo. Por tanto, si no disfrutamos de paz en la conciencia, ello se debe solamente a que no descansamos en la obra consumada de Cristo; y si el corazón no halla sosiego, ello demuestra que no estamos satisfechos con Cristo mismo.

No obstante, ¡qué pocos, aun del pueblo amado del Señor, conocen lo uno o lo otro! ¡Qué raro es hallar una persona que goce de verdadera paz de conciencia y de auténtico reposo de corazón! En general, los cristianos no aventajan, ni una pizca, a la condición de los santos del Antiguo Testamento. No conocen la bendición de una redención *cumplida*; no disfrutan de una conciencia purificada; no pueden acercarse “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe”, teniendo “purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:22). No comprenden la grandiosa verdad de la morada del Espíritu Santo en ellos, en virtud de lo cual pueden clamar: “Abba, Padre” (Gálatas 4:6). En cuanto a su experiencia, están bajo la ley; nunca han entrado de verdad en la bendición profunda de estar bajo el reinado de la gracia. No se puede dudar de que tengan la vida y aman las cosas de Dios; sus gustos, sus costumbres, sus aspiraciones, más aún, sus mismos ejercicios de corazón, sus conflictos, sus ansiedades, dudas y temores, todo ello demuestra la existencia de la vida divina. En cierto modo, están separados del mundo, pero su separación es negativa, más bien que positiva. Se debe a que ven la completa vanidad del mundo y a que no puede satisfacerles el corazón, antes que a haber hallado un objeto digno en Cristo. Han perdido el gusto por las cosas del mundo, pero no han hallado su lugar ni su porción en el Hijo de Dios donde él está ahora a la diestra de Dios. Las cosas del mundo no les satisfacen, pero tampoco disfrutan de su posición, objeto y esperanza celestiales; de ahí que se hallen en una condición totalmente anómala; no tienen certeza, ni reposo, ni propósito fijo; no son felices; no conocen su verdadera situación; no son ni una cosa ni otra.

¿Se halla el lector de esa manera? Esperamos afectuosamente que no sea así. Confiamos que sea uno de los que, por la gracia infinita, conocen “las cosas que nos han sido dadas gratuitamente por Dios” (1 Corintios 2:12, V. M.); que saben que han pasado de muerte a vida; que tienen vida

eterna; que gozan del testimonio precioso del Espíritu; que se dan cuenta de su asociación con una Cabeza resucitada y glorificada en los cielos, con quien están unidos por el Espíritu Santo que mora en ellos; que han hallado su objeto en la Persona de Aquel cuya obra consumada constituye la base divina y eterna de su salvación y de su paz, y que aguardan con anhelo el momento bienaventurado en que Jesús vendrá a recogerlos, para que donde él está estén también ellos, para no salir de allí jamás.

Esto es cristianismo. Ninguna otra cosa merece ese nombre. Se alza en contraste fuerte y agudo con la espuria religiosidad actual, que no es ni puro judaísmo por un lado, ni puro cristianismo por el otro, sino una miserable mezcla, compuesta por algunos de los elementos de cada uno, elementos que pueden ser adoptados y practicados por gente inconversa, pues dan el visto bueno a los deseos de la carne y les permiten gozar de los placeres y las vanidades del mundo, para contentamiento de su corazón. El principal enemigo de Cristo y de las almas ha logrado crear un horroroso sistema de religión, mitad judío, mitad cristiano, combinando del modo más astuto el mundo y la carne con ciertas cosas de la Biblia, usándola de forma tal que destruye su fuerza moral e impide su correcta aplicación; y las almas quedan atrapadas sin remedio en las redes de este sistema. Los inconversos son engañados con la idea de que, en realidad, son muy buenos cristianos y que van directamente al cielo; mientras que, por otra parte, al amado pueblo de Dios se le priva de su debido lugar y de sus privilegios, y es arrastrado por la oscura y funesta influencia de la atmósfera religiosa que los rodea y casi los sofoca.

Creemos que no se pueden expresar con palabras humanas las terribles consecuencias de mezclar así al pueblo de Dios con la gente del mundo en un sistema común de religiosidad y de creencias teológicas. Su efecto en el pueblo de Dios es cerrarles los ojos a las verdaderas glorias morales del cristianismo, según nos son presentadas en las páginas del Nuevo Testamento; y esto, hasta tal punto que si alguien intenta descubrir estas glorias ante su vista, es tenido por visionario entusiasta o por hereje peligroso. Su efecto sobre la gente del mundo es engañarles completamente en cuanto a su verdadera condición, su carácter y su destino. Ambas clases repiten los mismos formularios, suscriben el mismo credo, recitan las mismas oraciones, son miembros de la misma comunidad, participan del mismo sacramento y son, en una palabra, una misma cosa en el terreno eclesiástico, lo mismo que en el teológico y el religioso.

En respuesta a todo esto, quizá se nos diga que nuestro Señor, en Su maravilloso discurso en Mateo 13, enseña explícitamente que el trigo y la cizaña han de crecer juntos. Sí, pero, ¿dónde? ¿En la Iglesia? No, sino en “el mundo”; y nos dice que “*el campo es el mundo*” (Mateo 13:38). Confundir

estas dos cosas, es falsear enteramente la posición cristiana y acabar con toda disciplina piadosa en la Asamblea. Equivale a colocar la enseñanza de nuestro Señor en Mateo 13 en abierta oposición a la enseñanza del Espíritu Santo en 1 Corintios 5.

Sin embargo, no vamos a seguir adelante por ahora con este tema. Es demasiado importante y demasiado extenso como para despacharlo en un breve artículo como el presente. Quizá podamos discutirlo con mayor extensión en otra oportunidad, pues estamos plenamente convencidos de que requiere del lector cristiano una seria consideración. No se puede subestimar, de ningún modo, su importancia, pues concierne, de forma tan manifiesta, a la gloria de Cristo, a los intereses verdaderos de su pueblo, al progreso del Evangelio y a la integridad del testimonio y del servicio cristianos. Pero tenemos que dejarlo a un lado por el momento y terminar este artículo con una breve referencia al punto tercero y último de nuestro tema, a saber, la Palabra de Cristo como guía plenamente suficiente para nuestro camino.

La palabra de Cristo como guía plenamente suficiente para nuestro camino

Si la obra de Cristo es suficiente para la conciencia, y su adorable Persona es suficiente para el corazón, entonces, con toda seguridad, su Palabra preciosa es suficiente para el camino. Podemos asegurar, con toda la confianza posible, que tenemos en el divino volumen de las Sagradas Escrituras todo lo que podamos necesitar, no solo para satisfacer todas las exigencias de nuestro camino individual, sino también las diversas necesidades de la Iglesia de Dios, en los más minuciosos detalles de su historia en este mundo.

Nos damos perfecta cuenta de que, al sentar tal afirmación, nos exponemos a mucha burla y oposición desde varios lados. Por un lado, toparemos con los abogados de la tradición y, por otro, con los que defienden la supremacía de la razón y de la voluntad humanas; pero esto en realidad nos importa muy poco. Si las tradiciones de los hombres, ya sean padres, hermanos o doctores, se *presentan como autoridad*, las consideramos como una mota de polvo en la balanza (Isaías 40:15); y, en cuanto al racionalismo, solo puede compararse a un murciélago a la luz del sol del mediodía, deslumbrado por el resplandor y golpeándose ciegamente contra objetos que no puede ver.

¡Qué gozo más profundo para el corazón poder apartarse de las tradiciones y doctrinas de los hombres, opuestas entre sí, y hallar reposo a la luz de la Santa Escritura! ¡Qué gozo experimenta el creyente cuando, tras encontrarse con los insolentes razonamientos del incrédulo, del racio-

nalista y del escéptico, puede rendir todo su ser moral a la autoridad y al poder de la Santa Biblia, reconociendo con gratitud, en la Palabra de Dios, la única norma perfecta de doctrina, de moral, de todo!

“ Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para re-
dargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de
Dios sea perfecto (*artios*), enteramente instruido para toda buena obra
(2 Timoteo 3:16-17, RV 1909).

¿Qué más podemos necesitar? ¡Nada! Si la Escritura puede hacer a un niño “sabio para la salvación”, y puede hacer a un hombre “perfecto”, “enteramente instruido para toda buena obra”, ¿para qué necesitamos las tradiciones humanas o los vanos razonamientos humanos? Si Dios ha escrito un volumen para nosotros, si ha condescendido en gracia a darnos una revelación de su pensamiento respecto a todo lo que debemos saber, pensar, sentir, creer y hacer, ¿acudiremos a un pobre mortal semejante a nosotros, ya sea un ritualista o un racionalista, para que nos ayude? ¡Lejos esté de nosotros tal pensamiento! Acudir a la tradición o a la razón humanas para que suplan alguna deficiencia en la revelación divina, es lo mismo que si acudiésemos a algún mortal para que añada algo a la obra consumada de Cristo a fin de hacerla suficiente para nuestra conciencia, o para que supla alguna deficiencia en la Persona de Cristo a fin de hacerlo suficiente para nuestro corazón. Toda alabanza y acción de gracias sean dadas a nuestro Dios de que no necesitamos nada de eso. El nos ha dado en su Hijo amado todo lo que nos es necesario para la conciencia, el corazón y el camino –para el tiempo, con todas sus escenas cambiantes, y para la eternidad, con sus infinitas edades–. Bien podemos decir, como el poeta:

*Cristo, encuentro todo en Ti,
Y no necesito más.*

No falta, no puede faltar, nada en el Cristo de Dios. Su expiación y su intercesión bastan para satisfacer todos los anhelos de la conciencia más profundamente ejercitada. Las glorias morales, los poderosos atractivos, de su Persona divina bastan para satisfacer las más intensas aspiraciones y los más fervientes anhelos del corazón. Y su incomparable revelación –ese inapreciable Volumen– contiene dentro de sus tapas todo lo que podamos necesitar, desde el principio hasta el fin de nuestra carrera cristiana en este mundo.

Querido lector, ¿no son así estas cosas? (véase Hechos 17:11) ¿No admite usted, desde el fondo mismo de su ser moral renovado, que estas cosas son verdad? Si es así, ¿descansa, en absoluta calma y reposo, en la obra de Cristo? ¿Se deleita en su Persona? ¿Se somete, en todo, a la autoridad de su Palabra? ¡Quiera Dios que así sea con respecto a usted y a todos los que profesan su Nombre! ¡Ojalá haya un testimonio más pleno, más claro y más decidido de la «plena suficiencia de Cristo», “hasta aquel día”!

El ministerio de Cristo en el pasado, el presente y el futuro

“ El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Es de suma importancia, amados hermanos, apartar de nuestra mente todo pensamiento acerca de nuestro servicio al Señor y del trabajo que realizamos para él, y tener el corazón ocupado en el servicio que él realiza a favor de nosotros. No vaya a suponerse, por lo que acabo de decir, que quiero debilitar en lo más mínimo el anhelo de ningún corazón en esta asamblea de trabajar para Cristo, cualquiera sea la esfera de actividad que él le haya asignado a cada uno o el don que le haya concedido. Al contrario, más bien deseo fortalecer y profundizar, por todos los medios, ese anhelo de servir al Señor. Pero la experiencia y la observación demuestran que a menudo estamos tan ocupados con *nuestra* obra y con *nuestros* servicios, que nuestro corazón puede perder de vista lo que Cristo hace por nosotros en su maravilloso carácter de siervo.

El objetivo que me propongo ahora es presentar *al Señor Jesús como siervo de las necesidades de su pueblo*. Las Escrituras leídas nos introducen en esta línea de pensamiento. El Señor Jesús es el siervo de las necesidades del alma en cada etapa de nuestra vida, de principio a fin: desde lo profundo de nuestra ruina y degradación como pecadores, y en todas nuestras debilidades y faltas de cada día como redimidos, hasta que nos introduzca en el gozo de su reino. Hasta entonces, su ministerio por nosotros no terminará, porque según leemos en Lucas 12:37, se ceñirá y nos servirá todavía en la gloria. Vemos pues que su obra de siervo se extiende al pasado, al presente y al porvenir, y abarca todos los períodos de nuestra historia. Nos sirvió en el pasado, nos sirve hoy y nos servirá por siempre.

Cristo, siervo de las necesidades del alma

a) *La necesidad de la salvación*

Y aquí permítaseme señalar que la verdad presentada por las Escrituras a este respecto, es de carácter individual. Ya hemos considerado en otra ocasión la verdad con respecto a nuestra condición y carácter corporativos, por lo que ahora trataremos lo que atañe a lo personal, es decir, a lo que se relaciona directamente con la condición y las necesidades personales de cada alma. Vamos, pues, con toda simplicidad y seriedad, a considerar este bendito hecho: Cristo, siervo de las necesidades del alma.

Puede que algunos de nuestros lectores tengan que empezar por el principio mismo de este precioso tema; que necesiten conocer a Cristo como Aquel que vino a este mundo para servirles en sus más profundas y variadas necesidades como pecadores perdidos, arruinados, culpables y merecedores del infierno. Si hubiera alguno con esta necesidad, le suplico que pondere atentamente el versículo que acabamos de leer:

El Hijo del Hombre vino para *servir* y para *dar*



(Marcos 10:45).

¡Maravillosa y divina realidad! Jesús vino a este mundo para satisfacer nuestras necesidades, para servirnos en todo aquello en que necesitamos su precioso ministerio, “y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45); para servirnos, al llevar nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, y al obtener, por este sacrificio, una plena y eterna salvación para nosotros. No vino a recibir, a tomar, a ser servido ni a ser honrado; vino a que nos sirvamos de él. Por eso, si un alma que está siendo ejercitada se plantea esta acuciante pregunta: «¿Qué puedo hacer yo para el Señor?», la respuesta es: «Deténgase y considere, y crea lo que el Señor ha hecho por usted. Debe permanecer tranquilo y ver la salvación de Dios». Recuerda aquellas palabras de divina dulzura evangélica: “Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5). No podemos servir a Cristo de manera inteligente y apropiada, si primero no conocemos y creemos cómo él nos sirvió a nosotros. Debemos terminar con nuestras incansables actividades y descansar en una obra divinamente consumada. Entonces, y solo entonces, podremos comenzar la carrera del servicio cristiano. Es, pues, de suma importancia que toda persona deseosa de servir, sepa que el auténtico ministerio cristiano comienza con la posesión de la vida eterna, y que solo puede ser cumplido por el poder del Espíritu Santo que mora en el creyente, a la luz de las Santas Escrituras y bajo su divina autoridad. Esta es la idea divina de la obra y el servicio cristianos.

Aunque estas líneas tienen principalmente en vista a aquellos santos de Dios que ya han emprendido su carrera, creemos sin embargo que desconoceríamos el corazón y las simpatías de Cristo si pasáramos por alto el hecho de que puede haber algún alma que, como dije, necesite comenzar desde el principio con este precioso misterio: Cristo el siervo, y que todavía no halló el lugar de reposo que le da la obra perfecta de Cristo. Puede que haya comenzado a pensar en la salvación de su alma y en la eternidad; pero lo que realmente ocupa sus pensamientos es el hecho de que Dios le está reclamando algo, algún servicio de su parte, y dice: «Debo hacer esto o aquello, o más todavía». Pues bien, lo repito con el mayor énfasis: usted debe acabar comple-

tamente con sus actividades, con sus razonamientos, con sus sentimientos personales; tenga la plena seguridad de que ni sus sentimientos, ni sus pensamientos ni sus razonamientos ni ningún acto de su parte lo pondrá jamás en posesión de la salvación. Debe detenerse en ese camino equivocado que transitó hasta hoy, y contemplar lo que Dios le presenta. Debe escuchar y creer; apartar la mirada de sí mismo y de su servicio, y fijarla en Cristo y en Su servicio. Debe dejar de hacer sus incansables obras sin valor, y reposar con plena y perfecta seguridad en la obra completa de Cristo, que satisfizo perfectamente la justicia de Dios y lo glorificó plenamente en lo que respecta a su pecado y culpa. En esto radica el divino secreto de la paz, de la paz en Jesús, de la paz con Dios, de la paz eterna. Nunca gozará de la verdadera liberación hasta que no haya puesto sólidamente los pies sobre este terreno. Si está ocupado con su servicio para Cristo, nunca obtendrá paz; pero si solo toma lo que Dios dice en su Palabra y reposa en Su Cristo, poseerá una paz que ningún poder de la tierra ni del infierno podrá jamás arrebatarse ni perturbar.

Ahora bien, antes de proseguir quisiera formular una pregunta: ¿Habrás aquí algún corazón que todavía no ha hallado el reposo? ¿Habrás algún corazón que diga: «No estoy satisfecho con el servicio de Cristo, no hallo ningún reposo en su obra»? ¡Cómo! El Hijo de Dios se inclinó para servirnos. Aquel que nos hizo, el que nos dio “vida y aliento y todas las cosas”, Aquel a quien todos tenemos que dar cuenta, se inclinó para ser nuestro siervo. Él no le pide que haga algo o que dé algo. Le declara que “el Hijo del Hombre... vino... para servir, y para dar” (Marcos 10:45). Sopesen bien estas palabras. Abarcan toda la vida del Hijo del Hombre; usted puede apropiarse de ellas en todo su alcance y plenitud, y usarlas como si fuese el único objeto de este servicio en el mundo. Cristo no vino para recibir ni para pedir. La mente legalista le presenta a Dios como un exactor que le reclama algo, que exige de usted sus servicios de un modo u otro. Pero recuerde que nuestra primera gran ocupación, lo primero y más importante que tenemos que hacer, es creer en Jesús; reposar dulcemente en él, en lo que hizo por nosotros en la cruz y en lo que hace por nosotros en el trono. “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6:29). Recordemos la respuesta del salmista cuando, al considerar la grandeza y multitud de los beneficios de Jehová, exclamó: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová” (Salmo 116:12-13).

b) La necesidad de meditar en el servicio de Cristo

Tal es la manera de «pagar al Señor»; la que le complace y glorifica. Si quiere usted realmente *pagar*, debe *tomar*. Tomar ¿qué? “La copa de la salvación” (Salmo 116:13) —una copa que desborda seguramente—; y mientras la lleva a sus labios, mientras las glorias de la salvación de Dios brillan

en su alma, fluirán entonces de su corazón agradecido ríos de vivas alabanzas hacia Él. Y ya sabe que él dijo: “El que sacrifica alabanza me honrará” (Salmo 50:23). En una palabra, pues, lo primero que usted debe hacer es dejar que su alma medite en el maravilloso misterio del servicio que Cristo lleva a cabo para usted en toda la profundidad de sus necesidades; y cuanto más medite en esto, más se hallará usted en la actitud correcta para servirle.

En el capítulo 7 del segundo libro de Samuel tenemos otro ejemplo. Cuando David estaba sentado en su casa de cedro y consideraba todo lo que Dios había hecho por él, en un sentimiento de gratitud, dijo dentro de sí: «Me levantaré ahora y edificaré una casa a Su nombre». De inmediato, el profeta Natán recibió de parte de Dios un mensaje para corregir a David en este punto, diciéndole: «Tú no me edificarás casa a mí, sino que yo te edificaré casa a ti». Debemos invertir el orden. Dios quiere que nos sentemos y contemplemos atentamente todo lo que él ha hecho por nosotros. Quiere que consideremos no solo el pasado y el presente, sino también el porvenir glorioso que está ante nosotros; que veamos toda nuestra vida alcanzada por su magnífica gracia.

Y ¿qué efecto produjo todo esto en el corazón de David? Hallamos la respuesta en esta lacónica pero significativa declaración: “Entonces el rey David fue y se sentó delante de Jehová, y dijo: ¿Quién soy yo?” (2 Samuel 7:18, V. M.). Observemos su actitud y reflexionemos sobre su pregunta. Ambas están llenas de significado. Él “se sentó”; esto es el reposo, y un dulce reposo. David quería poner manos a la obra demasiado pronto, pero Dios le dice: «No, siéntate y considera mis obras y mis actos a tu favor en el pasado, el presente y el futuro».

Luego viene la pregunta: “¿Quién soy yo?”. Aquí vemos el bendito hecho de que David había perdido de vista, por el momento, su propio yo. Quedó eclipsado ante el resplandor de la revelación divina. La gloria de Dios y la rica magnificencia de Sus actos a favor de su siervo, dejaron de lado el yo de David y ensombrecieron la pobreza de sus actos.

Algunos pueden haber considerado a David un hombre activo e inteligente cuando se levantó dispuesto a empuñar la pala para edificar un templo a su Dios; y los mismos podían haberlo considerado inútil y haragán si se quedaba sentado cuando había trabajo para hacer. Pero, queridos hermanos, recordemos que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos (Isaías 55:8). Él aprecia nuestra adoración muy por encima de nuestro trabajo. De hecho, solo el verdadero e inteligente adorador puede ser un verdadero e inteligente obrero. Sin duda Dios acepta, en su infinita gracia, nuestros pobres servicios, aun cuando –como ocurre lamentablemente a menudo– están marcados con el sello de nuestros errores. Pero si se trata de comparar el valor

del servicio con el de la adoración, el primero debe ceder el lugar a este último. Amados, bien sabemos que cuando nuestra breve jornada de trabajo haya concluido, entonces comenzará nuestra eternidad de adoración. ¡Qué dulce y solemne pensamiento!

Pero, repito, que nadie vaya a temer que con lo que acabamos de exponer queremos paralizar su servicio o inducirlo a quedarse de brazos cruzados con fría indiferencia o con culpable indolencia. Todo lo contrario, como lo podemos ver en la historia del propio David. Estudiemos detenidamente 1 Crónicas 28 y 29. Allí hallaremos no solo un bello ejemplo de lo que es el servicio, sino también una respuesta concluyente a todo el que pretenda poner el servicio por delante de la adoración. Allí se ve al rey David primero en la actitud de un adorador, y luego en la de un trabajador, y reuniendo inmensos materiales para edificar esa misma casa de la cual no se le permitió colocar ni una piedra. Su servicio no estaba solamente de acuerdo con la grandeza y la santidad del lugar, sino que era una necesidad real de su corazón. “Por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, *además* de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios: tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada para cubrir las paredes de las casas” (1 Crónicas 29:3-4). En otras palabras, como lo expresaríamos comúnmente, de su propio bolsillo dio la regia suma de tres mil talentos como donativo voluntario para la casa que iba a ser levantada por otras manos. Esto, como él mismo nos informa, era “*además* de todas las cosas que había preparado para la casa del santuario”.

Así vemos, pues, que solo cuando se es un verdadero adorador se puede ser un siervo eficiente. Solo cuando nos hemos sentado a contemplar lo que Cristo hizo por nosotros, podemos, en alguna pequeña medida, actuar para él. Entonces, y solo entonces, podremos decir como David, cuando consideraba los incalculables tesoros preparados para construir la casa de Dios:

“ Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos
(1 Crónicas 29:14). ”

El ministerio de Cristo en el pasado

Volvámonos ahora al capítulo 21 del libro del Éxodo, donde leemos lo siguiente:

“

Si comprares siervo hebreo, seis años servirá; mas al séptimo saldrá libre, de balde. Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, saldrá él y su mujer con él. Si su amo le hubiere dado mujer, y ella le diere hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo. Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre (Éxodo 21:2-6).

Tenemos aquí una de las sombras de los bienes venideros; una figura del verdadero Siervo, el Señor Jesucristo, quien “amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:26). El siervo hebreo, después de haber servido a su amo el tiempo fijado por la ley, quedaba perfectamente libre para marcharse; pero amaba a su mujer y a sus hijos con un amor tal que lo llevó a renunciar a su propia libertad. Demostró su amor por ellos sacrificándose a sí mismo. Podía haberse marchado y haber disfrutado de su libertad; pero, ¿qué habría sido de su mujer y de sus hijos? ¿Podía dejar en la esclavitud a estos objetos de su afecto? ¡Imposible! Los amaba demasiado como para elegir ese camino, y, por esa razón, marchó resueltamente al poste de la puerta, a fin de que allí, en presencia de los jueces, le horadasen la oreja en señal de su servicio perpetuo.

He aquí el amor del que nadie podía dudar; y siempre que la mujer y los hijos de este siervo fiel mirasen aquella oreja traspasada –esa señal indeleble de servidumbre perpetua–, podían comprender cuán profundo y poderoso había sido el amor de su corazón.

Detengámonos un momento. Aquí hay algo en que el corazón bien puede extasiarse: Vemos en este tipo del Antiguo Testamento al Amante eterno de nuestras almas, a Jesús, el verdadero Siervo. Recordemos esa notable escena de la vida de nuestro Salvador, cuando exponía ante sus discípulos la historia solemne e inminente de su pasión y crucifixión. Jesús “comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle” (Marcos 8:31).

Pedro, sin darse cuenta, quiso impedir que el verdadero Siervo marchase hacia el “poste”; quiso que tuviera compasión de Sí mismo y mantuviera Su libertad personal. Pero escuchemos la severa reprensión dirigida al mismo hombre que, momentos antes, había hecho tan excelente con-

fesión de Cristo: “Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 33).

Fijémonos en este hecho: “Volviéndose y mirando a los discípulos”; es como si dijera: «Si atendiera tus consejos, Pedro, si tuviera compasión de mí mismo, si me aparto de esa cruz hacia la cual marchó, ¿qué sería entonces de ellos?» ¿No es esto, en toda su belleza moral, como el siervo hebreo que dice: “Amo... a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre” (Éxodo 21:5)?

Es de suma importancia que no perdamos de vista el hecho de que no había nada que le impusiera al Señor Jesucristo la necesidad de ir a la cruz. Nadie le imponía la necesidad de dejar la gloria que tenía con el Padre desde la eternidad y descender a la tierra; y, después de bajar a este mundo y asumir perfecta humanidad, nadie le imponía la necesidad de ir a la cruz, ya que, en cualquier momento de su vida bendita –desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario– podía regresar al lugar de donde había venido. La muerte no tenía ningún derecho sobre él. El príncipe de este mundo vino, y no tenía nada en él. Hablando de su vida, el Señor pudo decir: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10:18). Y en Getsemaní, cuando se acercaba la hora suprema, le oímos proferir estas palabras: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mateo 26:53-54). Qué poca noción de la verdad tenía la muchedumbre insensata que rodeaba la cruz, cuando vociferaba a los oídos de nuestro bendito Salvador, mientras pendía de la cruz, estos acentos burlones: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mateo 27:42), en vez de haber dicho: «A sí mismo no se quiere salvar».

¡Oh, bendito sea por siempre su Nombre! Jesucristo no tuvo compasión de sí ni se escatimó a sí mismo, sino de nosotros. Nos vio sumidos en la ruina y la miseria, perdidos y sin esperanza. Vio que no había ningún ojo que tuviera compasión de nosotros, ni ningún brazo tendido para socorrernos; y –sea toda alabanza a su nombre sin par–, dejando el trono de su gloria, descendió a este mundo de maldad y se hizo hombre, a fin de poder, como hombre, mediante el sacrificio de sí mismo, librarnos del lago de fuego y unirnos a él sobre el nuevo y eterno fundamento de una redención cumplida, en el poder de una vida de resurrección, conforme a los eternos consejos de Dios y para alabanza de su gloria.

No podemos insistir demasiado en el hecho de que no había nada que impusiera a Cristo la necesidad de soportar la ira de Dios y de sufrir la cruz. Ni en su Persona, ni en su naturaleza ni en sus relaciones, estaba sujeto a la muerte. Era el Hijo eterno, “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). En su humanidad era puro, sin pecado, sin mancha, perfecto. “No conoció pecado” (2 Corintios 5:21). Hizo siempre las cosas que agradaban al Padre (Juan 8:29). Le glorificó en la tierra y acabó la obra que le había sido dada que hiciese (Juan 17:4); y nos salvó de tal modo, que Dios fue glorificado de la manera más maravillosa posible. Para servirnos de la expresión típica del Éxodo, Él, en lo personal, era libre para salir solo; pero, le pregunto querido lector cristiano, si no hubiera sacrificado esta libertad, ¿dónde estaría su lugar y el mío? Irremediablemente en el lago de fuego y azufre para siempre. El Espíritu Santo se complace en dar testimonio de todo esto, como lo ha expresado dulcemente uno de nuestros poetas:

*Señor, de tu competencia perfecta
Para tomar el lugar de Salvador
El Espíritu Santo se complace
En dar testimonio a nuestro corazón.*

¡Qué gran verdad! Y con la misma certeza podríamos decir: «Tu competencia perfecta para tomar el lugar de Siervo», por cuanto la altura de la gloria de donde descendió, fue lo que le permitió bajar hasta lo más profundo de nuestra condición, pues no hay ni una sola necesidad –en el período más oscuro de la historia de su pueblo o en las profundidades más hondas de nuestra condición–, que él no haya conocido, y que no pueda colmar, en su maravilloso carácter y en su divino ministerio como siervo de las necesidades de su pueblo.

Hermanos, nunca olvidemos esto. Guardemos siempre en nuestros corazones el más grato recuerdo de ello. Cuanto más consideremos la altura de la gloria personal de Cristo, tanto más comprenderemos la profundidad de su humillación. Cuanto más profundamente meditemos en la gloria de lo que él *era*, tanto más embargados quedaremos por la gracia de lo que él *llegó a ser*: “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

¿Quién podrá medir la altura y la profundidad de estos dos términos, *rico* y *pobre*, aplicados a nuestro adorable Señor y Salvador? Ninguna criatura inteligente sería capaz de sondearlos; pero nosotros, cristianos, debemos seguramente cultivar el hábito de contemplar sin cesar el amor

que ilumina la senda por la que transitó Cristo, el divino Siervo, cuando marchó hacia la cruz por nosotros. Y a medida que meditemos en Su amor por nosotros, nuestros corazones serán movidos por el Espíritu Santo para poder corresponder a Su amor:

“ El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (2 Corintios 5:14-15).

El ministerio de Cristo en el presente

Y ahora pasaremos del ministerio que Cristo llevó a cabo por nosotros en el pasado al que está haciendo hoy por nosotros continuamente en la presencia de Dios. Este servicio nos es presentado, de una manera sumamente bendita, en la primera parte del capítulo 13 de Juan. La misma gracia preciosa resplandece aquí como en todo lo que hemos estado considerando. En el pasado, vimos al Siervo Perfecto clavado en la cruz por nosotros. Hoy, si lo contemplamos en el trono, lo vemos ceñido para el servicio, no solo conforme a nuestras necesidades actuales, sino conforme al perfecto amor de su corazón: su amor por el Padre, su amor por la Iglesia y su amor por cada creyente en particular, desde el principio hasta el fin de los tiempos.

“Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:1-5).

Aquí, pues, tenemos una maravillosa presentación del servicio que Cristo lleva a cabo para “los *suyos* que estaban en el mundo”. Hay algo particularmente precioso en la expresión “*los suyos*”. ¡Nos acerca tanto al corazón de Cristo! ¡Cuán dulce es pensar que él pueda contemplar a unas criaturas tan pobres, débiles y culpables como nosotros, y decir: Son míos! No importa lo que otros piensen de ellos; ellos me pertenecen y es menester que los coloque en una posición digna del lugar de donde vengo y adonde voy.

Esto es inefablemente precioso y edificante para nuestras almas. Cristo, en el sentimiento de Su gloria personal, y estando perfectamente consciente de que venía de Dios y a Dios iba, se inclinó para lavar los pies de sus discípulos. No había nada más elevado, ni podía haberlo, que el lugar de donde Jesús descendió. No había ni podía haber nada más bajo que los pies sucios de sus discípulos. Pero –bendito y alabado sea por siempre su Nombre– él cumple, en su divina Persona y en su admirable servicio, todos los oficios que se hallan entre estos dos extremos: Puede poner una mano sobre el trono de Dios, y la otra bajo nuestros pies, y ser así el divino y eterno vínculo entre Dios y nosotros.

Ahora bien, hay tres cosas en este pasaje que deseo exponer claramente: En primer lugar, tenemos la acción especial de nuestro Señor hacia los suyos que están en el mundo; en segundo lugar, tenemos la fuente de tal acción; y en tercer lugar, la medida de esa acción.

La acción de nuestro Señor con respecto a los suyos en el mundo

Consideremos primero la acción misma. Debemos tener en cuenta que lo que se nos presenta aquí no es “el lavamiento de la regeneración” (Tito 3:5). Esta obra pertenece a la primera etapa del servicio de Cristo a favor de nosotros. Se trata ahora de “los suyos que están en el mundo”, de todos los que pertenecen a esa clase tan altamente privilegiada, o sea, de aquellos que creen en su Nombre y que han pasado por ese gran lavamiento, en virtud del cual Cristo puede declararlos “todo limpios”.

No hay ni una sola mancha ni contaminación en el más débil de aquel dichoso grupo al que Cristo llama “los suyos”: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues *está todo limpio; y vosotros limpios estáis*, aunque no todos” (Juan 13:10). Si pudiese detectarse una sola mancha en uno de “los suyos”, sería una mancha de deshonra arrojada sobre Cristo mismo, pues él nos lavó de toda nuestra iniquidad según la perfección de su obra como Siervo de nuestras necesidades y, sobre todo, como el Siervo de los eternos consejos de Dios y de la gloria del Padre. Nos halló totalmente sucios, para hacernos “todo limpios”.

Tal es la obra de la regeneración que jamás se repite, y de la cual tenemos una figura en la consagración de los sacerdotes bajo la economía mosaica. En el día de su consagración, eran completamente lavados con agua, ceremonia que no se repetía más. Pero, en lo sucesivo, a fin de que fuesen aptos para el desempeño cotidiano de sus funciones sacerdotales, debían cada día lavarse las manos y los pies en la fuente de bronce si oficiaban en el tabernáculo (Éxodo 30:18), o en el mar de bronce, si oficiaban en el templo (2 Crónicas 4:2). Precisamente este lavamiento diario es

figura de lo que se trata en Juan 13. Estos dos lavamientos son distintos, y no deben confundirse nunca. Es asimismo importante no separarlos jamás, pues ambos están íntimamente relacionados. El lavamiento de la regeneración está divina y eternamente completo; el lavamiento de la purificación o santificación debe ser divina y continuamente llevado a cabo. El primero no se repite; el segundo nunca debe ser interrumpido. El uno nos da una parte *en* Cristo, de la cual nada nos puede privar; el otro nos da una parte *con* Cristo, de la cual cualquier cosa nos puede privar. El uno constituye el fundamento de nuestra vida eterna; el otro, la base sobre la cual se mantiene nuestra comunión cotidiana con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Lector cristiano, procuremos comprender el significado de tener nuestros pies lavados, momento a momento, por las propias manos de Aquel que se ciñe como Siervo divino de nuestras necesidades actuales. Nadie podría apreciar en su justo valor la importancia de este acto; pero al menos podemos comprender un poco su valor por las palabras que Jesús dirigió a Pedro, quien, como nosotros, ¡ay!, estaba lejos de comprender el pleno significado de lo que estaba haciendo su Señor: “Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte *conmigo*” (Juan 13:6-8).

He aquí el gran punto: “No tendrás parte conmigo”. El lavamiento de la regeneración nos da parte *en* Cristo; el lavamiento diario de la santificación nos da parte *con* Cristo. Es imposible gozar de una plena, inteligente y feliz comunión, sin tener una conciencia purificada y los pies perfectamente lavados. La sangre expiatoria de Cristo nos asegura el primero de estos privilegios; el agua de la purificación nos mantiene en el segundo. Pero tanto el agua como la sangre proceden de un Cristo crucificado. La muerte de Cristo es la base de todo: él murió para purificarnos, y vive para mantenernos así. Somos limpiados tanto como puede limpiarnos Su muerte; somos conservados limpios tanto como puede conservarnos limpios Su vida.

Y recordemos que este maravilloso ministerio de Cristo a favor de nosotros no cesa jamás. En los lugares celestiales donde entró, vive siempre para actuar *por* nosotros, y actúa *sobre* nosotros y *en* nosotros por su Palabra y su Espíritu. Habla a Dios por nosotros, y habla de nosotros a Dios. Vino de Dios para descender hasta lo más profundo de nuestras necesidades. Volvió a Dios para llevarnos siempre en Su corazón, para suplir nuestras necesidades de cada día y para mantenernos en la integridad de la posición y relación en la que nos ha introducido por su obra expiatoria.

Estas verdades llenan el alma de un sólido consuelo. Atravesamos un mundo de pecado, donde a cada paso contraemos manchas de uno u otro tipo, que si bien no pueden afectar nuestra vida eterna, sí pueden afectar muy seriamente nuestra comunión. Y sabemos que es imposible pisar el umbral del divino santuario con los pies sucios. De ahí la dicha inefable de tener a Alguien que está siempre en la presencia de Dios por nosotros; a Aquel que, por haber atravesado la escena de este mundo, conoce su verdadero carácter, y que, al haber venido de Dios y vuelto a Dios, conoce todas Sus demandas de perfecta santidad, y todo lo que es necesario para mantenernos en una entera comunión con Él. La provisión es divinamente perfecta. Ni el pecado ni la impureza pueden jamás ser hallados en la presencia de Dios. Nosotros podemos tomarlos a la ligera, pero Dios los trata como lo que son. Y la santidad que demanda una pureza absoluta, brilla con un resplandor tan vivo como la gracia destinada a proveerla. La gracia ha provisto los medios de purificación, pero la santidad demanda su aplicación. La bondad de Dios había provisto la fuente de bronce para los sacerdotes de antaño, pero la santidad de Dios exigía que los sacerdotes hicieran uso de esa fuente. El gran lavamiento al que los sacerdotes debían someterse el día de su consagración, los introducía en el oficio del sacerdocio; el lavamiento en la fuente de bronce los hacía aptos para cumplir los deberes de ese oficio. ¿Habrían podido cumplir un servicio sacerdotal aceptable con las manos impuras? ¡Imposible! Del mismo modo podemos decir que nos es imposible marchar en la senda de la santidad, si nuestros pies no son lavados y enjugados por Aquel que se ciñó para servirnos perpetuamente en este importante oficio.

Todo esto es muy simple, divinamente simple. En el cristianismo hay *dos lazos*: el lazo de la vida eterna –que nada puede romper jamás–, y el lazo de la comunión personal, que puede ser roto en cualquier momento del día por el peso de una pluma. Ahora bien, nuestra comunión se mantendrá inquebrantable, siempre y cuando nuestros caminos sean purificados por la acción santificante de la Palabra, acompañada de la eficacia del Espíritu Santo. Pero si me sustraigo voluntariamente a esta acción, si temo mirar de frente a la Palabra de Dios, ¿cómo puedo gozar de la bendita comunión con Dios?

Y aquí, queridos hermanos, no me refiero a la ignorancia de la Palabra de Dios. El Señor soporta nuestra ignorancia mucho más de lo que pensamos y de lo que soportaríamos nosotros en los demás. No aludo ahora a la cuestión de la ignorancia.

Aquí haré una pequeña digresión. Unas semanas atrás, una joven entró en este recinto y se sentó en uno de estos bancos. Estaba vestida conforme a la moda del mundo: su cabeza adornada con plumas y flores, y sus dedos con joyas. Su corazón estaba lleno de vanidad e insensatez. Pero aquí

le salió al encuentro la gracia de Dios en toda su plenitud y liberalidad. La flecha de la convicción divina atravesó su alma. Su corazón fue quebrantado bajo el poder de la Palabra en las manos del Espíritu Santo. Fue traída al arrepentimiento para con Dios y a la fe en nuestro Señor Jesucristo (Hechos 20:21). En una palabra, fue salva en ese momento, y se marchó con el gozo de la salvación. Este gozo continuó por varios días. El tesoro que acababa de hallar absorbía todos sus pensamientos. No pensó en sus plumas, sus joyas o su vestimenta. Es cierto que siguió vistiéndose y adornándose así, simplemente porque no veía aún nada malo en eso. Todavía no sabía que hubiese en la Palabra de Dios tan siquiera una línea concerniente a esas cosas.

Hermanos, quisiera solamente recordar que debemos estar preparados para hacer frente a casos como este. Me temo que algunos de nosotros no tengamos la prudencia o la paciencia suficientes para tratar con casos de esta naturaleza. Tenemos excesiva prisa por emprender lo que podría llamar «el proceso de despojamiento». Esto es un error. Debemos dar tiempo a que las virtudes escondidas del reino de Dios se desarrollen por sí solas. No debemos intentar reducir la asamblea cristiana a un lugar en que se adopta una vestimenta determinada. Esto no funcionará nunca. No podemos realmente reducirlo todo a un nivel sin vida, sino que debemos dejar que la Palabra de Dios actúe en la vida que el Espíritu de Dios ha implantado en un alma. Si obligo a los demás a adoptar un determinado estilo de vestir, simplemente porque se me ocurre a mí, solo conseguiré hacerles daño. Lo más importante es dejar que el reino de Dios ejerza su santo imperio sobre todo el carácter del individuo. En esto consiste el verdadero progreso, y en esto también se manifiesta la gloria de Dios.

Sigamos con nuestro ejemplo. En el curso de sus lecturas, nuestra joven amiga de repente quedó cautivada por el siguiente pasaje tan directo: “Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Timoteo 2:9-10). Y también: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:3-4).

Ahora bien, aquí se nos ilustra el ministerio actual de Cristo: la acción de la Palabra en la conciencia, la aplicación del lebrillo a los pies, el lavamiento del agua por la Palabra. Es Jesús agachándose para lavarle los pies a esta joven discípula. La pregunta es: ¿Cómo recibirá ella este servicio? ¿Se resistirá a él o cederá? ¿Desechará el lebrillo y la toalla? ¿Rehusará el ministerio de gracia del Señor? “Si no te lavare, no tendrás parte *conmigo*” (Juan 13:8).

Esto es muy solemne y reclama nuestra más seria atención. Lo que sigue en importancia moral al hecho de tener la conciencia purificada por la sangre de Cristo, es la purificación de nuestros caminos por la acción de la Palabra, mediante el poder del Espíritu Santo. Lo primero nos da parte *en* Cristo, y nunca se repite; lo último nos da parte *con* Cristo, y jamás debe interrumpirse. Si deseamos realmente la comunión con Cristo, debemos permitirle que nos lave los pies a cada momento. No podemos pisar los impecables atrios del santuario de Dios con los pies sucios, como tampoco podemos entrar en él con una conciencia sucia.

Sometamos, pues, nuestros caminos continuamente a la acción purificadora de la preciosa Palabra de Dios. Dejemos de lado todo aquello que la Palabra condena; abandonemos toda posición, toda asociación y toda práctica que ella condena, para poder mantener así nuestra santa comunión con Cristo en toda su frescura e integridad. Nada es más peligroso que jugar con el mal, cualquiera sea la forma en que se presente. En su gracia, Dios soporta nuestra ignorancia; pero una resistencia deliberada a su Palabra, en un punto cualquiera, acarreará seguramente resultados desastrosos. El corazón se endurece, la conciencia se vuelve insensible, el sentido moral se embota y todo el estado moral de la persona cae en una condición muy deplorable. Si nos alejamos del Señor, haremos naufragio en cuanto a la fe y a una buena conciencia. ¡Quiera el Señor guardarnos cerca de él, andando con él con conciencias delicadas y corazones rectos! ¡Y que su Palabra ejerza en nuestras almas su poder vivo y formativo, para que así nuestros caminos estén siempre a la altura de lo que demanda la santidad del santuario!

La fuente de la acción del Señor con respecto a los suyos

Pasemos ahora a la fuente de esta acción. Esta fuente se nos presenta con conmovedora dulzura y poder en el primer versículo del capítulo 13 de Juan: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (o hasta el extremo)”. He aquí, queridos hermanos, la fuente inagotable de donde procede el ministerio actual de Cristo: el inmutable amor de su corazón, un amor más fuerte que la muerte, y al que las muchas aguas no pueden apagar.

“ Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra (Efesios 5:25-26). ”

He aquí el bendito fundamento y la fuente motora de ese maravilloso ministerio que nuestro Señor Jesucristo sigue desempeñando ahora por nosotros. Él sabía lo que le esperaba cuando expresó estas palabras del Salmo 40: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. Sabía el

costo que le significaba tomar nuestro caso. Pero su amor sobrepujaba, y sobrepuja, divinamente a todas las cosas. No hay por qué temer que se agote ese amor que triunfó sobre los indescribibles horrores del Calvario y descendió hasta las sombrías regiones de la muerte y del juicio. A veces podemos sentirnos avergonzados de tener que llevar tan a menudo nuestros pies sucios a Cristo para que los limpie; pero su amor, lo repito, es superior a todo, y ese amor es la fuente de su precioso e indispensable ministerio.

Se oye decir a veces que el amor es ciego, lo cual a mi juicio es una calumnia al amor. Por cierto que no se aplica, ni puede aplicarse, al amor de Cristo. Él sabía todo lo que estaba oculto en lo profundo de nuestro corazón; veía todo lo que se escapa a nuestra vista limitada; nos amó, nos ama todavía a pesar de todas nuestras debilidades, necesidades y extravíos, y, en el poder de este amor, actúa para librarnos de todo lo que, en nosotros y a nuestro alrededor, podría impedir nuestra comunión con el Padre y consigo mismo.

Hermanos, ¿qué valor tendría para nosotros un amor ciego? ¿Podríamos reposar confiados en un amor que solo actuara ciegamente hacia nosotros, ignorando nuestras manchas y defectos? ¡Imposible! Lo que necesitamos es un amor superior a todas nuestras imperfecciones y que sea capaz de librarnos de ellas; y, este amor, lo hallamos en Cristo, y –bendito sea su Nombre– ¡en él solamente! Es un amor que, por mucho que nos ponga al descubierto ante nosotros mismos, nunca nos descubrirá ante los demás. Es un amor que viene a nosotros con el lebrillo y la toalla, y, con una ternura infinita y una humilde e incomparable gracia, se agacha para limpiar toda suciedad, toda mancha, y para dejarnos en el precioso sentimiento de que estamos “todo limpios”. Este es el amor que necesitamos usted y yo, y que hemos hallado, con plenitud y poder divinos, en el corazón del Siervo perfecto que siempre está ceñido para servirnos delante del trono de Dios. “Como había amado a *los suyos* que estaban en el mundo, los amó” ¿hasta cuándo? ¿Solo mientras respondiesen a Sus deseos y anduviesen con los pies limpios? ¡Ah, no! Esto nunca serviría de nada a personas como nosotros. Los amó “hasta el fin” (o hasta el extremo). Insondable, perfecto, divino y eterno es el amor que se sobrepone, que soporta, que sobrevive a todas nuestras manchas e imperfecciones, a nuestros fracasos y fluctuaciones, a nuestras faltas y debilidades, a nuestros extravíos y caprichos; amor que vino a nosotros armado de todo lo que requería nuestra condición; amor que jamás cesará de actuar por nosotros, hacia nosotros y en nosotros, hasta que nos presente en una perfección sin tacha ante el trono de Dios.

La medida de la acción de Cristo por nosotros y en nosotros

Por último, diremos algunas palabras sobre la medida de la acción presente de Cristo por nosotros y en nosotros. Este es un punto de inestimable valor e importancia. Ya sea que consideremos el servicio de Cristo en el pasado o en el presente, es fundamental que sepamos que la medida de uno o de otro es, y no puede ser sino, según los justos reclamos del santuario, del trono y de la naturaleza de Dios. Podríamos suponer que esta medida se establecía según nuestras necesidades, pero una medida así habría sido insuficiente. Si pensamos en la muerte expiatoria de Cristo, sabemos, y nos gozamos en saberlo, que Su preciosa obra no solo respondió a nuestras más profundas necesidades como pecadores. La obra de la cruz —¡bendito sea Dios!— ha satisfecho divinamente todas las demandas de Dios. Nuestras almas no gozarían de una paz sólida si la muerte expiatoria de Cristo solo hubiese respondido a las más elevadas demandas de la conciencia humana. Podemos estar seguros, sobre la base de la autoridad divina, de que las demandas más elevadas del gobierno, el carácter, la naturaleza y la gloria de Dios hallaron una respuesta perfecta en la obra infinita de Cristo.

Así pues, todo es fruto de la gracia infinita; y en ella toda alma divinamente ejercitada puede encontrar una paz inquebrantable y eterna. Nada cambia con respecto a la obra presente de Cristo por nosotros. Decirnos que esa obra se mide conforme a nuestras necesidades, aun a las más profundas de ellas, nunca podría satisfacer a nuestras almas. Todas estas necesidades, sin duda, son satisfechas; pero lo son por cuanto el ministerio actual de Cristo va mucho más allá de ellas, y llega hasta el santuario de Dios, satisfaciendo todas sus demandas.

¡Qué gracia insondable! Nuestras almas pueden reposar con total tranquilidad, pues tenemos en lo alto a Aquel que se encarga de nosotros, que vive siempre en la presencia de Dios por nosotros; a Aquel que no solo conoce todas nuestras necesidades, sino también los derechos que Dios reclama; a Aquel que conoce la escena que atravesamos, y también aquella en la cual él entró; y —alabado sea su Nombre— su precioso y perfecto ministerio alcanza estos dos extremos. Ahora bien, si todas las exigencias de la justicia de Dios hallan su satisfacción en Él, con mayor razón nuestras necesidades personales; ya que lo menor siempre está incluido en lo mayor.

¡Qué sólido consuelo se halla aquí! ¡Qué inmutable reposo! Todos nuestros asuntos están perfecta y divinamente seguros en las manos de Aquel que está a la diestra de Dios. Esas manos nunca se debilitan, nunca fallan. Podemos afirmar que el más débil de los que Cristo llama “los suyos que están en el mundo”, está en tan perfecta seguridad como Cristo mismo.

¡Qué gran realidad! ¡Con qué seguridad podemos remitirnos a este divino Director, ante cualquier tipo de ataque u objeción a su Persona o carácter! ¡Y qué insensatez sería de nuestra parte si intentáramos responder por nosotros mismos a sus adversarios! ¡Oh, que podamos apoyarnos con una más plena confianza en Aquel que se presenta ante nosotros ceñido para servirnos en nuestras innumerables necesidades! ¡Ojalá que apreciemos más y más su precioso ministerio por nosotros y para nosotros! ¡Ojalá que descansemos más dulcemente en la seguridad de que él habla al Padre por nosotros en todos nuestros fracasos, pecados y faltas!

Recordemos, para nuestro mayor consuelo, que antes que caigamos, él ha estado rogando por nosotros como lo hizo por Pedro:

Yo he rogado por ti, que tu fe no falte

“

(Lucas 22:32).

¡Qué *gracia* incomparable vemos en estas palabras! No rogó para que Pedro no cayera, sino para que, cuando haya caído, su fe no desfallezca. Así también ruega por nosotros, para que seamos sostenidos en nuestros combates y restaurados en nuestras caídas. Y si su divino ministerio no se ejerciera incesantemente a favor de nosotros, pronto, de caída en caída, seríamos arrastrados hasta un completo naufragio. Mas, alabado sea su Nombre, él vive “siempre para interceder” por nosotros (Hebreos 7:25). Su precioso y poderoso ministerio nos sustenta a cada momento. Sin él, no podríamos sostenernos en pie ni una sola hora. Si no tuviéramos a Jesús actuando por nosotros –cuya intervención a favor de nosotros no cesa jamás–, irían apareciendo continuamente cosas que terminarían destruyendo nuestra comunión. Él conoce no solo nuestras necesidades, no solo las demandas del santuario, sino que provee para todo conforme a su perfección infinita y a su aceptación infinita delante de Dios, satisfaciendo las necesidades de los suyos.

A veces uno se encuentra con personas que tienen una concepción tan parcial de la posición del creyente, que arrojan enteramente por la borda el ministerio actual del Señor Jesús como *sacerdote*. No hay nada más peligroso que ver o no querer ver sino un lado de la verdad. Tendría infinitamente menos temor a la influencia de un hombre que enseña públicamente un error palpable –error que el creyente más sencillo sería capaz de advertir–, que al ministerio de una persona que defiende un solo lado de una verdad, y hace tanto hincapié en él, que excluye el otro lado.

Existe tal armonía en las Escrituras –y diría incluso que es una de sus glorias morales–, que una verdad ajusta el poder de la otra. Por eso, mientras la Palabra de Dios establece claramente el hecho de que el creyente está completo en Cristo, justificado de todas las cosas, aceptado en el

Amado, “todo limpio”, también establece, con no menos claridad y fuerza, este otro hecho: que el creyente es en sí mismo una pobre y débil criatura, que está expuesto a diversas tentaciones, innumerables trampas e influencias hostiles; propenso en todo momento a caer en el error y en el mal; incapaz de guardarse a sí mismo o de luchar con las dificultades y peligros que lo rodean, y pudiendo, a cada paso, contraer manchas que lo privarían de la aptitud necesaria para gozar de la comunión y de la adoración del santuario.

¿Cómo, pues, habremos de enfrentar todo esto? ¿Cómo puede el creyente ser guardado ante tales cosas? Expuestos, como estamos, a los ataques de un enemigo poderoso y astuto, llevando en nosotros una naturaleza pecaminosa y teniendo que contender con un mundo hostil, ¿cómo podemos seguir adelante? ¿Cómo podemos ser guardados? ¿Cómo podemos ser restaurados, si nos extraviamos, o levantados, si caemos? La respuesta a todas estas preguntas la hallamos en estas preciosas e inspiradas expresiones: “Viviendo siempre para interceder por” nosotros. “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25). Seremos “salvos por su vida” (Romanos 5:10). “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19), y finalmente: “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

¿Cómo se deleita el corazón al transcribir frases tales como las anteriores y meditar en ellas! Son “meollo y grosura” para el alma. ¿Cómo puede alguien, en presencia de tales declaraciones –por no decir nada de nuestras experiencias personales– poner en duda esta gran verdad fundamental del sacerdocio de Cristo en su aplicación actual al creyente? ¡Ay, es imposible predecir los errores en que podemos caer cuando damos rienda suelta a nuestros pensamientos y las Santas Escrituras no ejercen sobre nosotros toda su divina autoridad! Y podemos afirmar, con toda verdad, que la prueba más palpable de la necesidad real, profunda que tenemos de la intercesión de Cristo se encuentra en el triste hecho de que haya entre sus siervos personas que nieguen esta necesidad.

Para terminar este punto, solo quisiera advertir a todo el amado pueblo del Señor acerca del funesto error de negar nuestra continua necesidad del ministerio sacerdotal, de la preciosa intercesión y de la abogacía plenamente eficaz de nuestro Señor Jesucristo; error que sigue en importancia al que niega la necesidad de la obra expiatoria de Cristo, pues si bien esta obra redentora confiere plena seguridad a nuestras almas, el sacerdocio de Cristo las mantiene en un estado duradero de paz y seguridad.

El ministerio de Cristo en el futuro

Después de haber echado una breve e imperfecta mirada al ministerio de Cristo en el pasado y en el presente, diremos también, para terminar, unas palabras sobre su ministerio futuro. Puede que algunos se sientan dispuestos a decir: «No entiendo cómo el Señor nos servirá en el futuro. Entiendo, por la necesidad que tenemos, que él nos sirve hoy en el trono, pero confieso que el hecho de que nos vaya a servir en el reino, es algo que no alcanzo a comprender».

No hay duda de que esto es de lo más maravilloso, y si no tuviéramos las propias palabras del Señor para confirmarlo, dudaríamos en mencionar el hecho de que Cristo servirá a los suyos en el resplandor mismo de la gloria. Pero leamos lo que él mismo nos dice en el capítulo 12 de Lucas: “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle *velando*; de cierto os digo que *se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles*” (v. 35-37).

¡Qué claro e inequívoco el sentido de lo que dice el Señor! Es un hecho maravilloso, sin duda, pero tan simple como maravilloso. Cristo nos servirá en el reino; nos servirá siempre. Su ministerio se extiende a todas las fases de nuestra vida. Nos toma en lo más profundo de nuestras necesidades como pecadores, y nos lleva hasta la gloria más elevada. Se remonta al pasado, recorre el presente y se extiende hasta el porvenir infinito. ¡Bendito sea su nombre! Su corazón de amor se deleita en servirnos, y nos da la seguridad de que, tan pronto como entre en la gloria de su propio reino, por decirlo así, se complacerá en hacernos sentar entre los resplandores mismos de esa gloria, y allí nos servirá con el mismo amor que caracterizó su servicio desde el comienzo de nuestra historia. ¡Que toda alabanza y toda adoración sean tributadas para siempre a su precioso Nombre!

Otra cosa, en este capítulo 12 de Lucas, merece nuestra atención. En el versículo 41, le pregunta Pedro: “Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos? Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle *haciendo* así. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes”.

Dos cosas se nos presentan aquí: *velar* y *hacer*. ¿Cuál de ellas es la que Cristo aprecia más? La primera, sin duda, ya que con ella se vincula la mayor recompensa. Tener a Cristo sirviéndonos en la gloria es algo muy superior a cualquier posición que se digne asignarnos en su gracia.

Hermanos, jamás perdamos de vista que lo que Cristo aprecia, más que ninguna otra cosa, es esa actitud de un corazón que *vela* esperando su retorno. Sin duda, es una bendición y una cosa muy importante también que nos halle *haciendo* lo que nos confía, ya sea que nos llame a evangelizar una nación o a barrer una vereda. No permitirá que quede sin recompensa el acto de servicio más pequeño. No se trata de que valore menos el servicio, sino de que coloca, por encima de todo, la vigilancia de un corazón que suspira por ver Su rostro. La naturaleza misma nos enseña a este respecto. Supongamos que un jefe de familia está ausente del hogar; les pide a sus criados que tengan todo listo para cuando vuelva, y que cada uno sea hallado cumpliendo el servicio que le haya sido señalado. Ellos dirán: «El Amo está por volver, debemos cuidar y procurar que todo esté en orden y a punto para él». Así debiera ser. Pero, ¿no hay algo más profundo y elevado que esto? ¿No hay en la casa alguien cuyo corazón responda al corazón de este jefe de familia ausente? ¡Seguramente que sí! Está el ardiente anhelo de una esposa que vela, que espera, que vive pendiente del retorno de su marido, sin lo cual la casa mejor ordenada sería una morada pobre, fría y sin atractivo adonde volver.

Lo mismo ocurre –podemos estar seguros de ello– con nuestro amado Salvador ausente. Él aprecia, sobre todo, un corazón que suspira por ver su faz, un corazón que experimenta algo del sentimiento que animó a Mefi-boset cuando dijo a David: “Deja que él las tome todas, pues que mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa” (2 Samuel 19:30).

¡Oh, amados hermanos en el Señor, cultivemos más este sentimiento y procuremos ser de los que *aman* la aparición de nuestro adorable Señor y Salvador! ¡Que el clamor de nuestros corazones sea continuamente “¿Por qué tarda su carro en venir?” (Jueces 5:28)!

Pregunto ahora: lo que acabamos de exponer, ¿nos hará menos eficientes en el servicio? Al contrario, es precisamente esto lo que le dará un verdadero impulso y comunicará un santo perfume a la obra más pequeña y al acto menos importante que podamos hacer. Mientras que, si falta este profundo afecto personal por Cristo, los servicios más pomposos y altisonantes a los ojos de los hombres, son como nada para el corazón de Jesús. Las dos blancas que echó la viuda en el arca de las ofrendas eran más preciosas para Jesús que las ofrendas más espléndidas que podían echar los donadores sin corazón. Que alguien me muestre un corazón que vela por Cristo, y yo le mostraré un par de manos ocupadas para él de un modo u otro. No tiene la menor importancia el tipo de servicio que llevemos a cabo, con tal que sea lo que nuestro Señor nos ha encomendado; y nada nos dará más rápidamente la capacidad de saber qué servicio realizar, que un corazón

lleno de afecto por Cristo. Hay en el verdadero afecto un instinto, un sentido por el cual somos llevados a descubrir enseguida, hasta en los matices más delicados, lo que agrada a la persona amada.

Hermanos, esto es lo que nos falta. Puede que haya un montón de actividad febril, de correr de un lado para otro, de ir y venir, de dar y recibir; pero si el *corazón* no está ocupado con Cristo, todo lo que las manos, los pies y la cabeza pueden producir, es de poco valor. Cristo –bendito sea por siempre su Nombre– nos ha dado un corazón entero, y nada puede satisfacerle a cambio, a menos que le demos un corazón entero de nuestra parte. Todo su servicio, en el pasado, el presente y el futuro, es el resultado de su perfecto amor; y su deseo es hallar en nosotros un corazón que le corresponda en Sus afectos. Y dondequiera que lo haya, se manifestará en un deseo vehemente, anhelante, de su venida. Recordémoslo:

“ Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando
(Lucas 12:37).

¡Que el Espíritu eterno llene nuestros corazones de un genuino y profundo amor por la Persona de nuestro adorable Señor y Salvador, a fin de que nuestro único propósito sea vivir para él en medio de un mundo que lo rechazó, y aguardar el momento en que le veremos tal como él es, seremos semejantes a él y estaremos con él para siempre!

Las tres apariciones de Cristo

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para *presentarse ahora* por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, *se presentó* una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y *aparecerá* por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:24-28).

Este pasaje nos presenta tres grandes hechos en la vida de nuestro Señor Jesucristo. Habla de lo que podríamos aventurarnos a llamar tres apariciones distintas, a saber: una aparición en el pasado, otra en el presente, y una tercera en el futuro. *Apareció* (“se presentó”) en este mundo para llevar a cabo una obra determinada; *aparece* (“se presenta ahora”) en el cielo para desempeñar un ministerio determinado; y *aparecerá* un día en gloria. La primera fue para expiación, la segunda es para intercesión y la tercera será para consumir la salvación.

La primera aparición de Cristo: “Se presentó una vez para siempre por (lit.: para) el sacrificio de sí mismo”

Primero, pues, fijémonos por unos momentos en *la Expiación*, que nos es presentada aquí en sus dos grandes aspectos: uno, hacia Dios; el otro, hacia nosotros. El apóstol declara que Cristo *apareció*

Para quitar de en medio el *pecado*



(Hebreos 9:26)

; y también “para llevar *los pecados* de muchos” (Hebreos 9:28). Esta es una distinción muy importante, que no es comprendida suficientemente, o a la que no se presta la debida atención. Cristo ha quitado de en medio el pecado mediante el sacrificio de sí mismo. Ha glorificado a Dios en lo que respecta al asunto del pecado en su aspecto más amplio. Esto lo ha hecho sin tomar en cuenta para nada el asunto de las personas o del perdón de los *pecados* de los individuos. Aunque cada persona, desde los días de Adán hasta el último ser humano de la última generación, hubiese de rechazar la oferta misericordiosa de Dios, todavía sería verdad que la muerte expiatoria

de Cristo ha quitado de en medio el pecado –ha destruido el poder de Satanás–, ha glorificado perfectamente a Dios y ha puesto el fundamento sólido y profundo sobre el que pueden descansar para siempre todos los consejos y propósitos divinos.

A este hecho es al que se refiere Juan el Bautista en estas memorables palabras: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el *pecado* del mundo” (Juan 1:29). El Cordero de Dios llevó a cabo una obra, en virtud de la cual todo rastro de pecado será borrado de la creación de Dios. Vindicó perfectamente a Dios en medio mismo de un escenario en el que había sido deshonrado tan groseramente, en el que había sido denigrado su carácter e insultada su majestad. Vino a llevar a cabo eso, cueste lo que cueste, incluso al precio del sacrificio de sí mismo. Se sacrificó a sí mismo para mantener en alto la gloria de Dios, a la vista de los cielos, la tierra y los infiernos. Ha llevado a cabo una obra por la que Dios es glorificado infinitamente más que si el pecado no hubiera entrado de ningún modo. Dios va a recoger en los campos de la redención una cosecha mucho más copiosa que la que habría podido recoger jamás en los campos de una creación no corrompida.

Bueno será que el lector pondere bien este aspecto glorioso de la muerte expiatoria de Cristo. Estamos inclinados a pensar que la visión más alta que podemos tener de la cruz es la que implica el asunto de nuestro perdón y de nuestra salvación. Este es un error muy grave. Ese asunto lo ha solucionado Dios, como procuraremos demostrar, pues lo menor siempre está incluido en lo mayor. Pero recordemos que nuestro lado de la expiación es el menor; el lado de Dios es el mayor.

La glorificación de Dios era infinitamente más importante que nuestra salvación. Ambos objetivos han sido conseguidos, gracias a Dios, y obtenidos en una sola obra, la expiación preciosa de Cristo; pero no hemos de olvidar jamás que la gloria de Dios es mucho más importante que la salvación de los hombres; y además, que nunca podremos tener una noción suficientemente clara de la segunda, mientras no la veamos fluir de la primera. Solamente podemos penetrar de verdad en la perfección divina de nuestra salvación cuando nos percatamos de que Dios ha sido glorificado perfectamente y para siempre en la muerte de Cristo. A decir verdad, ambas están ligadas tan estrechamente, que no se las puede separar; pero, aun así, la parte de Dios en la cruz de Cristo debe mantener siempre la preeminencia que le corresponde.

La gloria de Dios ocupaba siempre el lugar más alto en el corazón consagrado del Señor Jesucristo. Por eso vivió y por eso murió. Vino a este mundo con el determinado propósito de glorificar a Dios y, de este santo objetivo tan grandioso, no se desvió jamás ni por un momento, desde el pesebre hasta la cruz. Es cierto –felizmente cierto– que, al llevar a cabo este objetivo, dio perfecta

solución a nuestro caso; pero su norma suprema, en la vida y en la muerte, fue la gloria de Dios. Ahora bien, la expiación, considerada bajo este aspecto más elevado, ha sido la base del comportamiento de Dios hacia el mundo con su gracia, su paciencia, su misericordia y su clemencia durante cerca de seis mil años, y de que siga enviando su lluvia y los rayos de su sol sobre malos y buenos, sobre justos e injustos. En virtud de la expiación de Cristo –aunque la desprecien y la rechacen– es como viven y gozan de las misericordias cotidianas de Dios el incrédulo y el ateo; más aún, el aliento mismo que exhalan al oponerse a la revelación y negar la existencia de Dios, se lo deben al mismo en quien viven, se mueven y existen (Hechos 17:28). No nos referimos aquí en absoluto al perdón de los *pecados* ni a la salvación personal. Este es un asunto enteramente diferente, y a él nos referiremos luego. Pero, considerando al hombre con respecto a su vida en este mundo, y considerando al mundo en que vive, es la cruz la que constituye la base de la misericordia que Dios tiene con el hombre, lo mismo que con el mundo.

Más aún, el evangelista puede ir “por *todo el mundo*” y predicar el evangelio “a *toda criatura*” (Marcos 16:15), basado precisamente en la expiación de Cristo, y bajo ese mismo aspecto. Puede declarar la preciosa verdad de que Dios ha sido glorificado en cuanto al pecado –han quedado satisfechas sus demandas, ha sido vindicada su majestad, ha sido engrandecida su ley y han quedado en perfecta armonía sus atributos–. Puede proclamar el mensaje venturoso de que Dios puede ahora ser justo y el que justifica a cualquier pecador, aun al más miserable e impío, que cree en Jesús. Ya no queda ningún obstáculo, ninguna clase de barrera.

El predicador del evangelio no ha de sentirse atado por ningún dogma teológico. Tiene que atenerse al corazón amplio y amoroso de Dios, quien, en virtud de la expiación, puede abrir su corazón de par en par a toda criatura bajo la capa del cielo. Puede decir a todos y a cada uno de los seres humanos –y puede decirlo sin reservas de ninguna clase–: “¡Ven!”. Más aún, está obligado a *rogarles* que vengan: “*Rogamos* en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20). Tal es el lenguaje propio del evangelista, del heraldo de la cruz, del embajador de Cristo. No conoce menos extensión que el mundo entero; y es llamado a depositar su mensaje en los oídos de toda criatura bajo el cielo.

¿Y por qué? Porque Cristo quitó de en medio el pecado, “por el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:26). Por medio de Su muerte preciosísima, cambió completamente la base del comportamiento de Dios con el hombre y con el mundo, de forma que, en lugar de comportarse con ellos sobre la base del pecado, puede hacerlo sobre la base de la expiación. Finalmente, todo vestigio de pe-

cado, todo rastro de la maligna serpiente, ha de ser borrado de todo el universo de Dios en virtud de la expiación, considerada bajo este aspecto amplio y elevado. Se verá entonces toda la fuerza de aquel pasaje citado anteriormente:

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo

“ (Juan 1:29);

y también de otra muy conocida porción, a saber: “La propiciación por... todo el mundo” (1 Juan 2:2, V. M.) .

Hasta aquí, en cuanto a lo que podemos llamar el aspecto primordial de la muerte expiatoria de Cristo –un aspecto que no se llega jamás a estudiar demasiado–. Si se entiende claramente este punto tan importante, desaparecerán muchas dificultades y muchos malentendidos con respecto a la predicación completa y franca del Evangelio. Muchos siervos honorables del Señor se ven a sí mismos obstaculizados en la presentación de las buenas nuevas de salvación, sencillamente porque no ven este aspecto amplio de la expiación. Limitan la muerte de Cristo meramente a lo que tiene que ver con los pecados de los elegidos de Dios; y, por consiguiente, piensan que es incorrecto predicar el Evangelio a todos o invitar (sí, suplicar y rogar) a todos a que vengan.

Ahora bien, la Biblia enseña explícitamente en muchos lugares que Cristo murió por los elegidos. Murió por la nación escogida, Israel, y por la Iglesia escogida de Dios, la esposa de Cristo. Pero la Biblia enseña también algo más. Declara que “murió por *todos*” (2 Corintios 5:14); que gustó “la muerte por *todos*” (Hebreos 2:9). No hay ninguna necesidad de tratar de esquivar la fuerza evidente y el claro sentido de estos pasajes inspirados y de muchos otros. Además, creemos que es totalmente incorrecto añadir nuestras palabras a las palabras de Dios, a fin de hacerlas compatibles con un sistema determinado de doctrina.

Cuando la Biblia afirma que Cristo murió por todos, no tenemos ningún derecho a añadir las palabras «los elegidos». Y cuando la Biblia dice que Cristo experimentó “la muerte por todos”, no tenemos ningún derecho a añadir «los elegidos». A nosotros nos corresponde tomar la Palabra de Dios como suena e inclinarnos reverentemente a su enseñanza autoritaria en todas las cosas. No podemos sistematizar la Palabra de Dios, como no podemos sistematizar a Dios mismo. Su Palabra, su corazón y su naturaleza son demasiado profundos y amplios como para que podamos encerrarlos dentro de los límites del mejor sistema humano de teología que haya podido jamás ser construido.

Encontraremos a menudo porciones de la Escritura que no coinciden con nuestro sistema. Debemos recordar que Dios es amor, y este amor desea manifestarse a todos sin límites. Es cierto que Dios tiene sus consejos, sus propósitos y sus decretos; pero no es eso lo que él presenta al pecador miserable y perdido. Ya instruirá e interesará a los suyos acerca de esas cosas; pero al pecador culpable y fatigado con el peso del pecado, le presenta su amor, su gracia y misericordia, su disposición a salvar, perdonar y bendecir.

Y recuérdese bien que la responsabilidad del pecador se deriva de lo que está *revelado*, no de lo que es *secreto*. Los decretos de Dios son secretos; Su naturaleza, Su carácter, Él mismo, están revelados. El pecador no será juzgado por rechazar aquello que no pudo conocer. “Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19).

No estamos escribiendo un tratado teológico; pero creemos que es sumamente importante persuadir al lector de que su responsabilidad como pecador está basada en el hecho de que la salvación que Dios ofrece y la expiación de Cristo están dirigidas expresa y decididamente “a todos”, y no solo a un cierto número de la familia humana. El glorioso mensaje es enviado a todo el mundo. Todo el que lo escucha es invitado a venir. La base de esto está en que Cristo ha quitado de en medio el pecado, en que la sangre de la expiación ha sido introducida en la presencia de Dios, en que la barrera que el pecado presentaba ha sido derribada y abolida, y la poderosa marea del amor divino puede fluir ahora libremente hasta el más vil de los hijos de los hombres.

Tal es el mensaje; y cuando alguien, por gracia, lo cree, se le puede decir además que no solo ha quitado Cristo de en medio el *pecado*, sino que también ha llevado *los pecados* de él –los pecados actuales de todo su pueblo–, de todo los que creen en Su nombre. El evangelista puede levantarse en medio de miles de personas y declarar que Cristo ha quitado de en medio el pecado, que Dios está satisfecho, que el camino está abierto para todos; y lo mismo puede decir en privado a oídos de todos y de cada uno de los pecadores bajo el cielo. Y entonces, cuando alguien ha recibido este testimonio –cuando el pecador arrepentido, con el corazón quebrantado y confesándose pecador, recibe el glorioso mensaje– se le puede enseñar también que *todos* sus pecados fueron puestos sobre Jesús, que Jesús los llevó todos al madero, y que acabó con todos ellos para siempre, cuando murió en la cruz.

Esta es la clara doctrina de Hebreos 9:26, 28, y de ello tenemos un modelo sorprendente en los dos machos cabríos de Levítico 16. Si el lector observa atentamente en dicha porción, allí hallará: primero, el macho cabrío *inmolado* en expiación; segundo, el macho cabrío enviado al desierto,

llevando sobre sí las iniquidades de los hijos de Israel. La sangre del macho cabrío inmolado era introducida en el santuario y esparcida allí. Este era un modelo de Cristo quitando de en medio *el pecado*. Después, el sumo sacerdote, en representación de la congregación, confesaba todos sus *pecados* sobre la cabeza del macho cabrío vivo y, con ellos encima, este macho cabrío marchaba al desierto, es decir, a un lugar deshabitado. Este era un modelo de Cristo llevando sobre sí los pecados de su pueblo. Tomados en conjunto los dos machos cabríos nos dan una visión completa de la expiación de Cristo, la cual, como la justicia de Dios en Romanos 3:22, es “para todos los que creen en él”.

Todo esto es por demás sencillo. Al que busca con anhelo la paz, le resuelve un montón de dificultades. Muchas veces, estas dificultades surgen por la mutua incompatibilidad de los dogmas de los sistemas teológicos y no tienen en absoluto ninguna base en la Santa Biblia. Allí, todo es tan sencillo y claro como lo puede hacer Dios. Todo el que escucha el mensaje del amor generoso de Dios, está obligado, por no decir invitado, a recibirlo; y el juicio caerá con toda seguridad sobre todos y cada uno de los que rehúsen o menosprecien la misericordia que les es ofrecida. Es completamente imposible que alguien que haya oído el evangelio o haya tenido en sus manos el Nuevo Testamento, se libere de la tremenda responsabilidad que pesa sobre él de aceptar la salvación de Dios. Ni una sola alma podrá decir: Yo no pude creer porque no era de los elegidos y no obtuve poder para creer. Nadie se atreverá a decir, ni siquiera a pensar tal cosa. Si alguien pudiera excusarse así, ¿dónde estaría entonces la fuerza o el significado de las siguientes frases tan ardientes: “Cuando se manifestó el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:7-8)? ¿Será castigado alguien por no obedecer al evangelio, si no es responsable para prestar obediencia? Seguro que no.

El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?



(Génesis 18:25).

Pero, ¿acaso Dios envía su evangelio a los hombres, meramente para ponerlos bajo responsabilidad y aumentarles la culpa? ¡Lejos esté de nosotros un pensamiento tan monstruoso! Dios envía su evangelio al pecador perdido para que se *salve*, pues no quiere que nadie perezca, sino que todos vengán al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Por consiguiente, ninguno de los que perecen podrá quejarse de nadie, sino de sí mismo.

Una de las cosas más importantes es que el lector quede bien asentado en el conocimiento y en el sentido práctico de lo que la expiación de Cristo ha llevado a cabo por todos los que confían con sencillez en él. Casi no hay necesidad de decir que esa es la única base de paz. Cristo quitó de en medio el pecado mediante su propio sacrificio y llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24). Por tanto, es imposible que pueda surgir alguna cuestión en cuanto al pecado o la culpa. Eso ha quedado solucionado “una vez para siempre” por la muerte expiatoria del Cordero de Dios. Es cierto, ¡ay, cuán cierto!, que todos tenemos pecado; y que hemos de juzgarnos a nosotros mismos y nuestra manera de obrar cada día y cada hora. Siempre nos servirá de provecho, mientras estemos en un cuerpo de pecado y de muerte, percatarnos de que “en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). Pero eso no afecta en modo alguno a la cuestión de nuestra aceptación perfecta y eterna por Dios. La conciencia del creyente está completamente purificada de todo polvo y de toda mancha, como lo estará toda la creación. Si no fuera así, Cristo no podría ahora estar donde está. Ha entrado en la presencia de Dios para interceder allí por nosotros. Esto nos lleva de la mano a considerar el segundo punto: la *abogacía* o intercesión de Cristo.

Su aparición delante de Dios por nosotros: “Entró Cristo... en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”

Muchísimas personas se inclinan a confundir dos cosas que, aunque conectadas inseparablemente, son totalmente distintas: la intercesión y la expiación. Como no ven la perfección divina de la expiación, buscan de alguna manera en la intercesión lo que la expiación ya ha consumado. Hemos de recordar que, aunque en cuanto a nuestra posición no estamos en la carne, sino en el Espíritu, en cuanto a nuestra condición, sin embargo, estamos en el cuerpo. En espíritu y por fe, estamos sentados en los lugares celestiales con Cristo; pero en nuestra realidad corporal, estamos aún en el desierto, sujetos a toda clase de debilidades, expuestos a caer y errar de mil maneras.

Ahora bien, la abogacía o intercesión sacerdotal de Cristo tiene por objeto precisamente hacer frente a esas debilidades de nuestra condición actual ¡Sea alabado Dios por una provisión tan bendita! Como quienes están en el cuerpo, pasando por el desierto, necesitamos un gran sumo sacerdote para conservar el vínculo de la comunión, o para restaurarlo cuando se ha roto. “Ahora bien... *tenemos* tal sumo sacerdote”, que vive siempre para interceder por nosotros (Hebreos 8:1; 7:25); y sin él, no podríamos seguir adelante ni un solo momento. La obra de la expiación no se repite jamás; la obra de la intercesión no se interrumpe jamás. Una vez que la sangre de Cristo

es aplicada a la persona por el poder del Espíritu Santo, esa aplicación no se repite jamás. Pensar en repetirla equivale a negar su eficacia y a reducirla al nivel de la sangre de los becerros y de los machos cabríos.

No hay duda de que las personas a que nos hemos referido no quieren decir que la sangre de la expiación carezca de esa eficacia; pero la tendencia del pensamiento de requerir una nueva aplicación de la sangre de la aspersión va por ahí. Es posible que las personas que se expresan de ese modo, piensen que así se da mayor honor a la sangre de Cristo y manifiestan mejor su propia indignidad; pero, en realidad, el mejor modo de honrar la sangre de Cristo es regocijarse en lo que ha hecho por nosotros; y el mejor modo de manifestar nuestra indignidad es darnos cuenta y acordarnos de que éramos tan viles, que solo la muerte de Cristo tuvo poder para solucionar nuestro caso. Tan viles éramos, que solo su sangre pudo limpiarnos; y tan preciosa es su sangre, que no queda ni rastro de nuestra culpa.

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado



(1 Juan 1:7).

Esta es la posición del más débil de los hijos de Dios que pase su mirada por estas líneas. “Todos los pecados serán perdonados” (Marcos 3:28). No queda el menor rastro de culpa. Jesús está en la presencia de Dios por nosotros. Allí está como Sumo Sacerdote delante de Dios —como Abogado para con el Padre—. Por medio de su muerte expiatoria, rasgó el velo, quitó de en medio el pecado, nos acercó a Dios por el crédito y la virtud infinitos de su sacrificio, y ahora vive para conservarnos, por medio de su Abogacía, en el disfrute del lugar y de los privilegios en los que su sangre nos ha introducido.

De aquí que el apóstol diga: “Si alguno hubiere pecado” tenemos ¿qué? ¿La sangre? No, sino “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). La sangre ya consumó su obra y está siempre delante de Dios, conforme al pleno valor que tiene a los ojos del Padre. Su eficacia es siempre la misma. Pero nosotros pecamos; quizá sea solo de pensamiento; pero incluso ese pensamiento basta para interrumpir nuestra comunión. Aquí es donde entra lo de la abogacía. Si no fuera porque Jesucristo está actuando siempre por nosotros en el santuario celestial, seguro que nuestra fe fallaría en algunos momentos en los que hemos obedecido en cierta medida a la voz de nuestra naturaleza pecaminosa. Eso es lo que le ocurrió a Pedro en aquella hora

terrible de su tentación y caída: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31-32).

Fíjese en esto: “Yo he rogado por ti, que”... ¿qué? ¿Que no fallase Pedro? No, sino que, tras haber fallado, su fe no cediese. Si Cristo no hubiese orado por este siervo suyo tan pobre y débil, el apóstol habría ido de mal en peor. Pero la oración de Cristo obtuvo para Pedro la gracia de un arrepentimiento sincero, de un juicio de sí mismo y de un pesar amargo por su pecado y, por fin, la restauración completa de su corazón y de su conciencia, de forma que la corriente de su comunión –interrumpida por el pecado, pero restaurada por la intercesión– pudiese fluir como antes. Así ocurre con nosotros cuando, por falta de la santa vigilancia que deberíamos estar ejercitando continuamente, cometemos pecado: Jesús se presenta al Padre por nosotros y ruega por nosotros; y por la eficacia de su intercesión sacerdotal, somos convencidos de pecado y llevados al juicio de nosotros mismos, la confesión y la restauración. Todo esto está basado en la intercesión, y la intercesión está basada en la expiación.

Y bien se puede afirmar aquí, del modo más claro y enérgico posible, que es un privilegio muy grande de todo creyente estar en condiciones de no cometer pecado. Nada nos obliga a ello. “Hijitos míos”, dice el apóstol, “estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Juan 2:1). Esta es una verdad de las más preciosas para todo el que ama la santidad. *No hay necesidad de que pequemos*. Recordemos esto. “Todo aquel que es nacido de Dios, *no practica* el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:9). Esta es la idea que tiene Dios de un cristiano. ¡Ay, no siempre nos percatamos de ello! Pero no por eso deja de ser una verdad preciosa. La naturaleza divina, el nuevo hombre, la vida de Cristo en el creyente, no puede pecar de ninguna manera, y es privilegio de todo creyente andar de modo que solo pueda verse en él la vida de Cristo. El Espíritu Santo mora en el creyente en virtud de la redención, para llevar a cabo los deseos de la nueva naturaleza, de forma que sea como si la carne no existiera, y solamente Cristo se viese en la vida del creyente.

Es de gran importancia que esta idea divina de la vida cristiana sea bien comprendida y practicada. A veces preguntan algunos: ¿Le es posible a un cristiano vivir sin cometer pecado? Respondemos con las palabras inspiradas del apóstol: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Juan 2:1). Y de nuevo, con palabras inspiradas de otro apóstol:

Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo *viviremos* aún en él?



(Romanos 6:2).

El cristiano es visto por Dios como “muerte al pecado”; de ahí que, si cede al pecado, está negando prácticamente su posición en un Cristo resucitado. Pero, ¡ay!, lo cierto es que pecamos, y por eso Juan añade: “Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

Esto confiere una perfección admirable a la obra en la que descansa nuestra alma. Tan perfecta es la eficacia de la expiación de Cristo, que tenemos un Abogado con nosotros para que no pequemos, y otro Abogado con el Padre si pecamos. La palabra griega que se traduce por «Consolador» en Juan 14:16 es la misma que se traduce por «abogado» en 1 Juan 2:1. Tenemos una Persona divina que nos cuida aquí, y otra Persona divina que nos cuida desde el cielo, y todo esto está basado en la muerte expiatoria de Cristo.

¿Se dirá que, al escribir así, damos permiso para pecar? ¡No lo permita Dios! Ya hemos declarado, y queremos insistir en ello, que es posible vivir en una comunión tan continua con Dios –andar de tal modo en el Espíritu y estar tan llenos y ocupados con Cristo–, que no se manifieste la carne o la vieja naturaleza. Ya sabemos que no siempre es este el caso. “Todos ofendemos muchas veces”, como nos dice Santiago 3:2. Pero ninguna persona de buen sentido, ningún amador de la santidad, ningún cristiano espiritual, puede estar de acuerdo con los que dicen que cometemos pecado *por necesidad*. ¡Gracias a Dios que no es así! Pero, ¡qué bendición es saber que, si caemos, hay Alguien a la diestra de Dios para restaurar el vínculo roto de la comunión! Esto lo lleva a cabo produciendo en nuestra alma, por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros (ese “otro Consolador”, Juan 14:6) el sentimiento de fracaso, y conduciéndonos al examen de conciencia y a la confesión *sincera* del pecado, sea el que sea. Decimos confesión sincera, porque lo ha de ser, si es fruto de la obra del Espíritu en el corazón. No consiste en decir, de forma ligera y frívola, que hemos pecado, para volver a pecar de modo igualmente ligero y frívolo. Esto es sumamente triste y peligroso. No sabemos de ninguna otra cosa que endurezca y desmoralice tanto como esta, pues seguramente ha de conducir a las consecuencias más desastrosas. Hemos conocido casos de personas que vivían en pecado y quedaban satisfechas con una mera confesión de labios de su pecado, y que seguían cometiendo el pecado una y otra vez; y así continuaron por meses y años, hasta que Dios en su fidelidad hizo que todo el asunto se descubriese claramente ante los demás. Todo esto es muy horrible. Es el método de Satanás para endurecer y engañar el corazón.

¡Ojalá vigiláramos contra eso y conserváramos siempre una conciencia delicada! Podemos estar seguros de que, cuando un verdadero hijo de Dios es seducido a pecar, el Espíritu Santo ha de producir en él un sentimiento tal –le conducirá a tal hastío de sí mismo, a tal aborrecimiento del pecado y a un juicio propio tan serio en la presencia de Dios–, como para no ser capaz de volver a cometer el pecado a la ligera. Esto lo podemos aprender de las palabras de Juan cuando dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y” –nótese la cláusula tan importante que sigue– *“limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9).

Aquí tenemos el fruto precioso de la doble abogacía. Todo él está expuesto en su plenitud en esta parte de la primera Epístola de Juan. Si alguno peca, el adorable Paráclito en las alturas intercede junto al Padre, apela a los méritos perfectos de su obra expiatoria y ora por el que ha cometido el pecado, basando la oración en el hecho de haber llevado sobre sí mismo el juicio de ese pecado. Luego, el otro Paráclito actúa sobre la conciencia, produce el arrepentimiento y la confesión e introduce de nuevo al alma en la luz, con la suave sensación interior de que el pecado ha sido perdonado, la iniquidad ha sido limpiada y la comunión ha quedado perfectamente restaurada. “Confortará mi alma; *me guiará por sendas de justicia* por amor de su nombre” (Salmo 23:3).

Esperamos que le sea dado a entender esta verdad grande y fundamental. Sabemos que a muchos les resulta difícil hacer compatible la idea de la intercesión con la verdad de una expiación perfecta. Si la expiación es perfecta –dicen–, ¿para qué se necesita la intercesión? Si el creyente –continúan– es hecho tan blanco como la nieve por la sangre de Cristo, tan blanco que el Espíritu de Dios puede morar en su corazón, ¿para qué necesita entonces un sacerdote? Si Cristo, con un solo sacrificio, ha perfeccionado para siempre a todos los que son santificados, ¿qué necesidad tienen entonces de un abogado los que han sido perfeccionados y santificados? Seguro que, o debemos admitir la noción de una expiación imperfecta, o negar la necesidad de la abogacía.

Así es como razona la mente humana, pero no es esa la fe de los cristianos. La Biblia nos enseña con la mayor seguridad que el creyente queda lavado tan blanco como la nieve; que es aceptado en el Amado, que está completo en Cristo, perfectamente perdonado y justificado mediante la muerte y resurrección de Cristo; que nunca puede venir a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida; que no está en la carne, sino en el Espíritu; que no pertenece a la vieja creación, sino a la nueva; que no es miembro del primer Adán, sino del postrero; que está muerto al pecado, al mundo y a la ley, porque Cristo ha muerto y el creyente ha muerto en él. Todo esto está explicado ampliamente y puesto de relieve constantemente por los escritores inspirados. Si fuera necesario, podrían citarse fácilmente docenas de porciones para demostrarlo.

Pero hay también otro aspecto del cristiano que ha de ser tenido en cuenta. No está en la carne en cuanto a la base de su posición, pero está en el cuerpo en cuanto al hecho de su condición. Está en Cristo en cuanto a su posición, pero también está en el mundo en cuanto al hecho de su existencia. Está rodeado de toda clase de tentaciones y dificultades, y es en sí mismo una criatura pobre y frágil, llena de debilidades, sin competencia ni aun para pensar algo por sí mismo.

Y no todo acaba ahí. Cada cristiano verdadero está dispuesto siempre a reconocer que en él, esto es, en su carne, no habita nada bueno. Es salvo, gracias a Dios, y eso está solucionado eternamente; pero, *salvo y todo*, tiene que pasar aún por el desierto; tiene que esforzarse por entrar en el reposo de Dios, y aquí es donde entra lo del sacerdocio. El objetivo del sacerdocio no es completar la obra de la expiación, ya que esa obra es tan perfecta como el que la llevó a cabo.

Pero tenemos que ser conducidos por el desierto y llevados al reposo que queda para el pueblo de Dios, y para este fin tenemos un gran Sumo Sacerdote que ha pasado a través de los cielos, Jesús el Hijo de Dios. Allí está para compadecer y socorrernos; sin su compasión y socorro, no podríamos seguir adelante ni un solo momento. Vive siempre para interceder por nosotros y, por medio de su ministerio en el santuario celestial, nos sostiene día a día en el mérito y el valor infinitos de su obra expiatoria. Él nos levanta cuando caemos, nos restaura cuando nos descarriamos y reanuda el vínculo de la comunión cuando ha sido roto por nuestro descuido. En una palabra, aparece en la presencia de Dios por nosotros y allí desempeña sin interrupción un ministerio a favor nuestro, en virtud del cual somos conservados en la integridad de la relación en la que su muerte expiatoria nos ha introducido.

Su futura aparición por los suyos: “Y aparecerá por segunda vez... para salvar a los que le esperan”

Hasta aquí, en cuanto a la expiación y la intercesión. Solo nos resta tratar el Advenimiento, la segunda venida del Señor. Deseamos especialmente recordarle al lector que, al tratar la muerte de Cristo, hemos dejado completamente sin tocar un punto importante que está relacionado con ella, a saber, nuestra muerte en él. Haremos esto, si Dios lo permite, en otra ocasión, pues es de inmensa importancia como poder libertador del pecado que mora en nosotros, así como del presente mundo malo y de la ley. Hay muchos que miran a la muerte de Cristo meramente para perdón y justificación, pero no ven la verdad preciosa y emancipadora de que ellos han muerto en él y de que han sido libertados consiguientemente del poder del pecado que hay en ellos. Esto último es el secreto de la victoria sobre el «yo» y sobre el mundo, y de la liberación de toda forma de legalismo y de pietismo meramente carnal.

Así, hemos echado una ojeada a dos de los temas importantes que nos son presentados en los versículos finales de Hebreos 9, a saber: primero, la preciosa muerte expiatoria de nuestro Señor Jesucristo en sus dos aspectos; y segundo, su intercesión omnipotente por nosotros a la diestra de Dios. Nos queda solo por considerar en tercer lugar *su Advenimiento*, el cual nos es presentado aquí en conexión directa con esas grandes verdades fundamentales que han ocupado ya nuestra atención y que, además, son admitidas y apreciadas por todos los cristianos verdaderos. ¿Es verdad que Cristo ha aparecido en este mundo para quitar de en medio el *pecado* por medio de su propio sacrificio y para llevar los *pecados* de los muchos que, por gracia, han puesto su fe en él? ¿Es verdad que ha pasado a través de los cielos y se ha sentado en el trono de Dios para aparecer allí por nosotros? Sí, bendito sea Dios, estas son verdades grandiosas, vitales y fundamentales de la fe cristiana.

Pues bien, es igualmente verdad que él aparecerá de nuevo, sin tener que ver con el pecado, para salvación.

“ De la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (Hebreos 9:27-28).

Aquí, pues, tenemos el asunto afirmado del modo más definitivo. Tan verdadero como que Cristo ha aparecido en esta tierra –tan verdadero como que fue recostado en el pesebre de Belén, que fue bautizado en las aguas del Jordán y ungido con el Espíritu Santo, que fue tentado por el diablo en el desierto, que pasó haciendo el bien y curando a todos los que estaban oprimidos por el diablo, que gimió, lloró y oró en Getsemaní, que pendió de la cruz maldita del Calvario y murió, el Justo por los injustos, que fue depositado en una tumba oscura y silenciosa, que resucitó victorioso al tercer día y que subió a los cielos, a fin de aparecer allí en la presencia de Dios por los suyos–, así de verdadero es como que aparecerá sin tardar mucho en las nubes del cielo para recoger a su pueblo.

Si rehusamos una de estas verdades, tendremos que rehusarlas todas. Si ponemos en duda una, tenemos que poner en duda todas. Si estamos vacilantes con respecto a una, tendremos que estarlo también con respecto a todas, ya que todas descansan precisamente sobre la misma base,

esto es, las Sagradas Escrituras. ¿Cómo sé yo que Jesús *ha* aparecido? Porque me lo dice la Escritura. ¿Cómo sé que *aparece* ahora? Porque me lo dice la Escritura. ¿Cómo sé que *aparecerá* por segunda vez? Porque me lo dice la Escritura.

Así que, en una palabra, la doctrina de la Expiación, la doctrina de la Intercesión o Abogacía y la doctrina del Advenimiento o Segunda Venida, todas descansan sobre un mismo fundamento inquebrantable: La declaración sencilla de la Palabra de Dios, de forma que, si recibimos una, tenemos que recibirlas todas.

¿Cómo es, pues, que la Iglesia de Dios ha perdido prácticamente de vista la doctrina de la Segunda Venida, mientras que a lo largo de los siglos ha admitido y apreciado las doctrinas de la expiación y de la intercesión? ¿Cómo es que, mientras estas últimas dos son consideradas esenciales, la primera es tenida como secundaria? Más aún, ¿cómo es que, mientras que la persona que no acepta las dos últimas es tenida por hereje, y con toda razón, la persona que defiende la primera es tenida por muchos como sospechosa de carecer de creencias sanas o de introducir doctrinas extrañas? ¿Qué respuesta se puede dar a esas preguntas? ¡Ay! La Iglesia ha dejado de esperar a su Señor. La expiación y la intercesión se admiten porque nos conciernen a nosotros; pero la segunda venida ha sido virtualmente arrojada por la borda, aun cuando le concierne tan de lleno al Señor. Al que sufrió y murió en esta tierra, le corresponde reinar; al que llevó una corona de espinas, le corresponde llevar una corona de gloria; al que se humilló a sí mismo hasta el polvo de la muerte, le corresponde ser exaltado y que toda rodilla se doble delante de él.

Que esto es así, no hay nada más seguro. Y el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo hará que se cumpla a su debido tiempo. “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Salmo 110:1; Hebreos 1:13). Se acerca rápidamente el momento en que nuestro adorable Salvador, que está ahora escondido de los ojos de los hombres, aparecerá en gloria y todo ojo le verá. Tan seguro como que estuvo colgado en la cruz y que ahora está sentado en el trono, es que un día aparecerá en gloria. Viendo que estas cosas son así, ¿es usted de “los que le esperan”? Esta es una pregunta solemne. Hay quienes le esperan y hay quienes no le esperan. Ahora bien, es a los primeros a quienes se aparecerá para salvación. Vendrá y recogerá a los suyos, para que donde él está, también ellos estén (Juan 14). Esas son sus palabras amorosas, dichas en los momentos de Su partida para consolar y alegrar a sus discípulos entristecidos. Tenía en cuenta que se hallaban turbados con el pensamiento de que los iba a dejar, y procuró consolarlos con la seguridad de su regreso. No les dice: No se turbe vuestro corazón, porque pronto me seguiréis, sino: “vendré otra vez” (Juan 14:3).

Esta es la verdadera y propia esperanza del cristiano. Cristo viene. ¿Estamos preparados? ¿Le estamos esperando? ¿Le echamos en falta? ¿Hacemos duelo por su ausencia? Si no sentimos su ausencia, no es posible que estemos en la actitud correcta de esperarle. Él está llegando. Podría estar aquí esta noche. Antes de que salga de nuevo el sol, podría oírse en los aires la voz del arcángel y el toque de la trompeta.

¿Qué ocurrirá entonces? Entonces, los santos que duermen –todos los que han partido en la fe de Cristo, todos aquellos a quienes el Señor rescató y cuyas cenizas reposan en las tumbas y en los cementerios en derredor nuestro o en lo profundo de los mares– se levantarán todos ellos. Los santos que vivan aún en la tierra serán transformados en un momento, y todos juntos subirán para salir al encuentro del Señor en el aire (véase 1 Corintios 15:51-54; 1 Tesalonicenses 4:13-5:11).

Pero, ¿y los inconversos; los incrédulos, los impenitentes, los no preparados? ¿Qué les ocurrirá a esos? ¡Oh! Son preguntas de una espantosa solemnidad. El corazón se hunde en la angustia al ponderar el caso de los que están aún en sus pecados –de los que no han querido escuchar todas las invitaciones y todas las advertencias que les ha enviado Dios, en su paciente misericordia, semana tras semana y año tras año– de los que se han sentado bajo el sonido del Evangelio desde su más tierna infancia y que han llegado a ser, como solemos decir, «endurecidos por el Evangelio». ¡Qué terrible será la condición de esos, cuando venga el Señor a recoger a los suyos! Serán dejados aquí, para caer bajo la decepción profunda y tenebrosa que Dios enviará de cierto sobre todos los que han oído el Evangelio y lo han rechazado. ¿Y qué ocurrirá después? ¿Qué vendrá tras de ese engaño profundo y oscuro? La condenación, todavía más profunda y oscura, en el lago que arde con fuego y azufre.

¡Ay! ¿No haremos sonar una nota de alarma en los oídos de nuestros semejantes que se hallan en pecado? ¿No procuraremos advertirles, con la mayor insistencia y solemnidad, que huyan de la ira venidera? ¿No vamos a procurar presentarles de palabra y obra –por el doble testimonio de los labios y de la conducta– el hecho de tremenda importancia de que “el Señor está cerca”? Sintámoslo nosotros más profundamente, y lo presentaremos entonces más fielmente. En la verdad de la venida del Señor, hay un poder moral inmenso, si la guardamos de verdad en el corazón, y no solo en la cabeza. Con que los cristianos solo vivieran en la expectación constante de la venida del Señor, bastaría para impresionar asombrosamente a los inconversos que nos rodean.

¡Ojalá reavive el Espíritu Santo en los corazones de todo el pueblo de Dios la esperanza bienaventurada de la venida de su Señor, para que se comporten como quienes aguardan a su Señor, a fin de que, cuando él venga y llame a la puerta, le abran inmediatamente!

Betania

Vayamos a los capítulos 11 y 12 de Juan y, si no nos equivocamos, hallará usted allí un exquisito manjar espiritual. En el capítulo 11, vemos lo que el Señor Jesús fue para la familia de Betania; y en el capítulo 12, lo que la familia de Betania fue para él. Toda esta porción está llena de la más preciosa instrucción.

En el capítulo 11 se nos presentan tres grandes temas: primero, el camino de nuestro Señor con el Padre; segundo, su profunda compasión hacia los suyos; y tercero, su gracia al asociarnos con él en su obra, en la medida en que esto es posible.

“Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos). Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí, el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (v. 1-4).

Las hermanas, en su angustia, acudieron a su divino Amigo; Jesús era para ellas un recurso seguro, como lo es para todos los suyos cuando pasan por alguna prueba, donde quiera, como quiera o quienquiera que sean. “¡Clama a mí en el día de angustia; yo te libraré, y tú me glorificarás!” (Salmo 50:15, V. M.). Cometemos un error muy serio cuando, en tiempo de necesidad o aprieto, acudimos a la criatura en busca de apoyo o compasión. Con seguridad nos decepcionaremos, pues las corrientes de las criaturas están secas. Los puntales de las criaturas ceden pronto. Nuestro Dios hará que nos convenzamos de la vanidad e insensatez de toda la confianza que pongamos en las criaturas, de todas las esperanzas humanas y expectativas terrenas. Por otra parte, hará que nos convenzamos, del modo más conmovedor y eficaz, de la verdad y bendición de su Palabra:

No se avergonzarán los que esperan en mí



(Isaías 49:23).

¡No, nunca! Él, alabado sea su nombre, nunca le falla a un corazón confiado. No puede negarse a sí mismo. Se deleita en aprovechar la ocasión de nuestras necesidades, de nuestros ayes y debilidades, para mostrar de mil maneras sus tiernos cuidados y su benevolencia. Pero él nos enseñará también la total esterilidad de los recursos humanos. “Así ha dicho Jehová: Maldito el varón

que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada” (Jeremías 17:5-6).

Así debe ser siempre. Desengaño, esterilidad y desolación son los resultados seguros y ciertos por confiar en el hombre. Pero, por otra parte –y nótese bien el contraste–: “Bendito el varón que confía en Jehová y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas y que junto a la corriente echa sus raíces, y no teme la venida del calor, sino que su follaje estará frondoso; y en el año de sequía no se inquietará ni dejará de dar fruto” (v. 7-8).

Tal es la enseñanza invariable de la Biblia sobre los dos lados de este asunto de gran valor práctico. Es un fatal error acudir incluso al mejor de los hombres y recurrir, directa o indirectamente, a pobres cisternas humanas. El verdadero secreto de la bendición, de la fuerza y del consuelo es acudir a Jesús; recurrir de una vez, con fe sencilla, al Dios viviente cuyas delicias son siempre ayudar al necesitado, fortalecer al débil y levantar al abatido.

Por eso, las hermanas de Betania obraron correctamente cuando, en la hora de la necesidad y del aprieto, acudieron a Jesús. Él podía y quería ayudarlas; pero nuestro adorable Salvador no respondió de inmediato a su llamado. A pesar de todo su afecto hacia ellas, no creyó conveniente acudir volando a socorrerlas. Participaba de lleno del pesar y la ansiedad de ellas. Se hacía cargo de todo y conocía la medida justa de todo. Las acompañaba totalmente en sus sentimientos. No carecía de conmiseración, como veremos después. No obstante, se detuvo. Y el enemigo pudo sugerir toda clase de insinuaciones malignas; y el corazón mismo de ellas pudo concebir toda suerte de razonamientos inquietantes. Parecería como si «el Maestro» las hubiese olvidado. Quizás el Señor y Amigo amoroso había cambiado en su afecto hacia ellas. Algo podía haber ocurrido, para interponer una nube entre ellas y él. Todos sabemos la forma en que nuestro pobre corazón razona y se tortura a sí mismo en esos momentos. Pero hay un remedio divino para todos los razonamientos del corazón, y una respuesta triunfal para todas las insinuaciones oscuras y horribles del enemigo. ¿Cuál es? Una confianza inconmovible en la eterna estabilidad del amor de Cristo.

Aquí está el verdadero secreto de todo el asunto. Que nada sacuda nuestra confianza en el amor inalterable de nuestro Señor. Venga lo que venga –que esté tan ardiente el horno, que las aguas sean tan profundas, que las sombras sean tan oscuras, que sea tan áspero el camino, que sea tan grande el aprieto–, pongamos todavía firmemente nuestra confianza en el amor perfecto y compasivo de Aquel que ha demostrado su amor al descender hasta el polvo de la muerte, por debajo

de las olas negras y encrespadas de la ira de Dios, a fin de salvar de las llamas eternas nuestra alma. No temamos confiar completamente en él, encomendarnos a él sin sombra de reserva ni desconfianza.

No midamos Su amor por nuestras circunstancias, pues entonces llegaremos por fuerza a una conclusión falsa. No juzguemos por las apariencias externas ni razonemos jamás basados en lo que nos rodea, sino vayamos al corazón de Cristo y pensemos nuestras razones desde ese centro bendito. No interpretemos jamás su amor a juzgar por nuestras circunstancias, sino interpretemos siempre las circunstancias a juzgar por Su amor. Dejemos que los rayos de su protección sempiterna brillen sobre las circunstancias más oscuras, y entonces podremos responder debidamente a todo pensamiento de incredulidad, venga de donde venga.

*No juzguéis por los sentidos,
Los designios del Señor,
Si parece que las pruebas
Contradicen su amor;*

*Descansad en sus promesas,
En su gracia confiad,
Estas sombras son el manto
Con que envuelve su bondad.*

Es algo grandioso poder reivindicar siempre a Dios, si no podemos hacer otra cosa; estar en pie, firmes como un monumento a su infalible fidelidad para todos los que ponen su confianza en él. Es grandioso saber que aunque el horizonte se vuelva oscuro y deprimente, aunque se aglomeren las negras nubes y estalle la tormenta, Dios es fiel, y que no permitirá que seamos tentados más de lo que podemos resistir, sino que proveerá también juntamente con la tentación la vía de escape, para que podamos soportar (1 Corintios 10:13).

Además, no podemos medir el amor divino por el modo de manifestarse. Todos nos inclinamos a hacerlo así, pero es un gran error. El amor de Dios se viste de diversas formas y, con bastante frecuencia, la forma nos parece, en nuestra superficialidad y miopía, misteriosa e incomprensible. Pero si solo aguardamos con paciencia y con ingenua confianza, brillará la luz divina sobre los designios de la providencia divina, y nuestro corazón se llenará de asombro, amor y alabanza. Como bien lo expresó el poeta:

*Dejamos en sus manos
Escoger y mandar:
Cuán sabia y fuerte es su mano
Con asombro pronto hemos de admirar.
No comprendemos cómo actúa él;
Pero la tierra y los cielos cuentan,
Dios en su trono soberano se sienta
Y gobierna todas las cosas bien.*

Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni sus caminos son nuestros caminos, ni su amor nuestro amor. Si oímos que algún amigo se halla en algún aprieto o en alguna dificultad de cualquier clase, nuestro primer impulso es volar a socorrerle y aliviarle de su apuro, si es posible. Pero esto podría ser un grave error; en vez de prestar ayuda, podríamos estar haciendo daño. Quizás estaríamos yendo, en realidad, contra el propósito de Dios y sacando a nuestro amigo de una situación en la que el gobierno de Dios lo había colocado para su provecho final y permanente. El amor de Dios es un amor sabio y fiel. Sobreabunda hacia nosotros en toda sabiduría y prudencia.

Nosotros, por el contrario, cometemos los errores más graves, por más que deseemos sinceramente hacer lo que es correcto y bueno. No estamos capacitados para percatarnos de todos los aspectos de las cosas, ni para percibir los rodeos y las maniobras de la providencia, ni para pesar los últimos resultados de los designios divinos. De ahí, la necesidad urgente de esperar mucho en Dios; y, sobre todo, de mantener firme nuestra confianza en su amor inmutable, inagotable e infalible. Él lo allanará todo y sacará luz de las tinieblas; vida, de la muerte; victoria, de una derrota aparente. Él hará que la aflicción más profunda y oscura produzca la cosecha más rica de bendiciones, y que todas las cosas cooperen para bien (Romanos 8:28).

Pero Dios no se apresura jamás, pues percibe perfectamente sus sabios objetivos y los alcanzará a su debido tiempo y forma; y, además, de lo que podría parecernos un laberinto oscuro, enredado e inexplicable de la providencia, brotará la luz y nos llenará el alma de loor y adoración.

La línea de pensamiento que hemos seguido, puede ayudarnos a entender y apreciar la forma en que se comportó nuestro Señor con las hermanas de Betania al enterarse de la aflicción que sufrían. Sintió que había en aquel caso muchas más implicaciones que el mero hecho de socorrer a quienes, no obstante, amaba profundamente. Tenía que entrar en consideración la gloria de Dios. De ahí que dijese:

“ Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (v. 4).

Vio en este caso una oportunidad para el despliegue de la gloria divina, no meramente para la expresión de su afecto personal, por muy hondo y real que fuese, y seguramente que así de profundo y real era, pues leemos: "Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro (v. 5)".

Pero, a juicio de nuestro adorable Señor, la gloria de Dios tenía la preeminencia sobre cualquier otra consideración. Ni el afecto personal ni el temor personal tenían el menor influjo en sus movimientos. En todas las cosas, la gloria de Dios era su única norma. Desde el pesebre hasta la cruz, en vida y en muerte, en todas sus palabras, en todas sus obras, en todos sus caminos, su corazón santísimo estaba fijado, con propósito firme e inalterable, en la gloria de Dios. De ahí que, aun cuando pueda ser una cosa buena socorrer a un amigo que se halle en apuros, glorificar a Dios era mucho mejor y más excelso; y podemos estar seguros de que la querida familia de Betania no perdió nada con una tardanza que sirvió para dar lugar a que la gloria de Dios brillara con mayor resplandor.

Recordemos esto en tiempos de prueba y aprieto. Es un punto de gran importancia y, cuando es percibido plenamente, viene a ser una fuente profunda y bendita de consolación. Nos ayudará de un modo admirable a soportar la enfermedad, el dolor, la muerte, el luto, la tristeza y la pobreza. ¡Qué bendición es poder estar junto al lecho de un amigo enfermo y decir: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios”! (Juan 11:4). Y este es un privilegio de la fe. Más aún, no solo en la alcoba del enfermo, sino también junto a la tumba abierta, el creyente verdadero puede ver los rayos de la gloria divina brillando por encima de todo.

No hay duda de que el escéptico puede argüir contra la afirmación de que “la enfermedad no es para muerte”. Puede objetar, razonar y oponerse, basado en el hecho innegable de que Lázaro murió. Pero la fe no se apoya en las apariencias para razonar: se apoya en Dios y ahí halla una solución divina para todas las dificultades. Tal es la elevación moral, la realidad, de una vida de fe. Ve a Dios por encima, y más allá, de todas las circunstancias. Razona desde Dios hacia abajo, no desde las circunstancias hacia arriba. La enfermedad y la muerte son nada en la presencia del poder de Dios. Todas las dificultades desaparecen del camino de la fe. Como aseguraron Josué y Caleb a sus hermanos incrédulos, no son más que pan para el verdadero creyente (Números 14:9).

Y eso no es todo. La fe puede esperar el tiempo de Dios, sabiendo que Su tiempo es el mejor. No vacila, aunque parezca que tarda. Reposa con calma en la seguridad de su inmutable amor e infalible sabiduría. Esto llena el corazón con la más dulce confianza, para que, cuando hay alguna demora –cuando el socorro no es enviado enseguida– sea por algo mejor, puesto que “los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien”, y todas ellas tienen que redundar, a la larga, en la gloria de Dios. La fe capacita a su feliz poseedor para reivindicar a Dios en medio del aprieto más grande, y para conocer y confesar que el amor divino hace siempre lo que es mejor para su objeto.

La gloria de Dios sobre todas las cosas

Da gran descanso al corazón saber que quien se encarga de nosotros, en toda nuestra debilidad, nuestra necesidad y las exigencias de nuestro camino, de principio a fin, procuró antes que nada asegurar, en todos los aspectos, la gloria de Dios. Ese fue su objetivo primordial en todas las cosas. En la obra de la redención y en toda nuestra historia, la gloria de Dios ocupa el primer lugar en el corazón del adorable Señor con quien tenemos que ver. Él reivindicó y mantuvo la gloria divina con todo lo que a él mismo le costó. Dejó a un lado su propia gloria, se humilló a sí mismo, se despojó. Por ese fin, renunció a todo. Se entregó a sí mismo y dio su vida para poner el fundamento imperecedero de esa gloria que llena ahora todos los cielos y pronto cubrirá la tierra y resplandecerá para siempre a través del universo entero.

El conocimiento y la percepción constante de esto dan al espíritu un reposo profundo con respecto a todo lo que nos concierne, ya sea la salvación del alma, el perdón de los pecados o las necesidades de la vida diaria. Todo lo que pueda ser asunto de ejercicio para nosotros, ya sea con relación a lo temporal o a lo eterno, nos ha sido provisto, procurado sobre la misma base que sostiene la gloria de Dios. Tenemos salvación y provisión; pero la salvación y la provisión –¡sea toda alabanza a nuestro glorioso Salvador y Proveedor!– están ligadas inseparablemente a la gloria de Dios. En todo lo que nuestro Señor Jesucristo ha hecho por nosotros, en todo lo que está haciendo y en todo lo que hará, queda firmemente sostenida la gloria de Dios.

Y aún podemos añadir que, en todas nuestras pruebas, dificultades, pesadumbres y ejercicios, si el alivio no es suministrado enseguida, hemos de recordar que hay siempre alguna razón profunda, relacionada con la gloria de Dios y con nuestro verdadero bien, para que sea retenido el socorro deseado. En tiempos de apuro, nos inclinamos a pensar solo en una cosa: el socorro. Pero hay que tomar en consideración algo mucho más elevado que esto. Debemos pensar en la gloria

de Dios; tratar de conocer el objeto que persigue al ponernos en ese aprieto. Debemos desear con vehemencia que se obtenga el fin que él se propone y que su gloria sea fomentada. Esto vendría a ser para nosotros la bendición más plena y profunda, mientras que el socorro que deseamos con tanta ansia, podría ser lo peor que nos sucediera. Hemos de recordar siempre que, por la gracia maravillosa de Dios, su gloria y nuestra felicidad verdadera se hallan unidas tan inseparablemente que, cuando se preserva la primera, no hay duda de que la segunda está perfectamente asegurada.

Esta es una consideración muy preciosa, cuyo principal propósito es sostener el corazón en todos los momentos de aflicción. Todas las cosas han de redundar finalmente en la gloria de Dios y

“ Los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados.

Quizás no sea fácil ver esto cuando estamos en aprieto. Cuando estamos en ansiosa vela junto al lecho de un querido amigo enfermo, cuando entramos en la cámara de la tristeza o yacemos languideciendo en el lecho del dolor, o cuando quedamos abrumados por la noticia de la pérdida repentina de todas las posesiones terrenales: en tales circunstancias, quizá no sea tan fácil ver preservada la gloria de Dios, y asegurada nuestra bendición; pero la fe puede penetrar en el fondo de todo eso, mientras que la ciega incredulidad siempre está destinada a errar.

Si aquellas amadas hermanas de Betania hubiesen juzgado por lo que sus ojos materiales veían, habrían estado duramente probadas en aquellos días y noches de angustia que pasaron junto al lecho de su tan querido hermano. Y no solo eso, sino que cuando llegó el momento terrible y tuvieron que presenciar la escena final, podrían haber surgido de su corazón quebrantado y desolado muchos pensamientos tétricos.

Pero Jesús se percataba de la situación. Su corazón estaba con ellas. Él contemplaba todo el proceso y lo observaba desde el punto de vista más elevado: la gloria de Dios. Se hacía cargo de todo el escenario, en todos sus aspectos, factores y resultados. Se condolía de aquellas hermanas afligidas –y se condolía con ellas– de un modo en que solo un corazón humano perfecto puede condolerse. Aunque estaba ausente en cuerpo, estaba con ellas en espíritu, mientras navegaban por las aguas profundas. Su corazón amoroso penetraba perfectamente en todo el pesar de ellas, y solo aguardaba el “debido tiempo” de Dios (véase 1 Pedro 5:6) para ir en su ayuda e iluminar las tinieblas de la muerte y el sepulcro con los brillantes rayos de la gloria de la resurrección.

“Cuando oyó pues, que (Lázaro) estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba” (Juan 11:6). Permitió que las cosas siguieran su curso, como solemos decir; permitió que la muerte entrase en aquel hogar tan querido; pero todo ello era para la gloria de Dios. Parecería que el enemigo se estaba saliendo con la suya en todo eso, pero solo era un triunfo aparente; en realidad, la muerte misma no hacía otra cosa que preparar una plataforma en la que iba a desplegarse de lleno la gloria de Dios. “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4).

Tal fue, pues, el camino de nuestro bendito Salvador, su camino con el Padre. Cada paso, cada acto, cada expresión, tenían una referencia directa a las demandas de la gloria del Padre. Aunque amaba mucho a la familia de Betania, su afecto personal no le condujo al escenario del duelo hasta que llegó el momento en que había de manifestarse la gloria de Dios; y cuando llegó ese momento, ningún motivo de temor personal pudo detenerle para marchar allá. “Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche tropieza, porque no hay luz en él” (Juan 11:8-10).

Así caminó ese adorable Maestro, a la plena luz de la gloria de Dios. Los resortes de sus actos eran divinos, celestiales. Él era totalmente ajeno a todos los motivos y objetivos de los hombres de este mundo, los cuales van tropezando en las densas tinieblas morales que los envuelven, cuyos motivos son siempre egoístas, y sus objetivos son terrenales y sensuales. Él no hizo jamás ni una sola cosa para agradarse a sí mismo. En todas las cosas, se gobernaba por la voluntad y la gloria de su Padre. El estímulo de su profundo afecto personal no lo llevó a Betania, como tampoco lo detuvo de ir allá ningún temor personal. En todo lo que hizo, y en todo lo que no hizo, halló su motivo en la gloria de Dios.

¡Precioso Salvador! ¡Enseñanos a caminar siguiendo tus pisadas celestiales! ¡Danos a beber más y más de tu espíritu! Esto es lo que necesitamos de veras. Lamentablemente, somos demasiado propensos a mirar por nuestro propio interés, a ir en busca de lo que nos agrada a nosotros mismos, aun cuando en apariencia hacemos las cosas correctamente y nos ocupamos en la obra del Señor. Corremos de un lado para otro, hacemos esto y aquello, viajamos, predicamos y escribimos; y durante todo ese tiempo, puede ser que estemos agradándonos a nosotros mismos, sin tratar de hacer realmente la voluntad de Dios ni promover su gloria. ¡Estudiemos más profundamente a nuestro Modelo divino! ¡Que él esté siempre delante de nuestro corazón como Aquel

a cuya imagen estamos predestinados a ser conformados! Gracias a Dios por la dulce y sustentadora seguridad de que seremos como él, “porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Dentro de muy poco, habremos acabado para siempre con todo lo que impide ahora nuestro progreso e interrumpe nuestra comunión. Hasta entonces, que el Espíritu Santo obre en nuestro corazón y nos conserve tan ocupados con Cristo, tan nutridos, por fe, de sus hermosuras, que nuestra conducta sea una expresión más viva de él y que produzcamos con mayor abundancia los “frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Filipenses 1:11).

La fe no se apoya en las cosas visibles

Meditemos ahora por unos breves momentos en el tema tan interesante de la compasión de Cristo hacia los suyos, ejemplificado de un modo tan conmovedor en su modo de actuar con la querida familia de Betania. Dejó que pasaran por la prueba, que vadearan aguas profundas, que fuesen ejercitadas de lleno, a fin de que la prueba de su fe, “mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra” (1 Pedro 1:7). Mirando desde el punto de vista de la naturaleza, parecería como si toda esperanza se hubiera desvanecido y todo rayo de luz hubiese palidecido en el horizonte. Lázaro estaba muerto y sepultado. ¡Se acabó! Con todo, el Señor había dicho: “Esta enfermedad no es para muerte” (Juan 11:4). ¿Cómo era esto? ¿Qué quería decir?

Así es como razonaría la naturaleza; pero no debemos prestar atención a los razonamientos de la naturaleza, los cuales nos llevarán con seguridad a las regiones de la sombra de muerte. Hemos de escuchar la voz de Jesús; hemos de prestar atención a sus acentos vivos, animadores y fortalecedores. De esta forma, podremos vindicar y glorificar a Dios, no solo junto al lecho del enfermo, sino también en la alcoba del ya difunto y aun junto a la tumba misma del sepultado. La muerte deja de ser muerte donde está Cristo. El sepulcro mismo no es más que la esfera en la que brilla en todo su esplendor la gloria de Dios. Cuando todo lo que pertenece a la criatura ha desaparecido de la escena –cuando la plataforma ha quedado totalmente limpia de todo lo que es meramente del hombre– es cuando pueden verse en todo su resplandor los rayos de la gloria de Dios. Cuando todo se acabó, o parece que se acabó, es cuando Cristo puede venir y llenar el escenario.

El alma tiene que hacerse con este punto tan importante y comprenderlo. Y solo se puede comprender realmente con la fe. Todos nos inclinamos fuertemente a apoyarnos en una criatura como báculo, a sentarnos junto a los manantiales humanos, a confiar en algún brazo de carne, a

agarrarnos a lo que podemos ver, a descansar en lo que se puede palpar. “Las cosas que se ven son temporales”, pero tienen a menudo para nosotros más peso que “las (cosas) que no se ven”, que son “eternas” (2 Corintios 4:18). De ahí que nuestro Señor, siempre fiel, considera bueno y justo barrer nuestros apoyos humanos y secar nuestros manantiales humanos, para que nos apoyemos en él, la Roca eterna de nuestra salvación, y hallemos todas nuestras fuentes en él, la Fuente viva e inagotable de toda bendición. Él es celoso de nuestro amor y de nuestra confianza, y limpiará la escena de todo lo que pueda separar a nuestro corazón de él. Sabe que, si nos echamos completamente en sus brazos, obtendrá nuestra alma una bendición plena, y por eso procura purificarnos de todo ídolo abominable en el corazón.

Y ¿no habríamos de alabarle por todo esto? Sí, por cierto; y no solo eso, sino que deberíamos acoger con gozo cualquier medio que le plazca usar para llevar a cabo su objetivo tan sabio y bondadoso, aunque pueda parecer áspero y severo a los ojos de la carne. Muchas veces, el Señor tendrá que decirnos como a Pedro:

“ Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después
(Juan 13:7).

Sí, querido lector, después conoceremos y apreciaremos todos Sus designios y caminos. Volveremos la mirada al curso entero de nuestra vida, desde la luz de su bendita presencia, y veremos y reconoceremos que *el golpe más duro de su mano era en aquel momento la expresión más fuerte de su amor*. Marta y María se preguntarían por qué le había sido permitido a la muerte entrar en su hogar. Sin duda esperarían, un día y otro, hora tras hora, un momento tras otro, que entrase su Amigo amado; pero, en lugar de eso, él estaba lejos, entró la muerte y parecía que todo se había acabado.

¿Por qué fue así? Dejemos que él mismo responda: “Dicho esto, les dijo después: ¡Nuestro amigo Lázaro duerme!” (Juan 11:11). ¡Qué afecto tan conmovedor! ¡Qué intimidad tan misericordiosa! ¡Qué manera tan tierna de unirse con la familia de Betania por un lado, y con sus discípulos por otro! “Nuestro amigo Lázaro duerme”. No era más que un suave sueño. La muerte no es muerte en presencia del “Autor de la vida”. La tumba no es más que un dormitorio. “Mas voy para despertarle”, añadió. Esas palabras no habrían podido ser pronunciadas, si Lázaro hubiese sido levantado de un lecho de enfermo. «La extrema necesidad del hombre es la oportunidad de Dios» —como reza el dicho—; y podemos ver fácilmente que el sepulcro proporcionó a Dios una oportunidad mucho mejor que un lecho de enfermo.

Esta fue, pues, la razón por la que Jesús se quedó a distancia de sus queridos amigos. Esperó a que llegase el momento, y ese momento llegó cuando Lázaro yacía ya en el sepulcro desde hacía cuatro días; cuando se había desvanecido toda esperanza humana; cuando todos los remedios humanos habían resultado ineficaces e inútiles. “Voy”, no para curarle la enfermedad, sino “para despertarle”. La plataforma había quedado vacía de toda criatura, para que la gloria de Dios brillara en todo su esplendor.

Y ¿no es bueno que el escenario quede así vacío de toda criatura? ¿No es una bendición (no con disfraz, como dicen algunos, sino bendición clara, positiva, palpable) el que haya desaparecido todo apoyo humano? La fe dice: «¡Sí!», con todo énfasis y sin titubeos. La naturaleza dice: «¡No!». El pobre corazón anhela algo de la criatura donde apoyarse, algo que el ojo pueda ver. Pero la fe –ese principio tan precioso, inestimable, producido por Dios– halla su verdadera esfera de actividad cuando es llamada a apoyarse por entero y de modo permanente en el Dios vivo.

Pero esa fe ha de ser real. De poco sirve hablar de la fe, si el corazón es ajeno a su poder. La mera profesión carece totalmente de valor. Dios trata con realidades espirituales.

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno *dice* que tiene fe?

“

(Santiago 2:14).

No dice: ¿De qué sirve que alguien tenga fe? Bendito sea Dios de que aquellos que, por gracia, la tienen, saben que sirve de mucho en todos los aspectos. Por fe es traído el pecador a una relación viva con Dios, es justificado y vive para él.

La fe glorifica a Dios como no lo puede hacer ninguna otra cosa. Eleva al alma por encima del influjo deprimente de las cosas visibles y temporales, tranquiliza el espíritu del modo más dichoso y ensancha el corazón, sacándonos de nuestro estrecho círculo de intereses personales, de simpatías, cuidados y cargas temporales, y conectándonos vivamente con la fuente eterna e inagotable de todo bien. Actúa por medio del amor y nos impulsa a dedicar nuestros esfuerzos amorosos al alivio de toda necesidad, especialmente la de aquellos que son de la familia de la fe.

Solo la fe puede avanzar por el camino por el que nos conduce Jesús. Para la naturaleza caída, ese camino es terrible: es áspero, oscuro y solitario. Incluso los que rodeaban a nuestro adorable Señor en la ocasión de la muerte de Lázaro, parecían completamente incapaces de comprender sus pensamientos o de seguir inteligentemente sus pisadas. Cuando dijo: “Voy para despertarle”, replicaron: “Si duerme, sanará”. Cuando habló de su muerte, ellos pensaban que había hablado de

descansar durmiendo. Cuando “les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis”, la pobre naturaleza incrédula, hablando por los labios de Tomás Dídimo, dijo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Juan 11:11-16).

En una palabra, vemos una total incapacidad para discernir el verdadero objeto y fin del caso, desde el punto de vista divino. La naturaleza no ve nada más que muerte y oscuridad donde la fe se calienta al sol de la presencia divina. “Vamos también nosotros, para que muramos con él”. ¡Ay! ¿Era eso todo lo que incluso un discípulo podía decir? ¿Qué absurdas son las conclusiones de la incredulidad! ¡Vamos con el Autor de la vida, para ¿qué?, “para que muramos con él”! ¿Qué ceguera, aun estando apegados al Señor! ¿No debería haber dicho Tomás: «Vamos, para contemplar su gloria; para ver sus hechos admirables en la región misma de la sombra de muerte; para compartir sus triunfos; para gritar, a las puertas mismas del sepulcro, nuestros aleluyas a su nombre inmortal?».

La compasión de Jesús: se estremeció, se conmovió y lloró

Ya nos hemos dado cuenta de los tres temas prominentes que nos son presentados en Juan 11: el camino de nuestro Señor con el Padre; su profunda conmiseración de nosotros; su gracia al vincularnos con él, en la medida de lo posible, en toda su bendita obra. Él caminó siempre con Dios, en comunión reposada e inquebrantable. Caminó en obediencia absoluta a la voluntad de Dios, y la gloria del Padre fue su norma en todas las cosas. Caminó de día y no tropezó jamás. La voluntad de Dios era la luz en la que siempre llevó a cabo su obra el obrero perfecto. El único motivo de su acción era la voluntad de Dios; el único objetivo de su acción era la gloria de Dios. Bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre, en la que siempre halló su comida y bebida.

Pero de su corazón ancho y amoroso manaba una simpatía perfecta con los pesares humanos. Lo vemos atestiguado del modo más conmovedor en su marcha hasta la tumba de Lázaro, en compañía de las afligidas hermanas. Si alguna pregunta había surgido en el corazón de ellas durante los días de prueba, en la ausencia de su Señor, fue contestada de modo sobreabundante; más aún, fue completamente demolida por la manifestación de su profundo y tierno afecto, mientras marchaba hacia el lugar donde los rayos de la gloria divina iban a brillar pronto sobre el terrible valle de la muerte.

No nos vamos a detener aquí en la interesante entrevista que tuvo lugar entre las dos hermanas y su amado Señor, una entrevista tan llena de enseñanzas, que refleja su modo perfecto de tratar con los suyos según las diversas medidas de inteligencia y de comunión con ellos. Pasamos de un salto a las inspiradas expresiones del versículo 33: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró”.

¡Qué admirable! El Hijo de Dios se conmovió y lloró. No lo olvidemos jamás. Él, aunque “es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5); aunque es “la Resurrección y la Vida” (Juan 11:25); aunque es el que “da vida a los muertos” (Romanos 4:17), y el Vencedor del sepulcro; aunque iba de camino a libertar el cuerpo de su amigo de las garras del enemigo –modelo de lo que hará pronto por todos los que le pertenecen– ¡con todo, penetraba tan perfectamente en las tristezas humanas y se percataba de todas las terribles consecuencias del pecado y de toda la miseria y desolación de este mundo herido por el pecado, que se estremeció, se conmovió y lloró! Y esas lágrimas y esos gemidos manaban de lo profundo de un corazón humano perfecto, que sentía como solo puede sentir un corazón humano perfecto –un sentimiento según Dios– por toda forma de miserias y pesares humanos. Aunque estaba totalmente exento, en su Persona divina, de pecado y de todas sus consecuencias morales –y precisamente por estar exento–, podía penetrar con gracia perfecta en todo ello y compartirlo como solo él podía hacerlo.

¡“Jesús lloró”! ¡Qué admirable y qué significativo! Lloró, no por sí mismo, sino por otros, y lloró con otros. María lloraba. Los judíos lloraban. Todo eso se comprende fácilmente. Pero que Jesús llorase revela un misterio que no podemos comprender. Era *la compasión de Dios, llorando por ojos de hombre* sobre la desolación que el pecado había causado en este pobre mundo; llorando por simpatía con aquellos cuyos corazones habían quedado abrumados bajo la inexorable mano de la muerte.

Recuerden esto todos los que se hallan apesadumbrados.

[Jesús] es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos
“ (Hebreos 13:8).

Sus circunstancias cambian, pero su corazón no cambia. Su posición es diferente, pero su compasión es la misma. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Hay un corazón humano perfecto en el trono de la Majestad en los cielos,

y ese corazón simpatiza con nosotros en todos nuestros pesares, en todas nuestras pruebas, en todas nuestras debilidades, en todos nuestros apremios y ejercicios de alma. Lo comprende perfectamente todo. Más aún, se entrega a cada uno de sus amados miembros aquí en la tierra, como si tuviera solamente que ocuparse por uno de ellos.

¡Qué dulce y suave resulta pensar en esto! Merece la pena pasar por una experiencia triste, con tal de gustar cuán preciosa es la simpatía de Cristo. Las hermanas de Betania decían: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Juan 11:21, 32). Pero si su hermano no hubiera muerto, no habrían visto a Jesús llorando, no habrían oído sus profundos gemidos al compartir con ellas el pesar que sentían. Y ¿quién negará que es mejor tener la simpatía de su corazón con nosotros en nuestro dolor, que el poder de su mano al preservarnos o sacarnos de él? ¿No fue mucho mejor, mucho más elevado, mucho más bienaventurado, para los tres testigos de Daniel 3, tener al Hijo de Dios paseando con ellos en medio del horno, que haber escapado del horno por el poder de su mano? Sin duda alguna.

Y así ocurre en cada caso. Hemos de recordar siempre que este no es el día en que Cristo va a desplegar su poder. Llegará el día en que tomará para sí su gran poder y reinará. Entonces se habrán acabado para siempre todos nuestros sufrimientos, nuestras pruebas y tribulaciones. La noche del llanto dará paso a la mañana del gozo —una mañana sin nubes—, la mañana que no conocerá jamás el ocaso. Pero ahora es el tiempo de la paciencia de Cristo, el tiempo de su preciosa compasión; y experimentar esto tiene el bendito propósito de sostener el corazón al pasar por las aguas profundas de la aflicción.

¡Y hay aguas profundas de aflicción! Hay pruebas, pesares, tribulaciones y dificultades. Y no solo eso, sino que nuestro Dios quiere además que las sintamos. Su mano está en todo eso para nuestro bien y para su gloria. Y es nuestro privilegio poder decir:

“ También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Romanos 5:3-5).

¡Alabado sea el Señor por todo esto! Pero sería una locura negar que haya pruebas, pesares y tribulaciones de todas clases. Y Dios no quiere que seamos insensibles a ellas. Ser insensibles a ellas es necedad; gloriarse en ellas es fe. Ser conscientes de la simpatía de Cristo y entender el

objetivo de Dios en todas nuestras aflicciones, nos hace capaces de regocijarnos en ellas; pero negar que existan aflicciones o decir que no deberíamos sentir las, es simplemente un absurdo. Dios no quiere que seamos estoicos; él nos conduce a las aguas profundas para pasar con nosotros a través de ellas; y cuando se ha alcanzado su objetivo, nos libra de ellas, para nuestro gozo y su perpetua alabanza.

“Me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:9-10). Al principio, Pablo anhelaba verse libre del aguijón de la carne, fuese el que fuese. Rogó tres veces al Señor que se lo quitase. Pero el aguijón en la carne era mejor que el orgullo en el corazón. Era mejor ser afligido que estar hinchado –mejor tener la compasión de Cristo en la prueba, que el poder de Su mano en librarlo de ella–.

Los dos estremecimientos del Señor

Conmueve hondamente notar los dos estremecimientos de nuestro Señor cuando iba hacia la tumba de su amigo. El primer estremecimiento fue causado al ver llorando a los enlutados que le rodeaban: “Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió”.

¡Qué precioso es para el corazón abrumado y dolorido pensar en esto! El cuadro de lágrimas humanas ante Sus ojos, hizo salir gemidos del corazón amoroso y compasivo del Hijo de Dios. Que recuerden esto todos los que están de duelo. Jesús no reprendió a María por llorar; no se enfadó con ella por mostrar pesadumbre; no le dijo que no debía sentirlo ni que tenía que sobreponerse a toda experiencia de esa clase. ¡Oh, no! Él no era así. Algunas personas sin corazón podrían hablar de esta forma; pero él sabía mejor lo que era pertinente. Aunque es el Hijo de Dios, también es verdadero hombre; por eso, sentía como debe sentir un hombre, y sabía lo que ha de sentir una persona humana cuando pasa por el oscuro valle de lágrimas.

Algunos de nosotros hablamos largo y tendido de sobreponerse a la naturaleza y no sentir la rotura de tiernos lazos, y frases por el estilo. Pero en eso no somos prudentes. No sintonizamos con el corazón de “Jesucristo hombre”. Una cosa es expresar, con frivolidad sin corazón, nuestras teorías transcendentales, y otra cosa muy distinta pasar por las aguas profundas del dolor y la desolación con un corazón ejercitado según Dios. En general, se hallará que quienes más alto de-

claman contra la naturaleza, demuestran ser precisamente como los demás cuando les llega la hora de pasar por enfermedades físicas, pesadumbre de corazón, presión mental o pérdida monetaria.

Lo importante es ser real y pasar por las duras realidades de la vida presente con un corazón sometido de verdad a Dios. Las bellas teorías no resisten la prueba de un pesar, un dolor y una dificultad reales; y no hay nada tan absurdo como decirle a una persona, con corazón humano, que no hay que sentir las cosas. Dios quiere que las sintamos; y –¡qué pensamiento tan dulce, precioso y consolador!– Jesús las siente con nosotros.

Que todos los hijos e hijas del dolor recuerden estas cosas para consuelo de sus corazones apesadumbrados.

Dios, que consuela a los humildes (o abatidos)

“ (2 Corintios 7:6).

Si nunca estuviéramos abatidos, no conoceríamos su ministerio tan precioso. Un estoico no necesita el consuelo de Dios. Vale la pena tener quebrantado el corazón, para tenerlo vendado por nuestro tan misericordioso Sumo Sacerdote.

Jesús “se estremeció”; “Jesús lloró”. ¡Qué poder y qué divina dulzura hay en esas palabras! ¡Qué hueco quedaría en la Biblia si esas palabras se borrasen de sus inspiradas páginas! Con seguridad no podríamos estar sin ellas; y, por eso, nuestro Dios de toda gracia ha escrito por medio de su Espíritu esas palabras indeciblemente preciosas, para consuelo de todos los que tienen que pisar la alcoba del dolor o estar junto a la tumba de un amigo.

Pero hubo otro estremecimiento, salido del corazón de nuestro adorable Salvador. Algunos judíos, cuando oyeron sus gemidos y vieron sus lágrimas, no pudieron contenerse y exclamaron: “Mirad cómo le amaba”. Pero otros, ¡ay!, solo hallaron en esas conmovedoras pruebas de verdadera y profunda simpatía la ocasión para desahogar su escepticismo cruel –y el escepticismo carece siempre de corazón–. “Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía este, que abrió los ojos del ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?” (Juan 11:37).

Aquí, el miserable corazón humano se deja ver en sus ignorantes razonamientos. ¡Qué poco entendían estos escépticos la persona como la senda del Hijo de Dios! ¿Cómo podían apreciar los motivos que le impulsaban en lo que hacía o en lo que dejaba de hacer? Abrió los ojos del ciego “para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:3). Y no impidió la muerte de Lázaro, para que Dios fuese glorificado por medio de ella.

Pero, ¿qué sabían ellos de todo esto? Absolutamente nada. Jesús se movía en un nivel demasiado elevado para estar dentro del alcance de religionistas mundanos y de razonadores escépticos. “El mundo no le conoció” (Juan 1:10). Dios lo entendía y lo apreciaba perfectamente, y con eso bastaba. ¿Qué eran los pensamientos de los hombres para Aquel que caminó siempre en reposada comunión con el Padre? Ellos eran completamente incapaces de formar un juicio correcto de su persona o de sus caminos. Seguían con sus razonamientos en aquellas densas tinieblas morales en las que habitaban.

Así ocurre todavía en la actualidad. Los razonamientos humanos comienzan, continúan y terminan en tinieblas. El hombre razona sobre Dios, razona sobre Cristo, razona sobre la Biblia, razona sobre el cielo, el infierno, la eternidad; razona sobre toda clase de cosas. Pero todos estos razonamientos son algo peor, mucho peor, que inútiles. En la actualidad, los hombres son tan incapaces de entender y apreciar la Palabra escrita, como lo eran de entender y apreciar la Palabra encarnada cuando Cristo vivía en medio de ellos. En realidad, las dos Palabras van necesariamente de la mano.

Como la Palabra encarnada y la Palabra escrita coinciden, para conocer una, debemos conocer la otra; pero el hombre natural, inconverso, que no ha nacido de nuevo, no conoce ninguna de las dos. Está totalmente ciego, en completa oscuridad, muerto; y si ha hecho profesión de fe religiosa, sin realidad interna, está “dos veces muerto” (Judas 1:12): muerto en su naturaleza y muerto en su religión. ¿Qué valor tienen sus pensamientos, sus razonamientos, sus conclusiones? Todo ello es sin fundamento, falso y ruinoso.

Y de nada sirve en absoluto razonar con los inconversos. Solo tiende a engañarles haciéndoles suponer que saben discutir. Lo mejor es tratar con ellos muy seriamente en cuanto a su condición moral delante de Dios. No vemos jamás a nuestro Señor dar importancia a los razonamientos incrédulos de los que le rodeaban. En esta ocasión, solo se estremece *otra vez* y sigue su camino: “Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima” (Juan 11:38).

Esta segunda conmoción impresiona profundamente. La primera vez, se estremeció simpatizando con los que hacían duelo a su alrededor. De nuevo se estremece por la dureza e incredulidad del corazón humano y, en particular, del corazón de Israel. Pero nótese bien que no trata de explicar sus razones por no haber impedido la muerte de su amigo, aunque había abierto los ojos del ciego.

¡Siervo bendito y perfecto! No entraba en su programa presentar razones ni excusas. Tenía que llevar a cabo su obra de acuerdo con los propósitos divinos y para promover la gloria de Dios. Tenía que hacer la voluntad de Dios, no dar explicaciones a los que no podían entenderlas de ninguna manera.

Este es un punto de gran importancia para todos nosotros. Somos muchos los que perdemos demasiado tiempo en razones, excusas, explicaciones, etc. en casos en que tales cosas no se entienden en absoluto, y estamos en realidad haciendo daño. Es preferible seguir por el camino del deber con toda calma de espíritu, con ojo sencillo y con propósito decidido. Esto es lo que tenemos que hacer, no dar explicaciones ni defendernos, lo cual, aun en el mejor caso, es una tarea triste para cualquiera.

Pero miremos por un momento a la tumba de Lázaro y veamos allí la estupenda gracia con que nuestro adorable Señor y Maestro asoció a sus siervos consigo en su obra, en la medida de lo posible; aunque también en esto causa tristeza ver que se topó con la gran falta de fe del corazón humano.

Dijo Jesús: Quitad la piedra



(Juan 11:39).

Como podían hacer esto, les ordenó benignamente que lo hicieran. Hasta ese momento, era todo lo que podían hacer. Pero aquí irrumpe la falta de fe y proyecta su sombra sobre el corazón. “Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”.

Y ¿qué importaba eso? Aunque el humillante proceso de la descomposición estuviese completo, ¿podía ser de modo alguno un obstáculo para Aquel que es la resurrección y la vida? ¡Imposible! Traedle, y todo será claro y sencillo. Dejadle fuera, y todo será oscuro e impracticable. Con solo que se oiga la voz del Hijo de Dios, se disiparán la muerte y la corrupción, como se disipan las tinieblas de la noche ante los rayos del sol naciente.

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos de la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:51-57).

¡Qué magnífico! ¿Qué son la muerte, el sepulcro y la descomposición, en presencia de un poder como este? ¡Hablar de que estaba muerto hacía ya cuatro días, como si fuese una dificultad! Millones de los que han sido reducidos a polvo durante miles de años, volverán en un momento a la vida, la inmortalidad y la gloria eterna, a la voz del bendito Señor a quien Marta se atrevió a presentar sus conclusiones carentes de fe y de razón.

La incredulidad y la fe

En la respuesta que dio nuestro Señor a Marta, tenemos una de las declaraciones más preciosas que jamás hayan llegado al oído humano:

¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

“ (Juan 11:40)

¡Qué profundidad tan viva, qué poder tan divino, qué frescor y consuelo hay en esas palabras! Ellas nos presentan la sustancia y el meollo, el principio esencial de la vida divina. Solo el ojo de la fe puede ver la gloria de Dios. La incredulidad solo ve dificultades, oscuridad y muerte. La fe mira por encima, y más allá, de todas estas cosas y se calienta siempre en los rayos benditos de la gloria divina. La pobre Marta no veía más que un cuerpo humano descompuesto, sencillamente por estar bajo un espíritu de oscura y deprimente incredulidad. Si se hubiera dejado llevar por una fe sencilla, habría ido a la tumba en compañía del que es la resurrección y la vida, segura de que, en lugar de muerte y descomposición, iba a ver la gloria de Dios.

Este es un punto muy importante que el alma tiene que percibir. Al lenguaje humano le resulta totalmente imposible poner de relieve su valor e importancia. La fe nunca se fija en dificultades, sino que, en realidad, saca de ellas mayor provecho. No mira “las cosas que se ven, sino las que

no se ven” (2 Corintios 4:18). Se sostiene “como viendo al Invisible” (Hebreos 1:27) y se aferra al Dios viviente. Se apoya en Su brazo, hace uso de Su fuerza, saca de Sus inagotables tesoros, camina a la luz de su bendita presencia y ve su gloria brillando sobre las escenas más oscuras de la vida humana.

La Santa Biblia abunda en sorprendentes ejemplos del contraste que hay entre la fe y la incredulidad. Echemos un vistazo a un par de ellos. Fijémonos, por ejemplo, en Caleb y Josué, en contraste con sus compañeros incrédulos, en Números 13. Estos últimos solo veían las dificultades con las que se enfrentaban en su camino: “Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte” –seguramente que no tan fuerte como Jehová–, “y las ciudades muy grandes y fortificadas” –no tan grandes como el Dios viviente–, “y también vimos allí a los hijos de Anac”.

Está bien claro que no vieron la gloria de Dios; en realidad, vieron todo menos eso. Estaban completamente dominados por un espíritu de incredulidad. De ahí que solo pudieran hablar “mal... de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de gran estatura” –no vieron ningún corto de talla, porque lo miraban todo con la lupa de la incredulidad–. “También vimos allí gigantes” –¡sin duda!– “hijos de Anac, raza de los gigantes”. ¿Algo más? ¡Ah! Dios quedaba excluido; no podían verlo de ninguna manera con las gafas que usaban. Solo podían ver gigantes terribles y murallas altísimas. “Y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos”.

¿Y qué de Jehová? Lamentablemente, ¡estaba excluido! La incredulidad siempre deja a Dios fuera de sus cálculos. Puede darse perfecta cuenta de las dificultades, los obstáculos, el ambiente hostil; pero en cuanto al Dios viviente, es incapaz de verle. Hay una consistencia deplorable en las expresiones de la incredulidad, ya sea que las oigamos en el desierto de Cades o, mil cuatrocientos años más tarde, junto a la tumba de Lázaro. La incredulidad es la misma siempre y en todo lugar: empieza, sigue y acaba excluyendo absolutamente al único Dios vivo y verdadero. No sabe hacer otra cosa que proyectar negras sombras sobre la senda de todo el que dé oídos a su voz.

¡Qué diferente es el tono de la fe! Escuchemos a Josué y a Caleb, en su esfuerzo por detener la creciente marea de la incredulidad. “Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos, y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. *Si Jehová se agradare de nosotros*” –aquí está el secreto– “él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al

pueblo de esta tierra, porque nosotros *los comeremos como pan*” –la fe se alimenta de verdad con las dificultades que aterran a la incredulidad–; “su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis” (Números 14:6-9).

¡Gloriosas palabras! ¡Cuánto bien hace al corazón transcribirlas! “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. Así ocurre siempre. Si es cierto que hay una consistencia deplorable en las expresiones de la incredulidad, también es cierto que hay una consistencia gloriosa en los acentos de la fe, siempre que les prestamos atención. Caleb y Josué vieron la gloria de Dios y, a la luz de esa gloria, ¿qué eran los gigantes y los muros altos? Sencillamente, nada. Mejor aún, eran pan para alimento de la fe. La fe introduce a Dios en escena, y él disipa todas las dificultades. ¿Cómo pueden mantenerse en pie los muros o los gigantes delante del Dios Todopoderoso? “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

Tal es siempre el razonamiento sencillo, pero poderoso, de la fe. Organiza sus argumentos y saca sus conclusiones a la luz bendita de la presencia divina, pues ve la gloria de Dios. Mira por encima, y más allá de las densas nubes que se aglomeran a veces en el horizonte y encuentra en Dios su recurso seguro e indefectible. ¡Preciosa fe!: la única cosa en el mundo que realmente glorifica a Dios y hace que el corazón del cristiano se vuelva verdaderamente radiante y dichoso.

Veamos otro ejemplo. Vayamos a 1 Reyes 17 y comparemos la viuda de Sarepta con Elías el tisbita. ¿Cuál era la diferencia entre ellos? Justamente la diferencia que hay entre la incredulidad y la fe. Oigamos una vez más las expresiones de la incredulidad: “Y ella respondió: Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que *lo comamos y nos dejemos morir*” (v. 12).

Este es realmente un cuadro lúgubre. ¡Una tinaja vacía, una vasija agotada y la muerte! ¿Ahí se acababa todo? Para la incredulidad ciega, sí. Es el viejo cuento de los gigantes y de las murallas altas otra vez. Dios queda excluido, a pesar de que ella puede decir: “Vive Jehová **tu** Dios”. En realidad, ella estaba fuera de la presencia de Dios y había perdido el sentido de Su plena suficiencia para remediar la necesidad de ella y la de su casa. Sus circunstancias excluían a Dios de la vista de su alma. Miraba las cosas que se veían, no las cosas que no se veían. No veía al Invisible; solo veía hambre y muerte. Igual que los diez espías incrédulos no vieron otra cosa que dificultades; igual que Marta no veía más que el sepulcro y sus resultados humillantes; así tampoco la pobre viuda de Sarepta veía más que la muerte por inanición.

Pero el hombre de fe era muy diferente. Su vista iba más allá de la tinaja y de la vasija y no pensaba en morir de hambre, sino que descansaba en la palabra de Dios. Aquí estaba su valioso recurso. Dios había dicho: “Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente” (v. 9). Esto le bastaba. Sabía que Dios podía multiplicar el pan y el aceite para alimentarle a él y a ella. Igual que Caleb y Josué, introdujo a Dios en el escenario y halló en él la feliz solución de toda dificultad. Ellos vieron a Dios por encima y más allá de los muros y de los gigantes, y descansaron en su eterna palabra. Él había prometido introducir en la tierra a su pueblo y, por lo tanto, aunque no hubiera más que murallas y gigantes desde Dan hasta Beerseba, con seguridad cumpliría su palabra.

Lo mismo hallamos en Elías el tisbita. Él veía al Dios viviente y todopoderoso por encima y más allá de la tinaja y de la vasija, y descansaba sobre esa palabra que está establecida para siempre en los cielos y que nunca puede fallarle a un corazón confiado. Esto daba tranquilidad a su espíritu y con esto procuró tranquilizar también a la viuda. “Elías le dijo: *No tengas temor*” –¡preciosa y animadora expresión de fe!– “vé, haz como has dicho... Porque *Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra*” (v. 13-14).

Aquí estaba el sólido fundamento sobre el que se apoyaba el varón de Dios, cuando se aventuró a ofrecer una palabra de ánimo a la pobre viuda de Sarepta, tan desconfiada. No le habló con ligereza de corazón ni con la ciega temeridad de la naturaleza carnal. No negó que la tinaja y la vasija estuvieran casi vacías, como había dicho la mujer; esto no le hubiese dado a ella ningún consuelo, ya que ella conocía demasiado bien las realidades de su caso. Pero él introdujo al Dios viviente y a su Palabra fiel ante su corazón dolorido; por eso pudo decir:

No tengas temor.

“

Procuró conducir su alma hasta el verdadero lugar de reposo donde él mismo había hallado reposo: hasta *la Palabra del Dios viviente* –¡bendito, indefectible, divino lugar de reposo para toda alma acongojada!–.

Y eso mismo es lo que ocurrió con Caleb y Josué. No negaron que hubiese gigantes y murallas elevadas; pero introdujeron a Dios en escena y procuraron colocar a Dios entre los corazones de sus desconfiados hermanos y las terribles dificultades. Esto es lo que la fe hace siempre, y así es como da gloria a Dios y conserva en paz el alma, por muy grandes que sean las dificultades. Sería

una insensatez negar que hay obstáculos y fuerzas hostiles en el camino; y hay ciertas maneras de hablar de tales cosas, que no es posible que valgan para proporcionar ningún consuelo o ánimo a un corazón afligido. La fe pesa con precisión las dificultades y las pruebas, pero, como sabe que el poder de Dios pesa más que todas ellas, descansa en santa calma en su palabra, en su sabiduría perfecta y en su amor eterno.

Podríamos sin duda hallar muchos otros casos en que el pueblo del Señor ha quedado abatido por fijarse en las circunstancias, en lugar de mirar a Dios. En uno de sus momentos oscuros, David pudo decir: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1 Samuel 27:1). ¡Qué error tan triste!: el error de la incredulidad. ¿Qué debería haber dicho? ¿Negar que la mano infatigable de Saúl estaba contra él? Seguro que no. ¿Qué consuelo le habría proporcionado, sabiendo como sabía que esa era la realidad? Pero sí que debería haberse acordado de que la mano de Dios estaba con él, y de que esa mano era más fuerte que diez mil Saúles.

Lo mismo le ocurrió a Jacob en momentos de oscuridad y depresión. “Contra mí son todas esas cosas” (Génesis 42:36), dijo. ¿Qué debería haber añadido? «Pero Dios está conmigo». La fe tiene sus «peros» y sus «sies», lo mismo que la incredulidad; pero los de la fe son todos radiantes, porque expresan la travesía del alma –su rápida travesía– desde las dificultades hasta el mismo Dios: “*Pero Dios, que es rico*” (Efesios 2:4), etc. “*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*” (Romanos 8:31). Así es como razona siempre la fe. Comienza por Dios, lo coloca entre el alma y todas sus circunstancias, y comunica así una paz que sobrepasa a todo entendimiento, una paz que nada puede perturbar.

Pero, antes de terminar este artículo, debemos volver por un momento a la tumba de Lázaro. La rápida ojeada que hemos echado al Libro inspirado nos permitirá apreciar más plenamente esas palabras tan preciosas de nuestro Señor a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Juan 11:40). Los hombres nos dicen que ver es creer; pero nosotros podemos decir que creer es ver. Sí, hagámonos con esta verdad grandiosa, pues ella nos llevará y nos transportará por encima de las circunstancias más oscuras y aflictivas de este oscuro y aflictivo mundo.

Tened fe en Dios



(Marcos 11:22).

Este es el manantial de la vida divina. “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

La fe sabe, y está persuadida de ello, que no hay nada demasiado duro, nada demasiado grande, nada demasiado pequeño, incluso, para Dios. Puede contar con Dios para todo. Se baña en la luz solar de Su presencia y exulta de gozo en las manifestaciones de Su bondad, fidelidad y poder. Siempre se deleita en ver limpia de criaturas la plataforma, para que pueda brillar en todo su esplendor la gloria de Dios. Se aparta de las corrientes y de la ayuda del hombre, y halla en el único Dios vivo y verdadero todos sus recursos.

Veamos solamente cómo se manifiesta la gloria de Dios junto a la tumba de Lázaro, aun a pesar de la insinuación incrédula del corazón de Marta; porque Dios, bendito sea su nombre, se deleita a veces en reprender nuestros temores, tanto como en responder a nuestra fe. “Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle y dejadle ir” (Juan 11:41).

¡Gloriosa escena! Muestra a nuestro Jesús como el “Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). ¡Qué escena de gracia! En ella, el Hijo de Dios condesciende a usar al hombre en quitar la piedra y desatar los paños de mortaja del sepulcro. ¡Qué bueno es él al usarnos de alguna modesta manera! ¡Sea nuestro gozo estar siempre santamente preparados para ser usados, a fin de que Dios sea glorificado en todas las cosas!

La comunión, la adoración y el servicio ejemplificados en Lázaro, María y Marta

El párrafo inicial del capítulo 12 de Juan nos presenta una escena del más profundo interés y llena de la más preciosa instrucción. Creemos que lo mejor que podemos hacer es citar toda esta preciosa porción, para provecho espiritual del lector. Después de todo, no hay nada como el verdadero lenguaje de la Sagrada Escritura.

“

Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume

(Juan 12:1-3).

Aquí se ilustran, de la manera más fuerte y sorprendente, los tres grandes rasgos que debieran caracterizar a todo cristiano y a toda asamblea cristiana: una calma e inteligente *comunión* —como lo vemos en Lázaro sentado a la mesa—, una santa *adoración* —como lo vemos en María a los pies del Señor— y un bello *servicio* —como lo vemos en Marta, en sus quehaceres domésticos—. Los tres constituyen el carácter cristiano, y debieran manifestarse en toda asamblea cristiana. Consideramos un grave error moral poner uno de estos caracteres en oposición a otro, pues cada uno, en su debido lugar, es precioso; y podemos agregar que cada uno debería hallar su lugar en todos. Todos debiéramos saber lo que significa estar sentados a la mesa con nuestro adorable Señor en dulce comunión. Esto seguramente conducirá a rendir el más profundo homenaje y adoración; y podemos estar seguros de que donde tiene lugar la comunión y la adoración, no faltarán las preciosas actividades del verdadero servicio.

El lector observará que, en esta hermosa escena, nada se dice de algún enfrentamiento entre Marta y María. Cada una ocupaba su lugar. Había lugar para las dos. “Y Jesús amaba a Marta, y a su hermana” (Juan 11:5, V. M.). Marta es puesta aquí en primer lugar. En el versículo 1 se había hecho referencia a “la aldea de María y de Marta su hermana”. Desde el punto de vista divino, no existe la menor necesidad de que una choque con otra. Y, podemos agregar, tampoco hay ninguna necesidad de comparar la esfera de actividad de una con la de otra. Si Cristo fuese el objeto que absorbe toda nuestra atención, habría una hermosa armonía de acción, por más que nuestra particular esfera de trabajo difiera.

Esto es lo que ocurría en Betania: Lázaro estaba a la mesa, María a los pies del Señor y Marta ocupada con la casa. Todo se hallaba en un bello orden, porque Cristo era el objeto de cada uno. Lázaro habría estado completamente fuera de lugar si se hubiese puesto a preparar la cena; y si

Marta se hubiese sentado a la mesa, no se habría preparado la cena. Pero cada uno se hallaba en su correspondiente puesto, y podemos estar seguros de que los dos se regocijaron con el olor del perfume que María derramó en los pies de su amado Señor.

Todo esto es lo que nos transmite el texto que dice: “*Y le hicieron allí una cena*” (Juan 12:2). Uno no era más que otro. Cada uno tenía su parte en el precioso privilegio de hacer una cena para Aquel que era el objeto inapreciable de los afectos de su corazón. Y al tenerlo a Él en medio de ellos, cada uno ocupaba de forma natural, simple y efectiva, el lugar que le correspondía. Con tal de refrescar el corazón de su amado Señor, poco importaba quién hacía esto o aquello. Cristo era el centro, y cada uno se movía alrededor de Él.

Así debería ser siempre en la asamblea de los creyentes, y así sería si el odioso «yo» fuese juzgado y puesto de lado, y cada corazón estuviese ocupado simplemente con Cristo mismo. Pero, lamentablemente, ¡justo aquí es donde tan tristemente fallamos! Estamos ocupados con nosotros mismos, con nuestras pequeñas obras, con nuestros dichos, con nuestros pensamientos. Le atribuimos importancia al servicio, no en la medida de su relación con la gloria de Cristo, sino en la medida que afecta nuestra reputación. Si Cristo fuese nuestro único objeto –como lo será ciertamente por toda la eternidad, y como debiera serlo ahora– no nos importaría para nada quién hizo tal obra o quién lleva a cabo tal servicio, con tal que el nombre de Cristo sea glorificado y Su corazón refrescado. Escuchemos la palabra de un corazón verdaderamente devoto en relación con este tema: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado. Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo” (Filipenses 2:14-18).

Esto es extraordinariamente exquisito. El bendito apóstol presenta en este bello pasaje un verdadero modelo de devoción y olvido de sí mismo. Se muestra listo a ser derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de sus amados filipenses, sin tenerse en cuenta para nada a sí mismo. No le importaba quién aportaba los materiales del sacrificio, con tal que Cristo recibiese un sacrificio de olor fragante. Nada había de esa ocupación vil y miserable con uno mismo en lo que toca a ese amado siervo de Cristo, la que, ¡ay, tan a menudo aparece en nosotros, y nos impide apreciar el servicio de los demás! Nos anima un vigor especial cuando uno de nuestros servicios,

por pequeño que fuere, es puesto sobre el tapete. Escuchamos con enorme interés a cualquiera que hable o escriba acerca de lo útiles que somos, o de los positivos resultados de nuestras prédicas o escritos; pero oímos con fría apatía y marcada indiferencia cualquier referencia al éxito de un hermano. De ninguna manera estamos dispuestos a ser derramados en libación sobre el sacrificio y servicio de la fe de otro. Más bien nos gusta proveernos tanto de la ofrenda vegetal como de la libación. En una palabra, somos miserablemente egoístas, y seguramente nunca el yo es más despreciable, que cuando osa mezclarse con el servicio de Dios.

La agitación y el sentimiento de la propia importancia en la obra de Cristo o en la iglesia de Dios, es una de las cosas más repugnantes en todo este mundo. La ocupación con uno mismo es el golpe mortal al compañerismo y a todo verdadero servicio. Y no solo esto, también constituye la fructífera fuente de contiendas y divisiones en la Iglesia de Dios. De ahí la profunda necesidad de aquellas fieles y sanas palabras del apóstol: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:1-11).

Aquí se encuentra el gran remedio para el terrible mal de la ocupación con nosotros mismos en sus múltiples facetas: Tener a Cristo ante nuestros corazones y su espíritu humilde formado en nosotros por el Espíritu Santo. Es absolutamente imposible beber del espíritu de Jesús, respirar la atmósfera de Su presencia, y, al mismo tiempo, estar ocupados con nosotros mismos de cualquier forma o manera. Ambas cosas están en directa oposición. En la medida que Cristo llena el corazón, el yo y todo lo que pertenece a él, debe ser excluido; y si Cristo ocupa el corazón, nos regocijaremos al ver Su nombre magnificado, Su causa prosperando, Su pueblo bendecido, Su Evangelio extendiéndose, sin importarnos quién sea el instrumento utilizado. Podemos estar se-

guros de que dondequiera que haya envidia, celos o disputas, es porque allí el yo ocupa un lugar predominante en el corazón. El apóstol podía alegrarse de que Cristo fuera anunciado, aunque sea por contención (Filipenses 1:16).

Pero volvamos a la familia de Betania. Deseamos que el lector note particularmente las tres distintas facetas de la vida cristiana ejemplificadas en Lázaro, María, y Marta: la comunión, la adoración y el servicio. ¿No deberíamos, cada uno de nosotros, tratar de llevar a la práctica y servir como ejemplo de las tres? ¿No es interesante e importante observar que en Juan 12 no se suscita ninguna disputa entre Marta y María? ¿No da cuenta de esto el hecho de que en este hermoso pasaje tenemos el lado divino y celestial del asunto?

En Lucas 10 tenemos el lado humano. Aquí, ¡ay!, aparece una colisión. Leamos el pasaje. “Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa” —era la casa de Marta, y naturalmente ella tenía que manejarla—. “Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” —¡qué lugar bendito y privilegiado!—. “Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:38-42).

Aquí encontramos que, por estar ocupada consigo misma, Marta arruinó su servicio, e hizo brotar palabras de reprobación de los labios de su amoroso y fiel Señor; palabras, podemos afirmar con plena seguridad, que nunca habrían caído en oídos de ella si no se hubiese metido con su hermana María. Su servicio tenía su lugar y su valor, y su Señor sabía bien cómo apreciarlo; pero él, bendito sea su Nombre, no permitirá que ninguna se interponga con otra. Cada una tenía su propio lugar, su propia esfera de actividad. Jesús amaba a Marta y a su hermana, pero si bien Marta se quejaba de su hermana, ella debía aprender que hay algo más en qué pensar que la preparación de una cena. Si Marta hubiese seguido en silencio con su trabajo, teniendo a Cristo como su objeto en todo lo que hacía, no habría recibido tan fuerte desaprobación; pero ella claramente obró con un espíritu incorrecto. No estaba en comunión con la mente de Cristo; si lo hubiese estado, nunca habría podido dirigirse a su Señor con palabras tales como: “¿No te da cuidado?”. Seguramente él cuida de nosotros, y está interesado en todos nuestros trabajos y caminos. El servicio más pequeño hecho para Él, es precioso a Su amoroso corazón, y nunca será olvidado.

Pero no debemos interponernos con el servicio de otro, ni entrometernos de ningún modo en su dominio. Nuestro adorable Señor no lo tolerará. Independientemente de lo que nos dé para hacer, debemos hacerlo simplemente para Él. Este es el punto magno. No existe la menor necesidad de empujarse el uno al otro. Hay amplio espacio para todos, y la más elevada esfera de actividad está abierta a todos. Todos podemos disfrutar de íntima comunión; todos podemos adorar; todos podemos servir; todos podemos ser aceptables. Pero desde el momento que empezamos a hacer odiosas comparaciones, nos situamos claramente fuera de la corriente del pensamiento del Señor. Marta, sin duda, pensó que su hermana era bastante deficiente en el servicio. Estaba equivocada. La mejor preparación para el servicio consiste en sentarse a los pies del Maestro para oír su palabra. Si Marta hubiese entendido esto, no se habría quejado de su hermana; pero, puesto que ella misma suscitó la cuestión, y dio lugar a la comparación, tuvo que aprender que un oído que oye, y un corazón que adora, son mucho más preciosos que unas manos ocupadas. ¡Ay, nuestras manos pueden estar muy ocupadas, mientras tenemos los oídos endurecidos y el corazón lejos! Pero si el corazón está bien, entonces los oídos, las manos, los pies, todo estará bien.

Dame, hijo mío, tu corazón



(Proverbios 23:26).

Con ello no queremos decir que el corazón de Marta no estuviese mayormente bien. Lejos de ello. Estamos seguros de que sí lo estaba. Pero había un elemento que necesitaba corrección, como lo hay en todos nosotros. Ella estaba un poco ocupada con su servicio. “¿No te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude”. Todo esto estaba mal. Ella debía haber sabido que el servicio no estaba limitado a la cocina; que había algo más elevado que la comida y la bebida. Diez mil personas se podrían conseguir para preparar una cena por una sola que quebraría un vaso de alabastro. No es que nuestro Señor subestimara la cena; pero ¿qué habría sido para él esa cena sin el unguento, las lágrimas, los cabellos? ¿Qué valor tiene un acto de servicio sin la profunda y verdadera devoción del corazón? Ninguno. Pero, por otra parte, cuando el corazón está realmente ocupado en Cristo, el acto más pequeño es precioso para Él. “Porque si *primero* hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene” (2 Corintios 8:12).

Aquí yace la raíz de todo el asunto. Es fácil agitarnos y correr de acá para allá para lo que llamamos servicio, correr de casa en casa, y de lugar en lugar, visitando y hablando, y, después de todo, puede que no haya una sola chispa de verdadero afecto por Cristo, sino la mera actividad sin

valor de una mente ocupada consigo misma, de una inquebrantable voluntad, de los efectos de un corazón que nunca conoció el poder del amor de Cristo que nos constriñe. El gran punto es hallar nuestro lugar a los pies de nuestro misericordioso Señor, en loor y adoración, y entonces estaremos listos para cualquier esfera de actividad que Él crea conveniente asignarnos. Si hacemos del servicio nuestro objeto, nuestro servicio se convertirá en una trampa y un obstáculo. Si Cristo es nuestro objeto, estaremos seguros de hacer las cosas bien, sin pensar en nosotros ni en nuestro trabajo.

Así ocurrió con María. Ella estuvo ocupada con su Señor, y no consigo misma ni con su vaso de alabastro. No buscó entrometerse con nadie más. No se quejó de Lázaro porque estuviera a la mesa, ni de Marta por sus cuidados de la casa. Ella estaba ocupada intensamente con Cristo y Su posición en ese momento. Los verdaderos instintos de amor la llevaron a ver lo que convenía para la ocasión y lo que era grato a Su corazón, y así lo hizo, y lo hizo con todo su corazón.

Sí, y su Señor apreció su acto. Y no solo eso, sino que cuando Marta se quejó de ella, Él en seguida le enseñó su error; y cuando Judas, con una avaricia mal disimulada, habló de su acto como de un derroche, él también obtuvo su respuesta. ¡Hombre sin corazón, que oculta su avaricia bajo el disfraz de la preocupación por los pobres! Nadie puede tener un verdadero corazón por los pobres si no ama a Cristo. Judas –profesante y apóstol, y todo lo que era– amaba el dinero: ¡Ay!, un amor nada raro. Él no tenía un corazón para Cristo, aunque bien podía predicar y expulsar demonios en Su bendito nombre. Podía hablar de vender el perfume por trescientos denarios, para darlo a los pobres; pero, ¡ah! el Espíritu Santo, que lo mide todo con la única regla de la gloria de Cristo, nos deja ver la raíz de las cosas, y Él es quien dice toda la verdad en cuanto a Judas: “Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (Juan 12:6).

¡Cuán verdaderamente horrible! Estar exteriormente tan cerca del Señor, profesar Su nombre, ser un apóstol, hablar de dar a los pobres, ¡y durante todo el tiempo ser un ladrón, y el traidor del Hijo de Dios!

Querido lector cristiano, sopesemos estas cosas. Procuremos vivir bien cerca de Cristo, no con simple profesión, sino en realidad. ¡Ojalá que encontremos siempre nuestro lugar en el refugio moral de Su santa presencia, y hallemos allí nuestro deleite en Él, y estemos así preparados para servirlo y dar testimonio a Su nombre!